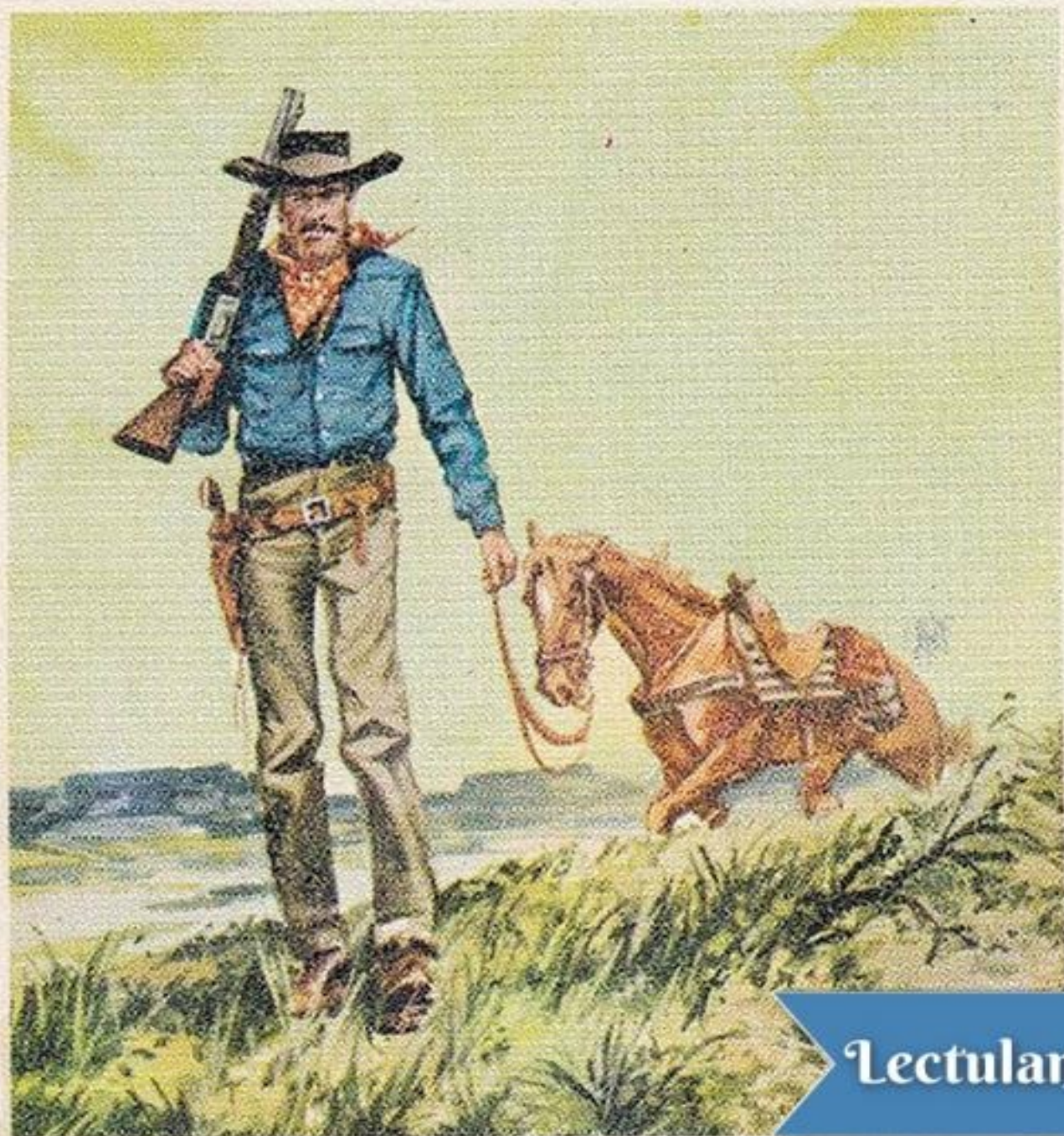


JAMES O. CURWOOD

Donde el río nace



Lectulandia

En la frontera de la civilización no existen tradiciones. Allí los hombres, al enfrentarse con la vida, despliegan todas las energías de su alma. Por eso las grandes narraciones suelen tener por tema, no las atrofiadas emociones de la sociedad, sino aquellos grupos intrépidos que viven en las soledades bravías, siempre acechados por el peligro y en íntimo contacto con la Naturaleza. Allí los hombres pueden ser buenos —o acaso malos—, pero hay en su carácter una extraña energía que los hace comparables a las fuerzas elementales. «Donde el río nace» es la novela de la Real Policía Montada del Canadá, una narración de aventuras y también una maravillosa historia de amor. Los críticos la ponen entre las obras más logradas de Curwood.

Lectulandia

James Oliver Curwood

Donde el río nace

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *The River's End*
James Oliver Curwood, 1919
Traducción: Editorial Juventud
Diseño portadilla V Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



5



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublico



Capítulo I

Entre Conniston, de la Real Policía Montada del Noroeste, y Keith, el proscrito, existía una gran semejanza de cara y cuerpo. Por de contado que a ninguno de los dos les había pasado esto inadvertido. El parecido infundía en ambos una especie de mutua confianza. Conniston sentía a veces como tentaciones de faltar a sus juramentos. Porque Conniston era el representante de la ley, y durante veintisiete meses había perseguido a Keith sin que pudieran apartarse de su memoria las palabras con que había recibido la orden de prenderlo: «No vuelva usted sin traer a ese hombre, vivo o muerto». De lo contrario...

Preocupaban estos pensamientos a Conniston cuando le acometió un acceso de tos. Se sentó en el borde de su cama y exhaló un grito de pena, provocado por el dolor de un vómito de sangre. Keith se acercó a él y le sostuvo. Ambos callaron; mas Conniston, después de limpiarse los labios, sonrió aun antes de que lo agudo del dolor hubiese pasado. Su mano descansaba en una muñeca que todavía conservaba la señal de las esposas de hierro. La vista de esta muñeca le volvió a la absurda realidad. Los caprichos de su destino se le manifestaban esta vez de una manera tan extravagante como trágica.

—Gracias —dijo mientras sus manos apretaban la marcada muñeca.

Sobre sus cabezas rugía la tormenta ártica con tan poderosa furia como si tratase de asolar la barraca que se atrevía a mantenerse derecha en aquella extremidad del mundo, a más de mil kilómetros de todo centro de civilización. Oíanse extraños lamentos, amenazadores ruidos y siniestros clamores en la dilatada soledad, y cuando, al fin, la tempestad amainó y los ruidos más furiosos cesaron, nuestros dos hombres pudieron oír el rompimiento de los hielos en la bahía de Hudson, que repercutían de distancia en distancia a través del silencio y de la oscuridad de la noche. Luego oyeron un murmullo confuso que iba creciendo como el retumbar de los cañones en una pequeña batalla lejana. Era que una gran mole de hielo, una verdadera montaña de agua sólida se hendía y se partía en dos. En la bahía de Hudson, miles de millones de toneladas de hielo emprendían su marcha, empujados por las corrientes marinas, como escuadrones de un ejército invasor.

—Harías bien en acostarte —aconsejó Keith.

En vez de seguir el consejo, Conniston se levantó y, marchando despacio, se dirigió a una mesa donde ardía una lámpara alimentada con aceite de foca. Tambaleábase algo al andar. Sentóse e hizo sentar a Keith delante de él. Sobre la mesa había una baraja vieja. Conniston, estrujando las cartas, fijó su mirada en Keith.

—Es muy raro, muy raro —dijo—. ¿No es cierto, Keith?

Conniston era inglés, y en sus azules ojos se transparentó el sarcasmo.

—Raro y absurdo —añadió.

—Raro, sí; absurdo, no —respondió Keith.

—Sí, es absurdo —aseveró Conniston—. Hace veintisiete meses menos tres días que se me confió la misión de prenderte, Keith. Se me encargó que te capturara vivo o muerto, y al cabo de veintiséis meses de persecución te capturé vivo. Si me hubieran de escuchar a mí, premiarían tu mérito con cien años de vida, en vez de castigar tu crimen con un nudo corredizo, porque me has hecho conocer varios infiernos antes de dejarte coger por mí. He padecido hambre y frío; he estado a punto de ahogarme; durante dieciocho meses no he visto la cara de una mujer de la raza blanca. Ha sido una caza terrible. Pero al fin te eché el guante. Éste es mi triunfo, Keith, te vencí y te capturé, y ahí está la prueba, en tus muñecas marcadas con la señal de las esposas de hierro que has llevado. La partida es mía. ¿Puedes negarlo?^ Ahora quiero ver cómo te portas, porque ésta es la última gran partida que habré jugado.

Y al decir esto había en la voz de Conniston un dejo amargo, como si se quejara.

Keith, asintiendo, exclamó:

—Sí, lo confieso; la partida es tuya. Tan bravamente la ganaste que cuando el frío te congestionó el pulmón...

—No quisiste aprovecharte de la ocasión —interrumpió Conniston—. He ahí, precisamente, lo absurdo del caso. He ahí lo insólito. Ya te tenía atado y esposado, ya te iba a entregar al verdugo, cuando, de repente, una ráfaga de aire helado hincó su frío diente en mi pulmón y se cambiaron las tornas. Caigo yo en tu poder; pero tú, en vez de hacer conmigo lo que yo estaba dispuesto a hacer contigo, en vez de matarme, o, por lo menos, en vez de aprovecharte de la ocasión para ponerte en salvo, ni siquiera intentas huir; antes al contrario, te pones a cuidarme con esmero y haces cuanto puedes por devolverme la salud. ¿No es esto absurdo? ¿No es esto insólito y extraño?

Adelantó Conniston una mano y alcanzó la de Keith. Y calló un momento, porque otro golpe de tos convulsionó todo su cuerpo. Keith sintió el dolor de la tos en la fuerza con que Conniston apretó su muñeca. Cuando la tos cedió, Conniston tenía nuevamente la boca manchada de sangre.

—Ya sé exactamente los días que me quedan —dijo Conniston, mientras se limpiaba de nuevo la boca con un pañuelo ya medio rojo—. Hoy estamos a jueves. No llegaré al domingo. Me moriré mañana por la noche, o acaso el sábado. He visto muchos casos como el mío y sé que cuando el frío penetra en el pulmón la muerte es segura. ¿Comprendes? Viviré todavía dos días; acaso, tres. Dentro de poco tendrás que cavar un hoyo para enterrarme. Muerto yo, y enterrado, ya no te ligará la palabra de honor que me diste cuando te quité las esposas de hierro. Ahora, yo te pregunto: ¿cuáles son tus planes para después de mi muerte?

En la cara de Keith se reflejó el disgusto. El día anterior había comparado su edad

con la de Conniston. Él tenía treinta y ocho años; era tan sólo algo más joven que el hombre que le había vencido y que se moría después de su triunfo. Hasta aquel momento no se había hablado de muerte, y Keith sentía que le hubiera sido más fácil matar, en cualquier otra ocasión, a un hombre, que hablar de muerte en aquel instante con el hombre que se estaba muriendo. Sin embargo, era preciso afrontar la situación, y puesto que Conniston era el primero en hablar de ella, e iniciaba la conversación con tan admirable serenidad, Keith creyó que lo mejor era tratar del asunto con toda claridad. Miráronse el uno al otro con fijeza, siendo esta vez Keith el que apretó la mano de Conniston. Parecían hermanos, allí, en aquella estancia mal iluminada por una lámpara de aceite de foca.

—¿Qué es lo que intentas hacer después de mi muerte? —volvió a preguntar Conniston.

Dos minutos eran siglos para Keith.

—Creo que volveré a mi guarida —concluyó por decir torpemente Keith.

—¿A tu guarida de Coronation Gulf? ¿Quieres volver a comer el infecto rancho de los esquimales? ¡Eso es una locura, Keith!

—Lo sé —respondió Keith—; pero es lo único que puedo hacer. Tú lo sabes. Tú sabes con qué tesón se me ha querido dar caza. Si marcho en dirección al Sur...

Conniston meneó la cabeza lentamente, como quien pondera toda la gravedad de una situación difícil.

—Sí, claro está —dijo—. Se te persigue con ahínco, con tanto ahínco que concluirán por apoderarse de ti aunque vayas a esconderte en aquellas regiones apartadas. Cree que lo siento.

Sus manos se desenlazaran. Conniston puso tabaco en su pipa y la encendió. Keith pudo notar que las manos de Conniston no temblaban al encenderla. Era un hombre de gran temple.

—Lo siento —continuó diciendo— porque me inspiras gran simpatía. Querría que hubiésemos nacido hermanos y que tú nunca hubieras matado a un hombre. Cuando te esposé las muñecas sentí estremecerse todo el cuerpo. No te hablaría así si no tuviese ya el pulmón deshecho; pero ¿a qué sirve ya callar? ¡Mira que compadecerte después de haber estado persiguiéndote durante tres años para prenderte y entregarte después al verdugo! Pero ahora creo que tú no has merecido la horca. No quisiera importunarte, pero me gustaría saber por qué mataste al juez Kirkstone.

Los puños de Keith se crisparon; de sus azules ojos brotó un fulgor salvaje. Los dos hombres callaron durante unos instantes; afuera, mientras tanto, se oían los ladridos de la zorra blanca del Canadá, confundiéndose con el rumor del agua y con el ruido producido por los témpanos de hielo al chocar mientras eran llevados por la corriente.

Capítulo II

—¿Por qué maté al juez Kirkstone? —repitió Keith pronunciando las palabras con toda lentitud.

La crispadura de sus manos cesó, pero sus ojos siguieron despidiendo llamas. Keith, después de una pausa, preguntó a su vez:

—¿Cuál es la versión oficial, Conniston?

—La versión oficial es que tú asesinaste al juez a sangre fría, y que el honor de las autoridades estará en entredicho mientras no cuelgues de una horca.

—Todo es según el color del cristal con que se mira, ¿no es cierto? Vamos a ver, ¿y si yo te dijera que yo no maté al juez Kirkstone?

Conniston se incorporó lleno de ansiedad, Pero el letal paroxismo le acometió de nuevo sacudiendo todo su ser. Duró un rato, al cabo del cual la respiración del infeliz era jadeante.

—¡Dios mío! —dijo—. No, no será el domingo; no será el sábado; será mañana.

—No, no —repuso Keith—; no hablemos más hoy, no hablemos. Acuéstate. Es mejor que te acuestes.

Conniston reunió todas sus fuerzas.

—No; gracias. Ahora estoy indagando la verdad, y has de decírmela. Tú no querrás decir mentira a un hombre que agoniza. Di, ¿fuiste tú quién mató al juez Kirkstone?

—No lo sé —respondió Keith a media voz y sin apartar su mirada de la de Conniston—. Creo que sí, y, sin embargó, no estoy seguro de ello. La noche del crimen fui a su casa bien resuelto a obtener de él justiciado a matarle. Quisiera, Gonniston, que pudieras ponerte en el caso en que yo me encontraba, para poder juzgarme. Pero para ello sería necesario que hubieses conocido a mi padre. Mi madre murió cuando yo era pequeño, y yo me crié con mi padre, junto siempre con él como dos camaradas. No puedo recordarle nunca simplemente como se recuerda a un padre. Los padres abundan. Pero él para mí era más que un padre. Desde mis diez años, él y yo éramos inseparables. Veinte tenía yo, si mal no recuerdo, cuando mi padre me habló por primera vez de la enemistad que existía entre él y Kirkstone. Esto no me produjo inquietud, de momento, porque hasta el día en que Kirkstone le prendió no pensé que en esa enemistad pudiera haber un peligro para mi padre. Pero había llegado el día en que hube de comprobar que el viejo zorro había estado esperando durante años el momento de satisfacer su odio. Mas todavía entonces creyó más bien ser víctima de alguna trama de sus enemigos políticos que de la felonía de Kirkstone. Pronto descubrimos, no obstante, la verdad. Mi padre fue condenado a

diez años de cárcel. Era inocente, y el único hombre que podía probar su inocencia era Kirkstone, el hombre que, como Shylock, se relamía pensando en la libra de carne que le iba a hacer cortar. Conniston, si tú hubieses visto estas cosas y hubieses estado en mi lugar, ¿qué habrías hecho?

Conniston vaciló un instante, y volviendo a encender su pipa dijo:

—No sé, no sé lo que habría hecho. ¿Qué hiciste tú?

—Me arrodillé delante del malvado —explicó Keith—. Nadie ha implorado, como yo imploré, la libertad de mi padre. Imploré de Kirkstone las palabras que él podía fácilmente pronunciar y que bastaban para devolver la libertad al ser que yo tanto amaba. Ofrecí todo lo que pude, todo lo que tenía, todo, incluso mi vida. No olvidaré nunca aquella terrible noche. Kirkstone se sentó, gordo y grasiento. En sus dedos lucían dos enormes anillos. Era un sapo con cara de hombre. Y reía, y se mofaba de mí. Heno de júbilo, como si yo fuese un bufón que hubiera ido allí para divertirlo. Mientras tanto, mi corazón sangraba. En esto entró su hijo, gordo y grasiento, y maldito como su padre, y se burló también de mí. Nunca hubiera creído que pudiese existir tanta vileza, ni creí tampoco que la venganza pudiese encender tan diabólica alegría. Todavía sus carcajadas herían mis tímpanos cuando ya andaba yo tambaleándome afuera, entre la oscuridad de la noche. Era una obsesión. Oía las carcajadas entre los árboles; las oía confundirse con el silbido del viento. Resonaban en mi cerebro como un suplicio. De repente retrocedí, volvíme hacia los infames, penetré en la casa sin llamar y me encontré otra vez solo frente a los dos en la misma sala. Esta vez, Conniston, iba decidido a obtener justicia o a matar. Por Jo tanto, hubo premeditación; pero sin armas; iba a matar con mis manos solas. Cogí la llave y cerré la puerta por dentro. Y repetí mi demanda, sin palabras inútiles esta vez.

Al llegar a este punto del relato, Keith se levantó y comenzó a dar paseos por la estancia. El viento había cesado y sólo se oían los aullidos de las zorras y el sordo rumor de los tímpanos arrastrados por la corriente.

—El hijo empezó —continuó diciendo Keith—. El hijo fue quien primero saltó sobre mí. Yo le golpeé reciamente. Nos agarramos, forcejeamos..., de pronto la fiera saltó sobre mí con no sé qué arma en la mano. No pude verla; pero comprobé que era algo muy pesado. El primer golpe casi me deshizo el hombro. Me repuse y en la lucha conseguí arrebatar el arma. Entonces pude ver que se trataba de una barra de hierro corta y rectangular, que servía de pisapapeles. En aquel mismo instante vi que la fiera tomaba otro objeto parecido y dando con él en la luz la apagaba. Luchamos a oscuras. No me parecía estar luchando con hombres. Eran monstruos que me daban, al atacarme, la sensación de que tenía que habérmelas, en la oscuridad, con serpientes. Sí, pegué recio... Y las fieras también pegaban; mas nadie veía nada. Sentí que el hierro que yo tenía en la mano chocaba contra algo. Un golpe certero. Kirkstone cayó dando un gemido. Ya sabes todo lo que ocurrió después. A la mañana siguiente sólo se encontró un pisapapeles de cobre. El hijo había retirado el otro. El que se encontró estaba manchado de sangre y tenía adheridos algunos pelos de

Kirkstone, El asunto era malo y me decidí a escapar. Seis meses después mi padre murió en la cárcel, y durante tres años no he hecho más que huir como un zorro perseguido por los perros. Ése es mi relato, Conniston. ¿Mate al juez Kirkstone? Y si lo maté, ¿crees que debo arrepentirme, ni siquiera en la horca?

—Siéntate.

Conniston pronunció esta palabra como quien da una orden. Keith se dejó caer sobre su asiento, respirando intensamente. La mirada penetrante de Conniston brillaba de un modo extraño.

—Mira, Keith, cuando un hombre está en plena vida permanece ciego a una infinidad de cosas. Pero cuando sabe que la muerte está próxima ya ve las cosas con mayor claridad. Si tú me hubieses contado esta historia hace un mes, yo te habría entregado al verdugo lo mismo que si no hubieses contado nada. Ése hubiera sido mi deber, ¿sabes?, aparte que siempre hubiera podido argüir que mentías. Pero no me puedes mentir tú, a mí, ahora. Kirkstone mereció la muerte. Y como estoy convencido de que obraste bien, he de decirte que ya he resuelto lo que has de hacer después de mi muerte. No volverás a Coronation Gulf. Irás, por el contrario, al Sur. Irás otra vez al país querido, pero no volverás como Juan Keith, sino como Derwent Conniston, de la Real Policía Montada del Noroeste. ¿Comprendes, Keith? ¿Comprendes?

Keith abrió desmesuradamente los ojos. El inglés se atusó el bigote, satisfecho y sonriente. Había estado pensando en este plan durante algún tiempo, y se complacía en pensar que podía servir para salvar a Keith.

—Todo un plan, ¿no es cierto, camarada? He llegado a tenerte gran afecto y he estado pensando mucho en ti todos estos días. No sé por qué no has de poder tú vivir, en lo sucesivo, dentro de mi uniforme. No hay nada que lo impida. A mí nadie me echará de menos. En Inglaterra yo era un joven de mala cabeza. El menor de la familia y todas las agravantes. Cuando entré en el servicio y hube de elegir entre África o Canadá, escogí el Canadá. El orgullo inglés es lo más insensato que pueda encontrarse sobre la tierra, Keith, y estoy seguro de que todos, en Inglaterra, me creen muerto. No han tenido noticias mías desde hace seis o siete años. Nadie se acuerda ya de mí. Y lo bonito de este plan es que es fácil de realizar, dado lo mucho que nos parecemos tú y yo. Te recortas un poco el bigote y la barba, te añades una cicatriz junto a la sien derecha, y puedes presentarte al mismísimo Mac Dowell en la seguridad de que al verte saltará de su asiento para decirte: «¡Por fin, Conniston, otra vez con nosotros!». Eso es lo que te voy a traspasar, Keith, mi nombre y mis uniformes. Ni lo uno ni lo otro podrían servirme a mí ya para nada.

—Imposible, Conniston —murmuró Keith—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sé lo que me digo. No hablo por hablar, ni puedo, porque me duele el pecho. He de ser parco en palabras. Así, pues, no me discutas. Una jugada divertida, Keith, nada más que una jugada divertida. Yo estaré muerto. Podrás enterrarme en este

mismo aposento, en donde las zorras no podrán venir a molestarme. Pero mi nombre sobrevivirá, y tú, con él y con mi uniforme, volverás a la ciudad y te presentarás a Mac Dowell diciéndole que cuando ya tenías a Keith murió de una congestión pulmonar. Como prueba llevarás tus propias ropas en un lío, junto con cualquier otro objeto que puedas tener para tu identidad. Haz esto y pondrán en tu manga los galones de sargento. Eso me prometió Mac Dowell para el día en que diera caza a Keith. Y tú le recordarás la promesa, ¿entiendes? Mac Dowell no me ha visto desde hace dos años y tres meses, y las pequeñas diferencias que pueda haber entre nuestras facciones no serán notadas. No hay que olvidar que, durante todo este tiempo, Conniston ha estado sufriendo las inclemencias del tiempo en este extremo del mundo; mi fisonomía tiene que haber cambiado algo. ¡Lo bonito del caso es que tú y yo nos parecemos tanto! Te aseguro que el plan es magnífico.

Conniston calló, olvidándose de la muerte en el entusiasmo que le producía el plan que acababa de exponer. Keith, cuyo corazón latía como si quisiera salirse del pecho, se había dejado cautivar por la audacia del proyecto y creía en la posibilidad del mismo. Nadie en la ciudad reconocería al Juan Keith de cuatro años antes. Entonces tenía la cara fina, los hombros caídos, y su cuerpo era débil. Ahora parecía un toro. Los cuatro años de lucha con los rudos elementos le habían endurecido los músculos y era fuerte; fuerte y fornido como cuando Conniston le perseguía. Conniston y él se parecían tanto que hubieran podido pasar por hermanos gemelos. Conniston pareció leer todos estos pensamientos en la mente de Keith, y sus ojos brillaban. Volvió a hablar.

—Nuestro pelo contribuye al parecido —dijo—. La barba cubre siempre una multitud de defectos físicos. Y, cuando conviene, cubre también las pequeñas diferencias fisonómicas. Yo estuve usando barba los dos años anteriores a mi salida a tu persecución, bien cuidada y recortada; así, pues, conviene que tú ya no te afeites más. Por lo que se refiere al físico, no hay miedo de que te descubran. Nadie descubrirá en tu cara una facción que no sea la mía. Nuestra atención ha de dirigirse ahora hacia otro lado. En las próximas cuarenta y ocho horas has de aprender de memoria la historia de Derwent Conniston desde el día en que empezó su servicio en la Policía Montada. No empezaremos la historia desde *antes* porque no es necesario; nada ha de suceder que te obligue a referirte a sucesos demasiado antiguos. El peligro mayor está en Mac Dowell, comandante de la división F en Prince Albert. Es un zorro viejo de la antigua escuela y no carece de olfato y de pupila. Pero tiene buen corazón. Ha sido siempre un buen amigo mío; así, pues, empecemos con la historia de Derwent Conniston; también tendrás que aprender muchas cosas relativas a Mac Dowell. Tendré que hablar mucho. ¡Oh Dios mío!

Se llevó la mano al pecho. Hasta la misma cabaña parecía estremecerse ante lo violento de la tos. Y, fuera, el viento soplaba de nuevo, silbando con tanta furia que apenas podía oírse el aullido de las zorras y los crujidos del hielo.

En aquellas sombrías horas de la noche, a la débil luz de la lámpara de aceite,

había que hacer un esfuerzo supremo. Torvo el semblante, dos hombres se ocupaban en el cambio de sus personalidades. Uno de ellos luchando con la muerte, sintiéndola aproximarse y procurando prolongar los minutos de su vida; el otro, ansioso, pidiendo a Dios unas horas más de tiempo. Era pasmoso ver cómo Conniston sacaba fuerzas de flaqueza, y Keith notaba cómo, a cada nuevo esfuerzo, iba acortando las pocas horas que le quedaban de vida. Keith no había querido nunca sino a un solo hombre: su padre. Aquella noche aprendió a amar a otro: Conniston. Y se le escapaban las lágrimas pensando que no era justo que Conniston tuviese que morir mientras él tenía que continuar viviendo. Una vez el moribundo puso una mano sobre las de Keith y éste pudo comprobar que aquella mano era húmeda, como el sudor frío de la muerte.

En las terribles horas que fueron transcurriendo, Keith pudo comprobar que el admirable valor del moribundo iba comunicándosele. Trágica escena. Conniston, ahogando su propia agonía, era admirable. Keith sentía dilatársele el alma con esperanzas de una nueva vida, al par que pensaba también en las dificultades del papel que tendría que representar para poder pasar en todo momento por el inglés que se moría. Lo primero era recordar bien toda la biografía de Conniston, Éste se la contó a partir del instante en que conoció a Mac Dowell. Y, entre accesos que tiñeron varias veces sus labios con la sangre que abundantemente le salía de la boca, fue recordando episodios y sucesos, mientras sonreía en medio de una palidez cadavérica. Una vez, Mac Dowell le obligó a jurar que no contaría a nadie un incidente que había ocurrido en el cuartel y que no convenía que se supiese. Al contar esto y recordar la bondad de Mac Dowell, Conniston llegó hasta reírse un poco. Al cabo de una hora, Keith se puso en pie, y Conniston, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza inclinada pesadamente, le entregó el Manual del Servicio policíaco, mandándole estudiarlo mientras él descansaba. Keith le acompañó hasta su camastro y allí le acomodó lo mejor que pudo, y durante un buen rato hizo lo posible por leer aquel Manual, pero la vista se le nublaba y el cerebro se negaba a obedecer. La agonía del inglés, denunciada por la dificultad de su respiración, le afectaba hasta el punto de no poder efectuar la lectura. La pena le acongojaba el pecho, y saliendo por fin de la estancia fue a sumirse en la sombría oscuridad de la noche.

Sus pulmones se llenaron de ese aire sutil que parece como impregnado de aromas de nieve. Pero ya no hacía frío. La dirección del viento había cambiado. En el espacio flotaban las señales de la lucha entre el invierno y la primavera; pero las fuerzas del primero cedían ante la pujanza irresistible de las fuerzas primaverales. La tierra daba la sensación de estar temblando, como si fuera a partirse en un gran cataclismo. Se oía con gran claridad el ñero rumor de las grandes masas de hielo arrastradas por las corrientes árticas hacia la bahía de Hudson.

Pavorosa noche aquélla. No puede decirse que fuera una noche excesivamente oscura; pero su penumbra estaba llena de amenazas, y, por encima de todo aquel sepulcral caos, se oían los extraños lamentos del viento en las alturas. «Que todas

estas fuerzas de la Naturaleza acentúen todavía un poco más su aspecto de horror — pensó Keith—, y yo me volveré loco». Aun sin estarlo, creía, a ratos, oír los gemidos y las quejas de voces misteriosas que llegaban hasta él desde las más ocultas estrellas. Muchas veces había visto sollozar a los niños o llorar a las mujeres ante el horror de aquellas noches tétricas, largas, interminables. Muchas veces, también, había visto a esquimales lanzándose, a pesar de haber nacido entre aquellos horrores, fuera de su cabaña, con su traje voluntariamente hecho jirones, para dejarse morir de frío en un arrebato de desesperada locura. Conniston ignoraría siempre lo cerca que él andaba de volverse loco cuando fue hecho prisionero. Keith nunca le habló de ello. Su aprehensor le había salvado de la locura. Pero esto era un secreto que Keith no había revelado.

Todavía aquélla misma noche, Keith se estremeció cuando una ráfaga salió de entre aquel caos y, pasando por encima de su cabeza, fue a sacudir la cabaña produciendo al moverla un sonido penetrante, que sonó de un modo especial y raro en sus oídos. Pero en seguida se encogió de hombros y se rió de sus aprensiones, sin hacer más caso del viento, del aullido de las zorras y de los demás ruidos. En su imaginación veía ya su antigua casa. ¡La tierra de promisión! Verdes selvas y por todas partes reflejando los dorados rayos del sol; todo lo que tenía ya casi olvidado. Veía también las caras de las mujeres de raza blanca, y oía sus voces, y el canto de los pájaros, y sentía en el tacto de sus pies la suavidad del suelo cubierto de césped, y percibía el perfume de las flores. Sí, tenía ya casi olvidado todo eso. Un día antes, todo eso no hubiera podido ser para él sino una quimera, un sueño, un delirio; pero en aquel entonces los recuerdos adquirían un carácter de gran realidad; su imaginación le llevaba ya en volandas hacia el Sur. Extendió sus brazos y de su pecho salió una voz. Era una voz de triunfo, una voz de gloria. Tres años largos de sufrimiento. Tres años de escabullirse de madriguera en madriguera, como una zorra en acoso. Tres años de soledad, de hambre y de frío. Tres años tan miserables que sólo el recordarlos le daba espanto. Mas el sufrir había tocado a su fin; la vuelta al hogar era inminente.

Volvió a la barraca y, cuando entró, la cara pálida del inglés moribundo le acogió con una sonrisa. ¡Qué cuadro el de un hombre casi cadáver, que trata de imprimir en su cara un gesto afable desde la amarilla penumbra de una débil luz de aceite! El reloj, sobre la mesa, señalaba las doce, precisamente la hora en que debían continuar la lección.

Terminada ésta, todavía tuvo ánimos para calentar el cañón de su revólver en la llama de la lámpara.

—Te dolerá, pero es preciso. Has de ponerlo sobre tu piel cuando esté al rojo, para producir sobre tu sien una cicatriz como la mía. Buena se la vamos a jugar a Mac Dowell

Cedió un instante a la fatiga; mas en seguida se sobrepuso y, sonriendo a Keith, repitió:

—¡Oh, sí, buena se la vamos a jugar a Mac Dowell!

Capítulo III

Despuntaba el día, mejor dicho, la oscuridad de otra noche, cuando Keith se separó de la cama de Conniston, sollozando como una mujer. El inglés murió ocupado hasta el último instante en aleccionar a Keith. Sus últimas palabras fueron: «Acuérdate que la partida quedará ganada, o perdida, desde el primer instante en que Mac Dowell fije su vista en ti». No dijo más, y murió exhalando una especie de *sollozo* desde lo más hondo de su pecho. Los ojos de Keith se inundaron de lágrimas. Lloró toda la noche. Únicamente al rayar el alba reaccionó y se enjugó las lágrimas. Necesitaba tener entereza; toda la entereza de que Conniston había dado pruebas.

Éste era ahora su nombre. Juan Keith no existía ya. Él no era ya Juan Keith; era Derwent Conniston. Fijó su mirada en la cara rígida y fría del inglés heroico y le pareció que, al fin y al cabo, la cosa no era tan extraña. No sería difícil llevar el nombre de Conniston; lo difícil sería elevarse hasta el nivel moral del difunto.

La noche siguiente a la de la muerte de Conniston, el rumor de las masas de hielo se oía con más claridad, porque no soplaban el viento, que apagaba el rumor con sus silbidos. El cielo estaba sin nubes, y las estrellas brillaban como plaquitas de oro prendidas en un inmenso cendal negro. Keith, fuera de la cabaña, para refrescar sus pulmones con el aire puro, se estremeció de admiración ante la belleza de la noche polar. Las estrellas le parecían seres animados que le estaban mirando. A la escasa luz de su misterioso centelleo celebraban las zorras su aquelarre. Keith se imaginó que habían estrechado su círculo alrededor de la barraca, y que sus aullidos tenían esta vez un sonido distinto. Un sonido que tardaba más en apagarse, un sonido más persistente, más pavoroso que el de otras noches. Ya había previsto Conniston este acercamiento de las zorras en busca de comida. Y Keith, penetrando de nuevo en la cabaña, comenzó a trabajar en cumplimiento de lo que había prometido. Al rayar la aurora, el cuerpo del infeliz Conniston estaba ya enterrado en el hoyo que Keith había abierto en el interior de la cabaña, adonde las zorras no pudieran llegar.

Media hora después disponíase Keith a abandonar definitivamente la cabaña. Iba a emprender la marcha exento de temores; había heredado el nombre de un valiente y quería tributarle el homenaje de haber heredado también su valor. En el momento de partir se dio cuenta de que Conniston le había dejado en herencia algo más precioso que su propio nombre; le había legado la fortaleza de su espíritu, y con este tesoro se sentía Keith invencible. Ya podían aullar las zorras, ya podía el viento bramar, y ya podían el invierno y la soledad y la noche esforzarse en amedrentarle, que no lo conseguirían. Él estaba dispuesto a luchar hasta lo último en memoria del valiente Derwent Conniston.

Descubriéndose por última vez, Keith bajó la cabeza como para despedirse:

—Descansa en paz —dijo, y salió lentamente de la cabaña hacia el Sur.

Tenía por delante más de mil doscientos kilómetros de soledad y peligros. Más de mil doscientos kilómetros entre él y la pequeña población a orillas del río *Saskatchewan*, en donde Mac Dowell mandaba la división F de la Policía Montada. Aquella distancia enorme no le intimidó. Los cuatro años que había pasado en aquel extremo del mundo le habían acostumbrado a lo ilimitado y le habían enseñado a prescindir de las cosas. Aquel invierno le había perseguido Conniston con la tenacidad de un perro de caza, durante millares de kilómetros, a lo largo de la faja de terreno que bordea los hielos del mar Ártico, y fue un milagro que él no matara al inglés. Multitud de veces hubiera podido deshacerse de su perseguidor sin manchar sus manos. Los esquimales amigos suyos hubieran realizado la hazaña a la menor indicación. Pero nunca quiso cebarse en el inglés, y ahora Conniston, muerto, le devolvía, agradecido, al hogar. Los mil doscientos kilómetros eran las arras de su felicidad. No tenía perros ni trineo. Todo lo había perdido en la persecución de que había sido objeto, y un bandido había robado el equipo de Conniston. Tenía que llevar sus bártulos al hombro. Todo lo que llevaba era herencia de Conniston, excepto su fusil. De Conniston había heredado hasta el reloj. El paquete no pesaba mucho. Todo lo que en él llevaba se reducía a un poco de harina, una tienda ligera, un *sleeping bag*^[1] y algunas piezas de identidad para probar la muerte de Juan Keith, el delincuente. Hora tras hora anduvo durante todo aquel día; el ritmo monótono de sus zapatos de nieve hacían efectos de martilleo en su cerebro. No podía pensar. De vez en cuando le parecía que algo le impedía seguir adelante y creía poder escuchar la voz de Conniston y ver su cara en la grísea lobreguez del día. Y caminaba, caminaba siempre como espectro en medio de aquella inmensa llanura cubierta de nieve. Por la tarde descubrió un bosquecillo hacia el Sur. Eran árboles, verdaderos árboles, los primeros que veía desde que, hacía ya un año y medio, los más cercanos a la región de las nieves perpetuas quedaron atrás, junto al río Mackenzie, cuando, huyendo de Conniston, que le perseguía, se internó en aquellos inhospitalarios parajes. ¡Al fin encontraba algo que le alentaba! Esos árboles parecían llamarle con señas amistosas. Eran centinelas avanzados de la civilización, las primeras señales del mundo que esperaba volver a ver. Los mil doscientos kilómetros que tenía que recorrer le parecían menos largos que la distancia que le separaba todavía de aquel bosque.

Llegó allí a la hora en que el crepúsculo de la tarde cedía el turno a las sombras más oscuras de la noche. Fijó su tienda bajo las ramas de un añoso y copudo abeto. En seguida recogió leña y preparó una hoguera, sin contar los tizones, sin escatimarlos, como durante los dieciocho meses últimos. Fue pródigo, manirroto. Había hecho una jornada de sesenta kilómetros; pero no se sentía cansado. Amontonó leña sobre la hoguera hasta lograr que las llamas lamieran las ramas del abeto, haciéndolas rechinar. Puso a hervir agua y se preparó un poco de té; esto, un poco de pan y un pedazo de carne de reno constituyó su cena. Sentóse luego con la espalda

apoyada en el tronco del abeto y se puso a contemplar las llamas.

El chisporroteo y el calor del fuego fueron una medicina. Avivaron en él cosas que llevaba muy enmohecidas en su interior. Desvanecieron los sedimentos de amargura que aquellos cuatro años de tortura habían depositado en su alma, e hicieron renacer en su memoria el recuerdo feliz de los tiempos pretéritos. Como por encanto pareció que le exoneraban de repente de la cesada carga que le oprimía hasta el punto de haberle colocado al borde de la locura. Todas las fibras de su cuerpo respondían a este glorioso chisporrotear del fuego; algo parecía triunfar en su mente librándole de una antigua esclavitud, y en el centro de las llamas vio su casa, la esperanza y la vida, todo cuanto pensó haber perdido definitivamente cuando su desventura le colocó en el trance de huir para sustraerse a los rigores de la ley. Vio el anchuroso Saskatchewan brillando al deslizarse por las doradas llanuras, encauzado por las verdes colinas y acariciado por las frescas neblinas de la mañana; vio su pueblo natal extendiéndose en una de sus márgenes; percibió el rítmico sonido de la draga y el ruido de sus cadenas, cuando levantaba toneladas y toneladas de arena en busca de pequeños granitos del codiciado oro; vio blancas y huecas nubecillas surcando el sereno cielo azul; oyó el sonido de voces, el ruido de pasos, el bullir de carcajadas; vio la vida, en una palabra. Era todo un renacer. Se levantó, al fin, y se desperezó hasta hacer crujir sus miembros. No, no le reconocerían ahora allá. Rióse al recordar al pobre Juan Keith, a Juanito, como acostumbraban llamarle. Ahora todo había cambiado, incluso el odio había desaparecido y podía considerar las cosas con serenidad. Se preguntaba si la antigua casa del juez Kirkstone continuaría como antes en la cima de la misma colina, y si María Kirkstone habría vuelto a vivir allí después de aquella noche terrible cuando regresó al pueblo dispuesta a vengar a su padre. ¡Cuatro años! No era mucho, aunque los años le habían parecido siglos. No es posible que hallase muchos cambios. Todo continuaría como antes; todo, excepto el antiguo hogar. Aquel hogar que él y su padre habían planeado, y cuya construcción había presidido; un chalet de madera, algo distante de la población, con el Saskatchewan al pie, y el bosque no muy lejos. Sin nadie que hubiera podido cuidarse de él, ¿cómo estaría ahora?

Rebuscando en sus bolsillos, sus manos fueron a dar con el reloj de Conniston. Lo sacó e hizo que los reflejos de luz dieran en su esfera. Eran las diez de la noche. En el interior de la tapa había pegado un retrato muy antiguo, descolorido hasta el punto de no poderse divisar muy bien las facciones. Únicamente los ojos aparecían bien distintos, y a la luz de las llamas parecían mirar llenos de vida. Era el retrato de una muchacha; tal vez una colegiala, pensó Keith, de unos diez o doce años. Sin embargo, aquellos ojos parecían de más edad; parecían hablar, parecían expresar el pensamiento de un cerebro ya maduro, Keith cerró el reloj. Su tictac llegó con mayor claridad hasta sus oídos. Lo volvió a meter en su bolsillo, y siguió oyéndolo.

Una bola de resina hizo explosión en el interior de un tronco, y con el ruido se produjo una especie de sacudida en el organismo de Keith. Es seguro que en aquel

momento estaba viendo el rostro de Conniston delante de él, como si el inglés estuviera mirándole de la misma manera que los ojos del retrato le habían mirado. La *deceptio visus*^[2] tomó tal apariencia de realidad, que Keith dio un paso atrás, mirando con asombro; mas cuando sus ojos trataron en vano de volver a ver la ya desvanecida ilusión, comprendió hasta qué punto se había dejado engañar por los sentidos a causa de la exagerada tensión que sus nervios habían tenido que sufrir durante los últimos días. Varias veces había en que no había concedido a su cuerpo ningún reposo, y, sin embargo, no tenía sueño; apenas experimentaba alguna fatiga. El instinto de conservación, no obstante, le hizo arreglar un lecho con hojas y ramas, y, metiéndose en el *sleeping bag* se echó a dormir.

Todavía entonces, durante algún tiempo, fue juguete de los nervios. Cerró los ojos, pero no fue capaz de mantenerlos cerrados. Los sonidos de la noche llegaban hasta él con gran distinción: el chisporroteo del fuego, fruido peculiar de la hirviente resina, muy semejante al silbido de la serpiente, el murmullo de las copas de los árboles y el rítmico tictac del reloj de Conniston. Y lejos, en las soledades, más allá del acogedor oasis, el viento volvía a soplar con fuerza, dejando oír tremebundo la eterna voz de sus amenazas. A pesar de su resolución de luchar contra las aberraciones de sus sentidos, Keith creyó oír nuevamente la voz de Conniston que llegaba hasta él junto a los bramidos del viento. Y de repente se preguntó: «¿Qué quiere decirme? ¿Qué es lo que ha estado queriéndome decir durante todo el día? ¿Acaso quiere Conniston que yo regrese a mi escondrijo?».

Trató de librarse de la opresión insistente de ese pensamiento. Y, sin embargo, tenía la seguridad de que en la última media hora antes de que la muerte entrara en la cabaña, el inglés deseó comunicarle algo que no le pudo comunicar. Fue el coraje extraordinario de aquel hombre lo que le permitió repetir todavía, en el instante mismo en que su alma se le escapaba por los labios, aquellas últimas palabras: «Acuérdate, amigo, de que la partida está ganada, o perdida, desde el instante mismo en que Mac Dowell ponga sus ojos en ti»; pero al recibir Conniston el definitivo guadañazo de la muerte, Keith pudo observar algo extraño en su mirada, y en aquel instante supremo en que la boca callaba para siempre, comprendió que Conniston había querido pronunciar todavía, en un esfuerzo inútil, algo que sus labios no pudieron expresar. Estos recuerdos le asediaban, y mientras los ruidos del viento y del fuego penetraban en sus oídos, Keith no cesaba de preguntarse: «¿Qué será lo que Conniston quiso y no pudo decirme?».

Y a esta pregunta parecía contestar el reloj de Conniston con su suave tictac, diciendo: «Vuelve atrás, vuelve atrás».

Reprendióse por su debilidad; Keith puso el reloj debajo de su lecho de ramas. Allí el tictac quedó algo amortiguado. Al fin el sueño bienhechor cerró sus párpados.

Al amanecer el nuevo día, se despertó. Lo primero que hizo fue remover las cenizas de la hoguera. Todavía halló algunas brasas que, sopladadas, produjeron nueva llama. Añadió nueva ración de leña. No había olvidado el sobresalto de la noche

pasada; pero sus aprensiones habían desaparecido. Se burló de su insensatez, pensando en el juicio que Conniston hubiera formado de su cobardía. Por primera vez después de muchos años recordó los antiguos días de colegio, cuando, en cierta ocasión, obtuvo un premio especial a causa de un buen trabajo sobre Psicología. Él se figuraba ser muy ducho en la interpretación y discusión de los fenómenos de la mente. Sus estudios en Psicología le habían servido mucho, más tarde en la vida, y el hecho de que un poco de tensión nerviosa hubiese bastado a perturbarle la noche anterior, le hacía avergonzarse de sí mismo. La explicación de su delirio era sencilla: era su cerebro que luchaba por reconquistar su normal equilibrio, después de cuatro años de sobreexcitación. Pero ya se encontraba mejor; Su cerebro funcionaba normalmente y sus ideas eran más claras. Escuchó el reloj y comprobó que su tictac no quería decir nada. Un paso más y se puso a silbar como si tal cosa, mientras se preparaba el desayuno.

Después recogió sus bártulos y reanudó su marcha hacia el Sur. Se preguntaba si el mismo Conniston llegó a saber nunca tan de memoria su Manual de Servicio como él iba aprendiéndoselo. Al cabo de seis días llegó a poderle recitar ce por be, desde la primera palabra hasta la última. Andaba una hora y se preparaba para recitar a los árboles la lección aprendida; volvía a andar otra hora y repetía lo mismo. Así, durante varios días. Mac Dowell no le descubriría por ese lado.

—Yo soy Derwent Conniston —se repetía a sí mismo mientras marchaba—. Juan Keith está muerto; muerto. Yo le sepulté en la cabaña construida por el sargento Trossy y su patrulla en 1908. Me llamo Conniston, Derwent Conniston.

En sus años de soledad había adquirido la costumbre de hablarse a sí mismo, a fin de conservar su ánimo y el uso de la palabra. Antes se hubiera dicho: «¡Ea, Keith, vamos allá! ¡A ver cómo nos portamos!»». En aquel momento se decía: «¡adelante, Conniston; vencer o morir!»». Tomó la resolución de no volver a pronunciar el nombre de Keith, si no era para referirse a un hombre muerto, Y en torno del difunto Keith hizo girar su conversación. «Keith sabía defenderse», le decía a un árbol al que había dado el encargo de representar a Mac Dowell. «¡Ya me dio trabajo, ya, ese Keith!»».

Al sexto día fue el milagro. Por primera vez, después de muchos meses, Juan Keith vio el sol. Hasta entonces no había visto más que un círculo semibrillante luciendo su tímida claridad a través de la neblina que cubría aquellas desiertas regiones boreales; pero al fin veía el sol, el verdadero sol en todo su esplendor. A partir del sexto día, el sol fue viéndose cada vez más luminoso, cada vez menos oblicuo, cada vez más caliente. Cuando hubo dejado muy atrás la fría neblina boreal, Keith torció hacia el Oeste. Andaba sin prisa, porque ya estaba libre, ya gozaba de la libertad y quería saborear el placer de andar sin sobresaltos. Necesitaba, además, ir adaptándose, ir preparándose para salir victorioso de la gran prueba.

Ahora que la luz del sol y el hermoso cielo azul le habían despejado el cerebro, veía con claridad los innumerables tropiezos que podía dar, los yerros que podía cometer, los peligros en que podía caer. ¿Iba camino de la definitiva libertad, o

camino de la horca? ¡Lo mismo podía ser una cosa que otra! A cada instante, cuando estuviera de vuelta en la tierra amada, podía ser descubierto, conocido, delatado. Nunca podría considerarse fuera de peligro. Día y noche, constantemente, sin distraerse un minuto, debía tener cuidado con sus palabras, con sus gestos, con su conducta, no sabiendo nunca en qué hora y momento los ojos de la ley podrían arrancarle la careta para entregarle al verdugo. En otros días estas ideas le hubieran llenado de pavor, haciéndole huir. Pero entonces, si hubiera temblado, habría surgido desde lo íntimo de su pecho la voz de Conniston para reprenderle por su cobardía y darle ánimos para seguir adelante.

En resumidas cuentas, él ya no era él; él era Conniston. Ya había convenido en eso, y para poder convencer a todos de que él era Conniston, era preciso que él también se autosugestionase y lo creyese. Y siendo Conniston, como hacía profesión de creer, nada tenía que temer.

Pero, ¿quién era Conniston? ¿Qué sabía él de Conniston con referencia a su infancia, a su juventud, a toda su vida anterior a su llegada al Canadá? Keith perdíase en conjeturas, para llegar siempre a la misma conclusión: un espíritu aventurero y andariego, al propio tiempo que el hombre más caballero y valiente que había conocido. Este desconocimiento de los orígenes de Conniston producía a Keith gran emoción. El inglés se había llevado a la tumba su secreto. A él, a Juan Keith, le había dejado en herencia un gran misterio y el trabajo, si quería emprenderlo, de descifrar el enigma averiguando quién era, de dónde procedía, cuándo salió de Inglaterra, y por qué fue a establecerse en el Canadá. Muchas veces sacaba Keith el reloj para mirar el retrato de la muchacha, y siempre creía ver en él algo que le recordaba la mirada que le lanzó Conniston en el último instante de su vida. La muchacha, sin duda alguna, sería ya una mujer.

Los días se convirtieron en semanas, y los pies de Keith dejaron de pisar nieve para apoyarse ya en la fresca y verde hierba. Estaba a unos quinientos kilómetros de los desiertos glaciales, en la región del lago de los Renos, y era el mes de mayo. Durante una semana descanso en la cabaña de cazador en Burnwood, y después reanudo su marcha en dirección a Cumberland House. Llegó allí a los diez días de camino, y a los doce pudo acampar ya a orillas del Saskatchewan.

El gran río, tan amado desde los días dorados de su infancia, volvió a cantarle aquella noche las mismas canciones que el tiempo y las penas le habían hecho olvidar. La luna rielaba en sus aguas; el viento sur soplaba suave y templado, y Keith, con su pipa en los labios, estuvo escuchando, durante largo rato, su murmullo; esta vez el viento susurraba en su oído los recuerdos del pasado en vez de espantarlo con bramidos y amenazas. El Saskatchewan había sido siempre para él más que un simple río: era un ser querido, un amigo. Había crecido junto a su orilla, y siempre lo tuvo ante sus ojos en los tiempos de felicidad. Fue el testigo mudo de sus ambiciones y el escenario de sus primeras aventuras, y ahora, como un antiguo camarada que se alegrara de su regreso, parecía darle amistosamente la bienvenida. Fijó Keith su

ruñada en las movedizas aguas del río y la cabeza se le llenó de recuerdos. Treinta años no eran tantos años para que él no pudiese recordar a su madre cuando le contaba cuentos, junto a la orilla, a la hora dulce del crepúsculo vespertino. Y repasó en su memoria la historia del río, cómo nació un día allá a lo lejos en lo más recóndito y misterioso de las montañas occidentales, en donde las miradas ni los pies del hombre habían podido llegar nunca, y cómo descendió desde las montañas a los valles, y de los valles a las llanuras, ensanchándose, y ganando en profundidad, y aumentando su caudal a cada kilómetro de su curso para traer a los hombres las arenas de oro que habían de enriquecerlos. Su padre le había hecho fijarse en los profundos surcos trazados por las patas de los bisontes cuando iban a beber al río, y le había contado mil historias de los indios y de la comarca antes de que el hombre blanco llegara a establecerse en el país, de tal modo que, entre el padre y la madre el Saskatchewan se había convertido para él en un libro de fábulas, su país de las maravillas, su colección inagotable de cuentos, historias y leyendas. Y aquella noche volvía a verlo. Lo tenía delante de sus ojos como un amigo el único a quien podría descubrirse sin miedo a una traición. Y entre la pena de las cosas que habían sido y ya no eran y la alegría de volver a ver a su antiguo amigo, extendiendo los brazos exclamó:

—¡Saskatchewan, querido Saskatchewan; soy yo, soy Juan Keith! Heme aquí de regreso.

Capítulo IV

Durante una semana, Keith siguió las orillas del Saskatchewan. Desde la factoría que la Compañía Hudson's Bay tenía en Cumberland House, hasta Prince Albert, había unos doscientos kilómetros a vuelo de pájaro; pero' Keith no marchaba en línea recta, ni por caminos reales. Únicamente de vez en cuando alguna senda mal hollada le facilitaba la marcha. La mayor parte del tiempo anduvo por la vera del río, lo cual alargaba su camino en unos noventa kilómetros. En aquellos momentos en que la aventura a que Conniston le había lanzado estaba ya próxima, necesitaba la ayuda del viejo amigo que había representado un papel tan importante en sus primeros años de existencia. El río le infundía valor y confianza, y junto a él sus ideas y sus pensamientos se le presentaban con mayor claridad. Por la noche se dormía junto a él, con el cielo estrellado en vez de techo; sus oídos escucharon los familiares sonidos de la infancia, esos sonidos que habían estado a punto de volverle loco cuando los oía allí, lejos, en su destierro; volvió a oír, ¡y con cuanto placer esta vez!, el alborotar de los pájaros, inquietos entre las ramas; el grito del búho y el ruido de os patos, al moverse en el agua. Hacia el Sur, en los lugares en que los boscajes llegaban casi hasta la misma orilla del río, oía el aullar de sus antiguos conocidos, los coyotes, a los que tantas veces había perseguido a caballo para darles caza; desde más lejos, llegaba hasta él el aullido más vigoroso de los lobos. Estaba viajando materialmente a lo largo del estrecho sendero tendido entre dos mundos. El río era el sendero. A un lado, no muy lejos, las amables praderas, los verdes campos de cultivo, las granjas, las casas de labor, las poblaciones y las viviendas humanas; al otro lado, el desierto llegando casi hasta el mismo río. A los siete días de marcha, un nuevo sonido llegó hasta sus oídos. Era el silbido del tren en la estación de Prince Albert.

El silbido era el mismo de antes, el de siempre, y todo el cuerpo de Keith se estremeció al oírlo. Era la primera voz que se levantaba para darle la bienvenida, y su sonido fue como la repentina resurrección de todo el pasado. Sabía ya dónde se encontraba; se acordaba perfectamente de lo que había de encontrar a cada revuelta del río. Unos cuantos minutos después oyó el peculiar ruido de las dragas extractaras de oro, en Mac Coffin's Bend. Seguramente la «Isabelita M.», con Andrés Duggan en su cabria, chupando de su pipa y removiendo y examinando las arenas movedizas, del mismo modo que los había visto durante más de veinte años. Ya estaba viendo a Duggan firme en su puesto, echando bocanadas de humo por sus fauces; un hombre alto, casi un gigante, con una barba rufa y una cabeza enorme, a quien toda la ciudad llamaba cariñosamente el Pirata del río. Duggan en toda su vida no había hecho más que buscar oro en las montañas o en el río, y al fin, como si se retirara de la vida, fue

a encerrarse entre las barras de hierro de la draga de Mac Coffin's Bend, para continuar allí buscando el precioso metal. Keith se sonrió al recordar lo mucho que a Duggan le gustaba el jamón. En cualquier momento que uno se acercara a la Isabelita M., se podía sentir el olor del jamón, y cada vez que Duggan iba a la ciudad, había quien aseguraba que sus barbas y su bigote olían a dicho manjar.

Keith se separó un poco del río para seguir por la antigua carretera.

A pesar de sus esfuerzos por mantenerse dentro de la serenidad propia de lo que Conniston había calificado de «momento psicológico», sentía dentro de sí una excitación extraordinaria. Al fin podía decir que se encontraba: ya cara a cara con el destino. La suerte ^estaba echada.

No tardaría muchas horas en jugar su última carta. Si ganaba, otra vez la vida delante de él; si perdía, la muerte que le daría el verdugo. Las preguntas que ya antes se había hecho volvieron a solicitar contestación. ¿Era sensato lo que hacía? ¿Las probabilidades que tenía de ganar no serían más fantásticas que reales? ¿Valía la pena de correr el peligro a que se exponía? ¿No sería en un momento de locura en que él y Conniston habían considerado factible esta aventura? El bosque estaba todavía cerca de él. Aún podía retroceder. La partida no se había llevado aún tan adelante que no se pudiese suspender todavía, y durante un rato un poderoso impulso le hizo vacilar. Mas luego, al llegar a las afueras de Mac Coffin's Bend, vio la draga arrimada a la orilla, y saltando a tierra al mismo Andrés Duggan. Keith se adelantó y saludó a Duggan con la mano.

Keith sintió latir su corazón de un modo extraño a medida que Duggan se acercaba. ¿Era posible que Duggan no lo hubiese reconocido? Se olvidó de su barba y de los cambios que aquellos cuatro años pasados habían tenido que imprimir en él, para no pensar sino en que Duggan había sido amigo suyo y que muchas veces se habían sentado juntos durante las tranquilas horas crepusculares de las tardes serenas, contándose mutuamente historias del río que los dos amaban. Las historias de Duggan se habían referido siempre a ese mítico paraíso oculto en las lejanas montañas del Oeste, las montañas en donde el río tenía su nacimiento, el edén de doradas delicias, ^ el país delicioso y misterioso de cuyos altísimos picos bajaban las aguas que nutrían al. Saskatchewan, y en el cual Duggan, muchos años antes, había estado buscando los tesoros que allí se encierran.

Duggan, en los cuatro años, no había cambiado nada. Si acaso, su espesa barba parecía algo más rufa y enmarañada, y los cabellos más crespos y más firmes. Pero todo lo demás, igual, incluso el perfume de jamón, que podía percibirse como el aliado eterno de sus barbas y bigotes. Keith aspiró este perfume con delicia. ¡Cuánto deseaba él también en aquel momento regalar su cuerpo con aquel manjar! En otro tiempo, un día se hartó del jamón de Duggan; pero en aquel momento se imaginaba que no podía haber en el mundo entero ningún manjar más delicioso. Cuando Duggan se le acercó, sintió la tentación vehemente de alargar su mano diciendo: «Soy yo; soy Juan Keith; ¿no me reconoces, Duggan?». Pero se reprimió el intempestivo impulso y

no dijo sino: «Salud, Duggan; ¿cómo le va?».

Duggan contestó con un despropósito. Era evidente que no sabía bien con quién hablaba.

—¡Bien! Siempre bien en este río, tan hermoso cuando hace sol como cuando está nublado.

Duggan continuaba siendo el de siempre: el enamorado del río; el que no desperdiciaba ocasión para alabarlo o defenderlo. Keith quiso abrazarlo. Dejó en tierra su paquete y dijo:

—He dormido junto a él todas las noches durante una semana, sólo por el placer de tenerlo por compañero, ahora, viniendo de Cumberland House. ¡Cuánto se alegra uno de volver a ver este río, después de una larga ausencia!

Se quitó el sombrero y miró a Duggan a los ojos.

—¿Sabe, por casualidad, si Mac Dowell está en el cuartel? —preguntó.

—Está —contestó Duggan.

Y no hubo más. Duggan miró a Keith con curiosidad. Keith disimuló perfectamente. Hubiera dado cualquier cosa por haber podido, saber lo que pensaba aquel hombre. Le pareció que había pronunciado el «está» con una entonación especial. Esto le intrigó. Y hasta le pareció advertir que había puesto cara hosca al oír el nombre de Mac Dowell.

—El inspector está allí, bien repantigado —añadió, y, con gran sorpresa por parte de Keith, se alejó sin más requilorio.

Este Duggan no era, pues, ya el mismo Duggan bien humorado de antes. Keith se puso de nuevo el sombrero y prosiguió su camino. Algunos pasos más allá se volvió a mirar. Duggan estaba en mitad del camino, con las manos metidas en los bolsillos, mirándole. Keith le saludó; pero Duggan no respondió al saludo. Permaneció inmóvil como una esfinge, con su barba bermeja expuesta a los reflejos del sol matutino y mirando a Keith, hasta que éste desapareció.

Estos signos de desconfianza y de duda en lo que se refería a la personalidad que trataba de representar descorazonaron mucho a Keith. No sólo le descorazonaron, sino que le llenaron de temor. Es verdad que Duggan no le había reconocido como Juan Keith, pero, y esto era lo malo, *tampoco había querido ver en él a Derwent Conniston*. Duggan no era hombre capaz de haberse olvidado de Derwent Conniston, sólo por no haberle visto durante tres o cuatro años. Se vio ya en presencia de una nueva e inesperada situación. ¿Qué iba a hacer si Mac Dowell, como Duggan, no veía en él sino un extraño? Las últimas palabras del inglés volvieron a martillearle los sesos repitiéndole una verdad: «La partida está ganada, o perdida, desde el instante mismo en que Mac Dowell ponga sus ojos en ti». Estas palabras se le grababan en aquel momento con rara fuerza. Por primera vez comprendió todo el alcance de las mismas; por primera vez se dio perfecta cuenta de todo lo que Conniston había querido decir con ellas. El peligro que corría no consistía sólo en ser reconocido como Juan Keith; también consistía en no ser reconocido como Derwent Conniston.

Aun suponiendo que le hubiese asaltado la idea de retroceder, si el temor, el instinto de conservación y la natural tendencia a elegir el mal menor le hubiesen compelido a buscar la libertad por otro camino, todas estas voces de prudencia hubieran quedado sofocadas con el estímulo que con el nuevo peligro había recibido. Que hubiera un tercer factor en esta partida de probabilidades en que Conniston ya había perdido su vida, y en la que ahora él arriesgaba la suya, era algo que infundía en Keith un imprevisto e irresistible deseo de ver el fin de la aventura. La idea de lo que había de sucederle si perdía la partida no tomaba ya la forma precisa y concreta de la horca, sino la de una derrota que ya no le aterraba como antes. El instinto de lucha que despiertan los imprevistos y la ansiedad que se siente en la víspera de las grandes batallas encendían su sangre y le imposibilitaban de sentir el miedo. Estaba impaciente por ponerse frente a frente de Mac Dowell. Hasta que se presentara a Mac Dowell no podía decirse que la suerte estuviera echada. Por vez primera pensó que el inglés no tenía razón cuando aseguraba que la partida estaba ganada o perdida desde el primer momento en que Mac Dowell le echara la vista encima. Desde ese momento podía perder; los ojos sagaces de Mac Dowell podrían descubrir el fraude; pero aunque Mac Dowell nada sospechase de momento, en los días sucesivos podrían siempre surgir incidentes que le hicieran sospechar, Y estas ideas, en vez de intimidarle, le enardecían. El primer encuentro con Mac Dowell podría ser ya su perdición; lo que no podía ser de ningún modo es su triunfo definitivo.

Sentíase como un soldado cuando está retenido en la retaguardia y oye desde sitio seguro el ruido de los cañones, sabiendo que muy pronto le tocará el turno y tendrá que entrar en fuego. Para él era el enemigo el mundo en que iba a entrar, porque ese mundo estaba civilizado, y la civilización requiere y supone leyes, y la ley había pedido su cabeza. Nunca había sentido como entonces un odio mayor contra el viejo código del ojo por ojo y diente por diente. ¡Qué horrible le parecía esa ley en aquel momento en que se encontraba frente a la humareda lenta que salía por las chimeneas de su pueblo natal! Él nunca se tuvo por criminal. Creía que al matar a Kirkstone había matado a una serpiente que no merecía vivir, y muchas veces pensó que su obra habría sido más completa y conveniente, desde el punto de vista del saneamiento social, si hubiese enviado al hijo tras el padre a dormir con él el sueño eterno. Había librado al mundo de un hombre indigno de vivir, ¡y sus conciudadanos querían entregarlo al verdugo! He aquí que los hombres y las mujeres de la villa que había amado tanto eran sus enemigos. Para poder encontrar algún amigo entre ellos era necesario que suplantase la personalidad de otro hombre.

Recordaba un sendero que permitía entrar en la ciudad por una calle al extremo de la cual había una peluquería. Precisamente era una peluquería lo primero que le convenía encontrar. Se alegraba de que fuese tan temprano cuando entró en la ciudad, una hora después de haber hablado con Duggan; así habría poca gente en la barbería. La calle había cambiado mucho. Los solares que antes estaban vacíos tenían ya grandes edificios; el auge previsto cuatro años antes estaba ya allí. Sonrió con

paciencia ante lo sarcástico de la situación. Su padre y él habían fundado grandes esperanzas en los terrenos que adquirieron para construir su casa. Eran terrenos que entonces quedaban fuera de la población, pero que habían de adquirir gran valor con el engrandecimiento de la ciudad. Ya había crecido, y la finca estaba en el interior de la población y valía un dineral. Antes de llegar a la peluquería ya se había dado cuenta de todo esto. La prosperidad era un hecho. El número de habitantes se había triplicado. ¡Era un propietario rico! Pero, al mismo tiempo, era un difunto. O lo sería desde el instante en que él notificase a Mac Dowell la muerte de Juan Keith. ¡Vaya pleitos los que iba a haber entre los que saldrían a demostrar su derecho a la herencia del difunto Keith!

La antigua barbería estaba aún en la esquina, pero ahora regentada por un nuevo dueño. No había ningún parroquiano en el local. Keith dio sus instrucciones con todo detalle y mostró la fotografía de Conniston, en su tarjeta de identidad. La barba y el bigote debían quedar así: bien recortados, según la moda inglesa, y a lo militar. El cabello no había de quedar demasiado corto; lo quería peinado hacia atrás. Cuando la operación hubo terminado dio las gracias al barbero y se felicitó. Más moreno que un indio, y con la piel curtida a causa de los años pasados a la intemperie; más derecho que un huso; con sus músculos endurecidos y desarrollados como consecuencia de su prolongada lucha con el desierto, se miraba al espejo y sonreía de satisfacción al comparar al John Keith de antes con el nuevo Derwent Conniston de ahora. Antes de salir de la peluquería se apretó el cinturón un punto. Y en seguida se dirigió, por el camino más corto, al cuartel de la Real Policía Montada del Noroeste.

Tuvo que seguir toda la calle principal; tuvo que pasar por delante de las tiendas que allí había desde antes de su ausencia, por delante del Hotel Saskatchewan y del pequeño edificio de la Cámara de Comercio local tiendas, hotel y edificio que, como la barbería, pertenecían al antiguo secretario inglés, Percival Clary. Pero ¡cuánto había cambiado! Estaba más grueso y más fornido. Llevaba un bigote muy bien rizado y atusado. Sus pantalones estaban admirablemente planchados; sus botas, perfectamente lustradas, y en la puerta de su importante oficina se daba tono apoyándose levemente en un elegante bastón. Keith se admiró al considerar cómo la prosperidad había envanecido a aquel hombre. A medida que andaba, Keith iba buscando caras conocidas. De vez en cuando encontraba alguna; pero la mayoría eran desconocidos que marchaban de prisa, como quien tiene algún asunto que resolver. De todas partes le llamaban la atención los grandes anuncios de terrenos en venta; los automóviles, 4^{ue en} gran número pasaban veloces por la larga y ancha calle, herían sus oídos con el fuerte griterío de sus bocinas; veinte había donde cuatro años antes no solía haber ni uno.

Keith notó que le costaba trabajo seguir mirando adelante cuando encontraba a una muchacha o a una mujer. Nunca había creído plena y paladinamente en los encantos de la feminidad; pero entonces tuvo que doblegarse a la evidencia. Unas diez o doce mujeres se cruzaron con él en su camino, y hubiera querido, si hubiese

sido posible, parar a cada una de ellas para contemplarlas a todas muy despacio y admirar su belleza. Nunca había sido mujeriego; ^apreciaba a la mujer, la respetaba. Comprendía que ella era lo mejor que puede haber en este mundo para el hombre; amó mucho a su madre, mas su corazón no había sentido todavía nunca el amor. Pero entonces, desde lo más profundo de su corazón adoraba a aquella docena de mujeres que había visto. Algunas de ellas no tenían el aspecto muy fino; otras no eran extraordinariamente bonitas; sólo dos o tres eran hermosas de verdad; pero Keith las había encontrado a todas adorables. Eran mujeres de raza blanca, y todas le parecían divinas. La menos bonita de todas tenía encantos suficientes para trastornarle. ¡Cuatro años de destierro, para volver por fin a un país de ángeles! Por un momento se olvidó de Mac Dowell.

Su cabeza era un hervidero cuando llegó al cuartel. La vida era cosa buena, a pesar de todo. Valía la pena de luchar, y él estaba decidido a luchar por conservarla. Apresuró el paso para llegar cuanto antes al despacho de Mac Dowell. Pocos minutos después llamaba con los nudillos en la puerta del despacho del secretario de Mac Dowell.

—El inspector está ocupado —dijo el secretario contestando a Juan Keith—. Le pasaré aviso...

—Dígale que estoy aquí con un asunto importante —interrumpió Keith—; seguramente me recibirá cuando sepa que le traigo noticias de Juan Keith.

El secretario desapareció por una puerta excusada. Ni siquiera diez segundos tardó en volver.

—Pase usted; el inspector le espera —fueron sus palabras.

Keith respiró con fuerza para sujetar al corazón, que parecía querer salirse del pecho con sus fuertes latidos. A pesar de su coraje, no pudo menos de sentir la tentación de retroceder. Fue como si una gigantesca mano invisible le agarrara por el pescuezo, reteniéndole. Y volvió de nuevo a sentir la voz agonizante de Conniston musitando: «No olvides, amigo, que la partida estará ganada o perdida desde el instante mismo en que Mac Dowell fije sus ojos en ti,»

¿Tendría razón Conniston?

Ganar o perder. Era preciso defenderse y él estaba dispuesto a todo, pues sentía dentro de sí un ánimo y un valor extraordinarios. Se encogió de hombros y entró en el despacho de Mac Dowell, el policía más sagaz de todo el Noroeste.

Capítulo V

Lo que primero vio Keith al entrar en el despacho del inspector de policía no fue la persona de Mac Dowell, sino la cara bonita de una muchacha. Estaba sentada enfrente de él y le miraba. La luz que entraba por una ventana, dándole de lado, contribuía a poner de relieve la hermosura de su cara y cabello. El efecto era sorprendente. Era una muchacha verdaderamente bella. El sol que penetraba en la habitación iluminaba su cabeza con reflejos dorados. Sus ojos eran de un azul claro maravilloso, y le miraban de un modo que denotaba la emoción que él había producido en ella al entrar. Keith hizo todas estas observaciones en un abrir y cerrar de ojos. En seguida se volvió hacia Mac Dowell.

El inspector estaba sentado detrás de una mesa llena de mapas y papeles, Keith sintió por todo su cuerpo la penetrante mirada de aquel hombre. Hubo un momento en que sufrió la angustiada inquietud del criminal que sabe que le persiguen. Pero se sobrepuso y aguantó la mirada de Mac Dowell con serena calma. Los ojos de Mac Dowell eran como Conniston los había retratado; ojos que parecían poder ver a través de las paredes; ojos de un color indefinido y hundidos debajo de unas cejas hirsutas, grises, abundantes; ojos de mirada rápida y segura. Keith reconoció a Mac Dowell en sus ojos, en sus bigotes grises bien cuidados, en su cabello bien recortado, en las rígidas facciones de su cara, en todo lo que Conniston le había explicado de él, y saludó.

Le pareció que Mac Dowell tardaba en contestar a su saludo y sintió un escalofrío de temor. No había afectuosidad alguna en aquella cara impasible. Mas pronto la expresión de aquella cara cambió, y Keith vio al hombre que, al propio tiempo que el superior jerárquico, era el amigo de Derwent Conniston. Mac Dowell, poniéndose en pie y apoyándose en la mesa, dijo con voz que denotaba a la vez satisfacción y sorpresa:

—Estábamos precisamente hablando de Keith, y aquí llega usted con noticias del granuja. Bien venido, Conniston; ¿cómo está usted?

A Keith, de momento, se le oscureció la vista. ¡La partida ya era suya! La sangre le circulaba tan aprisa que el corazón parecía tener que romperse. Sintió el apretón de manos de Mac Dowell; oyó su voz amable y acogedora. Junto a estas realidades, una visión. Era la cara de Conniston, jubilosa y radiante. Conniston estaba allí, erguido, con la cabeza alta, junto a Mac Dowell; tal vez sonreía, tal vez no. Tan emocionado estaba Keith, que Dowell continuaba estrechándole la mano, mientras con la izquierda sobre su hombro le sacudía cariñosamente. La muchacha le miraba con ojos desmesuradamente abiertos, como si estuviese mirando a un alma del otro mundo.

La enérgica voz de Mac Dowell vibró afablemente:

—Conniston, salude usted a la señorita María Kirkstone, hija del juez Kirkstone.

Keith saludó y durante unos instantes, retuvo en su mano la de la hija del hombre a quien había matado. La muchacha tenía las manos frías. Sus labios se movieron tan sólo para pronunciar unas palabras de saludo. Los de él también enmudecieron. Mac Dowell habló para ponderar las glorias del servicio y la inflexibilidad de la ley. De pronto, cortando los discursos, preguntó:

—Conniston, ¿le dio usted caza?

La pregunta volvió a Keith a la realidad. Incluyó ligeramente la cabeza y dijo:

—Traigo la noticia de la muerte de Juan Keith.

Keith notó que estas palabras habían producido en María Kirkstone una emoción intensa. Era evidente que estaba haciendo grandes esfuerzos para disimular su agitación. Desvió su mirada de él, y, volviéndose hacia Mac Dowell, dijo al inspector:

—Agradezco su amabilidad, inspector Mac Dowell, y espero que podré hablar pronto con el señor Conniston, a propósito de ese Juan Keith que ya está muerto.

Y se retiró saludando con la cabeza a Juan Keith.

Cuando se hubo ido, la admiración se retrató en la mirada de Mac Dowell.

—Así la he visto durante seis meses —explicó—. Siempre interesadísima con la suerte de ese Juan Keith, que mató a su padre. No creo, Conniston, que ni yo mismo haya deseado la vuelta de usted con más impaciencia que ella. Y lo curioso del caso es que no parece haberle importado nada de Juan Keith hasta hace unos seis meses. A veces pienso que el constante recordar la muerte de su padre ha trastornado un poco su cabeza. Una linda muchacha, Conniston. Una linda muchacha. Y su hermano, un chisgarabís. Ya le conocía usted.

Puso una silla cerca de la suya y rogó a Keith que se sentara. Hizo una pausa, y de repente:

—¡Está usted muy cambiado, Conniston!

Estas palabras cayeron sobre Keith como un martillazo. Tan inesperadas fueron que Keith sintió los efectos de ellas en todos los nervios de su cuerpo. Comprendió en seguida lo que Mac Dowell quería decir. Él no hablaba ni accionaba como el inglés; no tenía sus maneras; carecía de la fría y natural suavidad de Conniston; le faltaba el elegante sello de su temple inimitable. Lo que Mac Dowell quería decir es que se extrañaba de no ver en él al Conniston que esperaba, ufano y radiante después de tantas fatigas, como si hubiera salido nada más que el día anterior a perseguir a Keith por las regiones boreales, y vuelto a las veinticuatro horas. Esto es lo que Mac Dowell echaba de menos en él, el espíritu de Conniston; reconocía en sus facciones al Conniston que aguardaba, pero le hallaba cambiado porque le faltaba el aire distinguido, la natural y llana superioridad propios en Conniston; él esperaba al Conniston de siempre, el que hubiera entrado en su despacho como en la casa de un camarada, dirigiéndose al superior con respeto, pero prescindiendo de los formulismos reglamentarios. Mac Dowell esperaba al Conniston que hubiese

saludado diciendo: «Buenos días, comandante: aquí estoy porque he venido», o algo así, en tono familiar. También Keith poseía su poquito de humorismo y pensó en lo mucho que el alma de Conniston debía estar rabiando si por acaso estaba presente en aquel momento. Hizo un gesto y contestó:

—¿Ha estado usted alguna vez solo, allá, en la noche inacabable, mi comandante? ¿Ha permanecido usted alguna vez durante seis meses en continua tortura, con las estrellas espiándole todos sus movimientos, y las zorras ladrándole sin cesar, y los elementos desatados amenazándole como si todo se hubiese conjurado para arrojarle por los abismos de la locura? Dos veces he sufrido yo todas esas terribles y prolongadas torturas, y creo que tiene usted razón, estoy cambiado. No espero volver a ser nunca más el de antes. Algo de lo que antes había en mí se fue para no volver más. No sabría decirle en qué consiste este cambio; pero comprendo que no soy el mismo, que he cambiado. Esta lucha, esta prolongada estancia mía entre los hielos ha hecho de mí otro hombre.

Le pareció que había salido muy bien del apuro. Mac Dowell, en efecto, no insistió. Tiró de un cajón de la mesa y sacó de él una caja de cigarros. Ofreció uno a Keith.

—Encienda usted uno, Conniston. Encienda y cuénteme. Por vida mía que ha tenido usted que pasar, en verdad, penalidades. Pero una semana en la vieja ciudad bastará para hacérselas olvidar.

Encendió una cerilla y dio lumbre a Keith.

Durante una hora seguida estuvo Keith contando la historia de la caza del hombre por el hombre. Era su *Ilíada*. Hablaba y le parecía sentir la presencia de Conniston, entusiasmándose con él a medida que las palabras iban saliéndole de la boca. Llegó a olvidar que delante de él estaba mirándole y escuchándole el hombre de quien tanto tenía que temer. No pensaba en aquellos instantes más que en los largos meses, y años, del épico drama del uno contra el otro; años de huida y de persecución, de hambre y de frío; años de noches interminables, horrorosas; años de locura y desesperación. En su relato llegó a triunfar de sí mismo, no siendo ya él quien hablaba, sino Conniston desde su interior. Fue Conniston quien explicó la dura expiación de Juan Keith, y cuando llegó al punto de los días pasados en la solitaria cabaña en lucha con la muerte, entre la nieve y los hielos, Keith, con voz entrecortada por la emoción, terminó con estas palabras:

—Así fue como murió Juan Keith; como un hombre.

Se acordaba del inglés; de la serena calma y de la tranquilidad con que murió; de la expresión sonriente y exenta de temor de su cara; de sus últimas palabras, y lo describió todo tan bien que a Mac Dowell le parecía estar viendo la escena.

Hubo un momento de silencio. Mac Dowell se pasó una mano por la cara, como para quitarse alguna pelusa. Durante unos minutos permaneció con la espalda vuelta y sin querer mirar al hombre que él creía Conniston. Su atención no estaba en el Saskatchewan, pero él fingía estar mirando el río. Cuando volvió la cara hacia Keith,

ya era otra vez el hombre de hierro, la ley, la ley misma, la ley implacable y poderosa, la ley que, por un extraño milagro, había tomado el cuerpo y la figura de un hombre. Este hombre habló por fin:

—Después de dos años y medio de ese suceso no es extraño que un criminal le haya podido parecer poco menos que un santo, Conniston, Usted ha llevado a cabo su misión con todo el celo que era de esperar. Enviaré un apunte circunstanciado del relato a la Dirección General, y si no obtengo para usted un ascenso presentaré mi dimisión. Pero es lástima que Juan Keith ya no pueda morir ahorcado.

—Ha expiado sus culpas —contestó Keith con voz borrosa.

—No; no las ha expiado por completo. Keith no ha hecho más que morir, y su delito no podía expiarse más que en la horca. Su crimen fue la culminación de un feroz deseo de venganza. Borraremos su nombre de nuestras listas; pero yo no puedo dejar de sentir que no se le haya podido ahorcar. Daría un año de mi propia vida porque le hubiese usted traído consigo y por poderle tener ahora aquí, entre nosotros. ¡Qué triunfo si tal hubiese acontecido! ¡Qué servicio el que hubiéramos prestado al cuerpo de policía al que tenemos el honor de pertenecer, si hubiésemos podido entregar vivo a Juan Keith, para que el verdugo lo ahorcara después de cuatro años!

Frotábase las manos, sonriendo ante la idea de castigar al culpable. Sus ojos brillaban de un modo extraño. ¡Era la ley! Allí estaba, sin corazón ni piedad, codiciando la vida que se le escapó. Keith no pudo evitar un hondo sentimiento de repulsión.

Alguien llamó en esto a la puerta.

Mac Dowell dio el permiso, y la puerta se abrió lentamente. Cruze, el joven secretario, asomó la cabeza.

—Shan Tung desea ser recibido —dijo.

Estas palabras fueron como si una mano invisible agarrase bruscamente a Keith por la garganta. Volvióse un poco hacia la pared para ocultar la emoción que su cara hubiera podido revelar. ¡San Thung! Por fin comprendía qué era lo que le había movido a sentir tentaciones de volverse a la región de los hielos; ya sabía por qué la cara angustiada de Conniston le había seguido en sus primeros días de camino; ya sabía, por fin, qué era lo que Conniston quería decirle, cuando, sin fuerzas ya para articular una palabra más, hubo de morir con una expresión misteriosa en su cara. En esta aventura, Conniston y él se habían olvidado de Shan Tung, el chino.

Capítulo VI

Shan Tung esperaba en la antecámara de la Secretaría. De la misma manera que Mac Dowell era la personificación férrea y acerada de la ley, Shan Tung era la encarnación de la inmutabilidad y misticismo de su raza. Su cara era el rostro de una imagen formada de tejidos vivos e impasibles, en vez de estar esculpida en madera o mármol; cara desapasionada, tolerante, paciente. Lo que pasaba en el cerebro de aquella cabeza, detrás de sus ojos rasgados, sólo el mismo Shan Tung lo sabía. Era su secreto. Y Mac Dowell había desistido de analizarle o entenderle. La ley, burlada en su curiosidad, había acabado por aceptar al chino como se acepta a una máquina complicada y rara —como a una cosa más bien que como a un hombre—, provista de un poder diabólico. Esta eficacia, fuerza o poder diabólico de Shan Tung consistía en su maravillosa aptitud para recordar fisonomías. Tan pronto como Shan-Tung miraba a una persona, la cara de esta persona quedaba retratada de un modo indeleble en la memoria del chino. Ni el tiempo, ni los cambios fisonómicos tenían fuerza para hacer palidecer la imagen de aquella admirable retentiva. La ley utilizaba esta aptitud de Shan Tung.

Mac Dowell lo tenía clasificado así: «Shan Tung es, o bien un primer ministro chino desterrado, o el mismo diablo metido en el cuerpo de un hombre de raza amarilla». Así se lo había escrito al comisario, y seguía: «La edad de este hombre, un misterio; el pasado de su vida, otro misterio. Llegó a Prince Albert en 1908, luciendo diamantes y bien vestido y calzado. Es un extranjero que jamás dejará de serlo. Es propietario del café *Shan Tung*. Hombre educado, de hablar dulce y maneras afeminadas; pero extremadamente peligroso. La policía lo utiliza; pero desconfía de él y lo vigila. Creo que podría ser muy temible llegado el caso. De momento, sin embargo, vive sin hacer daño a nadie, y todos sus actos se efectúan dentro de la ley. Pero este confidente debe tener una historia negra».

Tal era el hombre a quien Conniston había olvidado y a quien Keith temía encontrar. Durante varios minutos, Shan Tung había permanecido delante de una ventana, mirando por entre los visillos el gran espacio cubierto de hierba y césped que se extendía al pie. Entreteníase con sus propias manos, acariciándose los descarnados dedos. En su boca se dibujaba una semisonrisa. Nadie había visto nunca que los labios de Shan Tung apuntaran más que esta semisonrisa. Su lacio pelo estaba cuidadosamente recortado. Su traje era impecable. Su delicadeza, como Mac Dowell había observado muy bien, era la delicadeza de una señorita.

Cuando Cruze le anunció que Mac Dowell estaba dispuesto a recibirle, Shan Tung estaba todavía contemplando con su imaginación la cabeza rubia de María

Kirkstone, tal como él la había visto con sus cabellos de oro iluminados por los rayos de sol que entraban por la ventana. Mientras aguardaba acariciándose los dedos, de su pecho parecía salir como un leve ronquido de satisfacción. Apenas oyó los pasos del secretario, las manos se desenlazaron, el ronquido cesó y la semisonrisa desapareció de sus labios. Se volvió suavemente hacia Cruze. Éste no habló; hizo únicamente un gesto con la cabeza y Shan Tung se dirigió, sin ruido de pasos, al despacho de Mac Dowell.

Únicamente el apenas perceptible sonido de la puerta testimonió su presencia en el despacho del inspector. Nadie más que Shan Tung hubiera podido abrir una puerta *con* tan poco ruido. Cruze se estremeció. Se estremecía siempre que Shan Tung pasaba por delante de él, asegurando siempre que en el aire quedaba flotando el olor de un veneno, Keith, de cara a la ventana, esperaba. Tan pronto como se abrió la puerta sintió la presencia de Shan Tung. Todos los nervios de su cuerpo se pusieron en tensión. La idea de que su entereza flaqueara a causa de un chino le exasperaba. Y comprendía que no podía seguir en la ventana indefinidamente. Eludir la mirada de Shan Tung no hubiera conducido a más que a aplazar la prueba y hacer la confesión de su cobardía.

Elevando su mano para imitar el movimiento acostumbrado de Conniston, se volvió, atusándose el bigote y levantando bien los ojos para encontrarse con la mirada de Shan Tung.

Con gran sorpresa notó que Shan Tung parecía no haberse fijado en él para nada. Era evidente que apenas se había tomado la molestia de mirarle de soslayo y sin la menor insistencia. Con voz que quien la hubiese oído desde el otro lado de la puerta hubiera podido tomar por la de una mujer, se puso a decir a Mac Dowell: He visto al hombre a quien usted me envió para que le reconociera. Es Larsen, Ha cambiado mucho en ocho años. Le ha crecido la barba. Ha perdido un ojo. Su cabello ha encanecido. Pero es Larsen.

Con la impecabilidad de sus palabras y con el tono igual e indiferente de su voz, Shan Tung hizo estremecer a Keith, lo mismo que antes había hecho estremecer a Cruze sólo con su presencia. En la cara de Mac Dowell brilló una expresión de triunfo.

—¿No sospechó nada de usted, Shan Tung?

—No me vio, así es que no pudo sospechar. Allí estará cuando... —se volvió lentamente y miró a Keith—, cuando el señor Conniston vaya a detenerle.

Retiróse hacia la puerta silenciosamente después de una leve reverencia con la cabeza. Sus ojillos rasgados se clavaron instintivamente en los de Keith, el cual creyó leer en ellos algo siniestro. Los ecos de la voz del chino llegaban hasta sus oídos con una nueva inflexión extraña; sus manos, después de haber visto a Keith, continuaban acariciándose los dedos, pero ya no como se los acariciaba cuando contemplaba a María Kirkstone a través de la ventana. A Keith, de repente, los ojos de Shan Tung le parecieron estrecharse hasta convertirse en dos rendijas, entre las cuales las pupilas

aparecían como dos ascuitas de fuego chicas, diminutas como la cabeza de un alfiler. Lo último que Keith vio de Shan Tung fue el fulgor de esos ojillos de fuego que, al retirarse, parecían haberse llevado la mitad de su alma en pos del chino.

—Un tipo antipático —dijo Mac Dowell—. Cuando se ha ido siento siempre la sensación de haber dejado pasar a una serpiente por mi despacho. Todavía le odia a usted, Conniston. En tres años su odio no ha disminuido. Le aborrece a usted con todas sus fuerzas. Estoy seguro de que le mataría a usted si pudiese. ¡Y usted atusándose el bigote y encogiéndose de hombros! Pues yo, si estuviese en su lugar, tomaría precauciones.

El odio de Shan Tung a Conniston intrigaba a Keith, «¿Cuál puede ser la causa de este odio?», preguntábase, desorientado.

Mac Dowell no añadió ninguna palabra que pudiera ponerle sobre la pista; mientras se dedicaba a poner un poco de orden en los diversos papeles que tema diseminados por la mesa, sonriéndose con gran satisfacción.

—Es Larsen; no hay que dudar, puesto que Shan Tung lo asegura.

Y en seguida, como si acabara de ocurrírsele la pregunta:

—¿Piensa usted reengancharse, Conniston?

—Todavía falta un mes para que expire todo el plazo de mi primer enganche. Después de este mes creo que sí, que me reengancharé.

—Me alegro —dijo Mac Dowell—. En este tiempo le habré conseguido ya a usted un ascenso. Por ahora queda usted exento de servicio y puede hacer lo que le dé la gana. ¿Recuerda usted a Brady? Se ha ido a hacer una excursión hasta el Mackenzie y me ha dejado las llaves de su habitación. A usted ha de gustarle entrar en una casa como aquélla, y estoy seguro de que Brady no hará objeción alguna a su vuelta cuando sepa que yo le cobro a usted treinta dólares por mes. Claro está que puede usted venir a vivir al cuartel, si quiere; pero yo creo que ha de convenirle más la casa de Brady mientras dure su licencia. Allí encontrará usted de todo, desde el baño hasta la cafetera, y yo conozco un japonés que está buscando quien le tomé de cocinero. ¿Qué le parece?

—Magnífico —exclamó Keith—. Allá me voy ahora mismo, y si usted quiere enviarme al japonés en seguida, tanto mejor. Tenga la bondad de decirle que lleve lo necesario para la comida.

Mac Dowell le dio las llaves. Diez minutos después, Keith había perdido ya de vista el cuartel y remontaba una cuesta cubierta de verdura que conducía a la casa de Brady.

A pesar de que no había representado su papel de un modo brillante, creía que el triunfo estaba ya asegurado. Duggan no le había reconocido, y eso que Duggan había sido uno de sus más íntimos amigos. Era evidente que Mac Dowell le había tomado por Conniston sin ningún recelo. En cuanto a Shan Tung...

Shan Tung era la única persona que le preocupaba. La seguridad de su triunfo no bastaba a quitarle la preocupación. La imagen del chino cuando se retiraba del

despacho de Mac Dowell, con sus ojillos mirándole fijamente, no se le borraba un instante. No era odio lo que vio en la mirada del chino. Estaba seguro de ello. No era ningún sentimiento que él fuese capaz de interpretar. Aquella mirada fue como si un par de ojos fijos en la cabeza de un monstruo mecánico de maravilloso funcionamiento se hubiesen enfocado de modo que pudieran verle con todo detalle un instante. Aquellos ojos hicieron pensar a Keith en la fuerza penetrante de los rayos X. Pero Shan Tung no era una máquina. Shan Tung era un hombre, y un hombre astuto, por añadidura. Con otra piel, nadie le hubiera tomado por lo que era. Lo irreprochable de su lenguaje y maneras era algo verdaderamente poco común, Pero en lo íntimo de su carácter había en él algo irritante y repulsivo que evidenciaba que no pertenecía a la raza blanca. Eso era lo que iba pensando Keith mientras caminaba hacia la casa de Brady.

Trato de desechar los pensamientos que fe oprimían la mente. Sobre todo el pensamiento, la idea, la sospecha de que no había escapado su verdadera identidad al poder extraordinario de los ojos de Shan Tung. Recurrió a la ayuda de cosas materiales para distraerse de tales ideas. Encendió uno de la media docena de cigarros que Mac Dowell le había regalado. Era agradable eso de sentir otra vez un cigarro entre sus dientes y saborear el aroma del tabaco. Se paró en lo alto de la cuesta que conducía a la casa de Brady y miró a su alrededor. Instintivamente sus ojos se dirigieron primeramente hacia el Oeste. Por ese lado la mitad de la ciudad caía bajo su mirada, y más allá de sus últimos términos se extendían las frondosas colinas, el río y los verdes senderos de la llanura. Su corazón latió con más fuerza ante tal espectáculo. A cosa de un kilómetro de distancia había un bosquecillo y al abrigo de este bosque estaba el camino que conducía a su antiguo bogar. El edificio no podía verse a causa de los árboles que lo tapaban, pero por un claro asomaba el extremo de la roja chimenea, brillando al sol, como si quisiera darle la bienvenida desde lejos. Se olvidó de Shan Tung; se olvidó de Mac Dowell; se olvidó de que él era Juan Keith, un asesino, en medio del mar de soledad que le rodeaba. Miró al mundo que fue suyo algún día, y todo lo que vio fue aquella roja chimenea de ladrillo brillando al sol. Y la chimenea fue cambiando de aspecto hasta presentarse delante de su imaginación como la columna de un monumento funerario. Impresionado se volvió hacia la casa de Brady con un nudo en la garganta y sus ojos oscurecidos por una nube que durante un rato le dificultó la visión.

El interior de la casa de Brady estaba oscuro cuando Keith entró. Los visillos estaban corridos. Keith los levantó uno tras otro y la luz entró. Todo estaba en perfecto orden, y aquella sensación de hogar limpio y cómodo fue como un sedante para el cuitado, Brady poseía el sentido y el amor del hogar, aunque no estaba casado. La casa era una especie de chalet, construido de madera, pero coquetón y bonito. Una mujer no lo hubiera tenido mejor arreglado, Keith se detuvo en la habitación principal. En un extremo había una chimenea, con sus morillos y leña, todo dispuesto como si no aguardase más que la persona que con una cerilla se acercara a encender

el fuego. La mesa de lectura y el sillón estaban próximos, Los cojines al alcance de la mano, y un taburete enfrente del sillón. Encima de la mesa había pipas, tabaco, libros y revistas, y entre todos estos chirimbolos descollaba tentadora media botella de excelente ron añejo.

Keith estaba encantado. Examinando todos los objetos de la habitación, su vista se detuvo a contemplar dos ojos de cristal que le miraban desde una enorme cabeza de reno, disecada y colocada encima de la chimenea. Después Keith paseó su mirada por las paredes adornadas con cuernos de venado, cuadros, pipas, armas y demás objetos propios del gusto de un hombre como Brady. Continuando su inspección, Keith examinó el comedor y pasó después a la cocina. Hizo mentalmente el inventario de todo y vio que Mac Dowell tenía razón. No faltaba nada en aquella casa; ni siquiera el cascanueces. Pasó al cuarto de baño. No era muy grande, pero la pila era ancha y cómoda. Abrió una ventana, asomó la cabeza y vio que en el exterior había un depósito en conexión con una cañería que recogía el agua de la lluvia que resbalaba por el tejado. Aquel depósito estaba lo suficientemente alto para que en el cuarto de baño el agua llegara con alguna presión y pudiera uno no sólo bañarse, sino también tomar una ducha, y lo suficientemente bajo para que toda el agua del tejado cayera en él conducida por una canal puesta a lo largo del alero. Se rió con la risa propia no del que está en presencia de algo chusco, sino del que encuentra algo de su agrado. En la casa había dos cuartos de dormir, y Keith eligió el cuarto de Brady. También en el dormitorio había pipas, y tabaco, y libros, y revistas, y una lámpara sobre una mesilla de noche para poder leer cómodamente en la cama. Volvió a examinar toda la casa, y en esta segunda inspección descubrió el teléfono.

A todo esto el sol se había ocultado. Desde el Oeste se acercaba de prisa una gran masa de nubes. Abrió una puerta, desde cuyo quicio pudo contemplar el río, y el viento que precedía a la tempestad que se avecinaba le enmarañó el pelo y le refrescó la cara. Este viento avivó en él su vieja manía: los orígenes del río. Era un viento impregnado del aroma de las despobladas praderas de más allá de los bosques. Todas las tormentas que llegaban desde el Oeste le habían hecho pensar siempre en los orígenes del río. El viento aquel provenía de las grandes montañas que tanto habían hablado, desde niño, a su imaginación, y parecía repetirle con voz de trueno las viejas historias para reavivar su antiguo deseo de remontar el río hasta descubrir el misterio de su nacimiento, Este deseo, efectivamente, surgió de nuevo en su pecho con decisiva prepotencia.

El cielo se oscureció rápidamente, y precediendo a los roncós bramidos del trueno vio mil veces al rayo surcando el cielo como si quisiera atravesarlo con sus fuegos. La electricidad se le metía por los poros llegando hasta sus venas. Su corazón expresó de repente palabras que sus labios no pronunciaron. ¿Por qué no había de seguir una vez los impulsos que había sentido desde su infancia? Nunca mejor que entonces; ¿por qué, pues, no había de determinarse? ¿Por qué tentar la fortuna corriendo los azares de una partida peligrosa, únicamente para permanecer en dónde ya no tenía

casa, ni familia, ni amigos, cuando más allá de las montañas entre cuyas cumbres se había fraguado la tempestad existía el país de sus ensueños? Extendió los brazos. Su voz salió al fin de su pecho en un grito de entusiasmo. No todo se había perdido. No todo estaba muerto. Sobre la tumba de su pasado se levantaba una voz que le llamaba, no ya con apremiante insistencia, sino con irresistible fuerza. Sí, iría. ¿Cuándo? A la mañana siguiente, a medianoche... tal vez antes. Era cosa de ponerse a planear la expedición inmediatamente.

Miró la lluvia torrencial mientras se iba aproximando precedida de fuerte vendaval. Parecía un muro viviente delante del cual los árboles doblegaban su cabeza como fieles en oración. Vio llegar el agua, que barría y limpiaba las pendientes con la fuerza del torrente. El chaparrón le alcanzó a él mismo en la cara, antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta, luchando, para ello, contra el viento que la empujaba como si se empeñase en mantenerla abierta. Era una tempestad como las que le gustaban a Keith. El trueno parecía el ruido producido por un millón de gigantescos carromatos rodando a buena velocidad por un inmenso camino mal empedrado.

El interior de la casa estaba tan oscuro que parecía que la noche ya hubiese llegado, Keith se arrodilló delante de la leña de la chimenea y encendió un fósforo. La leña prendió pronto y bien, como mecha impregnada de petróleo. Una llama hermosa iluminó la habitación a la par que daba calor. A Keith no le gustaba fumar en la pipa de otro, así es que sacó su propia pipa y la llenó con el tabaco de Brady. Era una mezcla rica y aromática de tabaco inglés, y después de un rato, cuando ya él fuego ardía con llama todavía más viva y el aroma del tabaco comenzaba a extenderse por la estancia, Keith se arrellanó en el canapé de Brady y estiró las piernas, con un suspiro de satisfacción. Sus pensamientos volvieron a la tempestad, Él podría construirse una habitación parecida a aquélla en que estaba, allá en lo más recóndito del país virgen que daba vida al Saskatchewan. Construiría allí su vivienda tomando por modelo la casita de Brady; la copiaría en todo, incluso en lo de poner un depósito debajo del alero de su tejado para aprovechar el agua de la lluvia para la ducha y el baño. Unos cuantos años, y nadie se acordaría ya de que en el mundo hubiera existido un hombre llamado Juan Keith.

Pero, de repente, algo le hizo ponerse en pie. Era el timbre del teléfono. Después de cuatro años de no oírlo, su llamada sacudió de un modo desagradable todos sus nervios. Probablemente sería Mac Dowell que le llamaba para hablarle del cocinero japonés, o para preguntarle si estaba bien y si no necesitaba nada. Sí; seguramente era Mac Dowell. Hizo esta afirmación en voz alta, al tiempo que dejaba su pipa sobre la mesa, y, sin embargo, no pudo coger el auricular sin sentir la tentación de no ponerse al habla. Una voz interior le aconsejaba que no respondiese, que se marchase en aquel mismo instante, sin aguardar más, hacia el Oeste, hacia las montañas, hacia el país misterioso y desierto al que había de llegar remontando siempre el río.

No obstante, descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

No era Mac Dowell quien quería hablarle. No era Shan Tung. Con gran asombro suyo reconoció que la voz que llegaba hasta él entre el estruendo de la tempestad era la de María Kirkstone.

Capítulo VII

¿Qué podría ser lo que obligaba a María Kirkstone a llamarle tan intempestivamente cuando los rayos desgarraban el cielo, y la tierra temblaba con el retumbo del trueno? Ésta era la pregunta que se hacía Keith mientras se disponía a escuchar lo que iban a decirle por teléfono. La voz que llegaba hasta él denotaba el temor de no poder acabar si por acaso, la tempestad cortaba la comunicación. La señorita Kirkstone comenzó por sincerarse explicándole que le había querido hablar por teléfono un rato antes y que había llamado al despacho de Mac Dowell por si él estaba todavía allí, pero que le habían dicho que ya había salido y que podría hablarle llamando al teléfono de Brady. Le rogaba que la perdonase si le molestaba tan inmediatamente después de haber vuelto él a Prince Albert, pero tenía que hablarle pronto y esperaba que él sabría excusarla. Le suplicaba que fuera a verla aquella misma noche a las ocho. Lo que tenía que decirle era de una gran importancia... para ella. Deseaba que de ningún modo dejase de ir. ¿Iría?

Antes de reflexionar siquiera unos instantes, Keith contestó que sí. Oyó como ella le daba las gracias, se despedía y colgaba el auricular. María había hablado concisamente, dejando a Keith en la mayor perplejidad. La señorita Kirkstone había demostrado con su nerviosidad el temor que le inspiraba la tormenta; ¿por qué, pues, no había esperado a que pasara? ¿Tan urgente era lo que tenía que decirle?

Alguien le interrumpió sus ideas llamando a la puerta. Abrió y dio entrada a un individuo que, a pesar de chorrear agua por sus cuatro costados, sonreía como si acabase de llegar al más feliz de los mundos. Era Wallie, el japonés que iba a servirle. No representaba más de dieciséis años, y por sus ojos, orejas, nariz y pelo chorreaban torrentes de agua. Llegó cargado con diversos paquetes, que había metido en su misma americana para preservarlos mejor de la lluvia. A Keith este japonés le produjo una impresión excelente, y el hombre se dejó cautivar por la suave sonrisa del nuevo servidor. Le siguió a la cocina y allí le ayudó a desempaquetar su carga. Mientras iban los dos desarrollando los paquetes, el japonés había manifestado a Keith que la lluvia le gustaba, que su nombre era Wallie, para servirle, que él sabía cocinar como el mejor cocinero y que deseaba ganar cinco dólares semanales. Keith se rió mucho de la vehemencia del muchacho, y éste quedó tan satisfecho de Keith, que se cuadró y saludó militarmente. Quedó luego el japonés solo en la cocina, y Keith no tardó en percibir cierto ruidito y cierto olorcillo que llegaban hasta su oído y su olfato como una prueba de que el cocinero tenía prisa en demostrar sus conocimientos culinarios.

La llegada del japonés sirvió de excusa a Keith para hablar por teléfono con Mac

Dowell. Estaba inquieto y necesitaba, para tranquilizarse, saber si la voz de Mac Dowell le hablaría todavía con la misma afectuosidad de antes. En lo íntimo de su ser le atormentaba el terror de haber sido conocido por Shan Tung. Por otra parte esperaba que Mac Dowell podría orientarle respecto al motivo que la señorita Kirkstone tenía para desear hablarle con tanta urgencia. La tormenta se había resuelto en una lluvia pertinaz y seguida, y ya no sonaban más truenos cuando Keith se puso al habla con Mac Dowell. La voz de éste llegó muy bien hasta él, y pudo advertir que el tono afectuoso no había cambiado. Si Shan Tung abrigaba alguna sospecha, la había guardado para sí.

Con gran sorpresa por parte de Keith, fue Mac Dowell quien primero habló de María Kirkstone.

—Parecía estar muy impaciente por hablar con usted —dijo—. Estoy muy preocupado con algo que me gustaría comunicarle, Conniston. Desearía verle, si no hay inconveniente, antes de que vaya usted a hablar con la señorita Kirkstone.

Los olores de la cocina llegaron de nuevo hasta la nariz de Keith.

—Wallie está ya terminando de preparar la comida. ¿Por qué no se pone usted el impermeable y viene aquí? Creo que no comerá del todo mal.

—Allá voy —respondió Mac Dowell—. No tardaré en llegar.

Quince minutos más tarde, Keith le ayudaba a quitarse el impermeable. Esperaba que Mac Dowell comenzara por apuntar alguna observación respecto al fuego que ardía en la chimenea, o respecto al grato tufillo que salía de la cocina, pero no fue así. Mac Dowell permaneció durante algunos minutos de espaldas al fuego, apretando el tabaco de su pipa y en actitud que demostraba claramente que había en su cabeza algo que le preocupaba bastante más que el fuego y la comida.

Sus ojos se dirigieron al teléfono y, moviendo la cabeza como para señalarlo, dijo:

Mostraba mucha impaciencia por hablar con usted, ¿no es cierto? Hablo, claro está, de María Kirkstone.

—Sí, bastante impaciencia.

Mac Dowell se sentó y encendió un fósforo.

—Me pareció que estaba algo nerviosa... —añadió llevándose la pipa a los labios—. Como si algo le hubiese pasado, q temiese que le fuera a pasar... No se extrañe usted de que le hable así, Conniston.

—Al contrario —respondió Keith—. Precisamente yo pensaba que usted, tal vez, podría explicarme...

En la mirada de Mac Dowell se retrataba la inquietud.

—Es raro que María tenga tanta prisa en hablar con usted. Ni siquiera ha podido esperar a que pasara la tormenta. Ha llamado primero a mi despacho creyendo que estaría usted todavía allí. Debe ocurrirle algo extraordinario.

—¡Quién sabe!

Mac Dowell guardó un rato de silencio, como si meditara, y después:

—Voy a confesarle a usted que esta María Kirkstone me interesa profundamente

—explicó—. Usted no la vio cuando mataron a su padre. Estaba entonces en un internado, y, cuando llegó, usted ya había salido en persecución del asesino. No creo yo ser hombre que pierda fácilmente el seso por una mujer, pero le aseguro que hasta hace unos seis u ocho meses María era la muchacha más bonita que he visto en mi vida. No puedo asegurar con exactitud el día y la hora en que hubo un cambio en la muchacha. Algo debió de ocurrir entonces... algo que yo no puedo adivinar, pero que sin duda la afectó hondamente. Desde entonces, en estos seis u ocho meses, la muchacha ha vivido acordándose excesivamente de Juan Keith. Este cambio que he observado en ella ha despertado en mí una gran alarma. No sé lo que puede ocurrirle. Ella nada deja entrever. Pero yo la veo languidecer y consumirse por momentos. Ya no es más que una flor mustia y marchita, comparada con lo que era antes. Estoy seguro, sin embargo, de que no está enferma, a no ser del espíritu. Y yo tengo una sospecha, una sospecha tan terrible que casi no me atrevo a tomarla en consideración. Usted irá esta noche a hablar con ella; nadie los molestará; nadie los interrumpirá, y espero de usted que indague la causa del desmejoramiento de la muchacha. Comprenda, amigo mío, que llevo en mi cabeza el peso de una gran zozobra. Compréndalo y ayúdeme a descubrir el secreto de la mujer objeto de todos mis pensamientos. Me ayudará usted, ¿no es eso?

Se inclinó hacia Keith. Ya no era el hombre de acero. Había algo intensamente humano en su cara.

A nadie más que a usted me atrevería yo a confiar estos sentimientos míos — continuó diciendo—. Pero sé que me dirijo a un caballero, a un hombre que sabrá olvidar mis palabras, si lo que yo sospecho resulta desprovisto de fundamento, o que sabrá comprender toda la extensión de la desgracia si por acaso mis sospechas resultan ciertas. Lo que voy a confiarle es delicado. No sé cómo expresarme. Y, sin embargo, es necesario. ¿Me promete usted absoluta reserva?

Keith alargó una mano. Mac Dowell se la estrechó con fuerza.

Es... es Shan Tung —dijo con voz temblorosa—. ¡Shan Tung y María Kirkstone! ¿Concibe usted eso, Conniston? ¿No es horrible, extraordinariamente horrible? ¿Puede usted llegar a creer, siquiera, que sea posible? ¿No será más bien que yo estoy loco, y que sólo por locura doy cabida en mi cabeza a tal sospecha? ¡Shan Tung y María Kirkstone! Ella desmejora porque comprende el horror de la situación; él la está matando.

Keith sintió un escalofrío al leer en la frente de Mac Dowell el pensamiento que éste no osaba completar. ¡Qué escándalo! Retiró indignado su mano de las de Mac Dowell y exclamó en tono de acerbo reproche:

—¡Eso es imposible! ¡Sí usted está loco! ¡Sólo el pensar esto es una locura!

—Y, sin embargo, yo le aseguro que es posible —repuso Mac Dowell mientras su cara recuperaba la firmeza del acero.

Sus manos fueron a apoyarse en los brazos del sillón, calló un momento y, mirando a Keith, como si detrás de él quisiera ver a otra persona, y a esta otra persona

desease dirigirse, abrió luego la boca para decir, despacio, pesando y midiendo bien sus palabras, lo siguiente:

—Yo no soy supersticioso. Yo he tenido siempre por norma el no rendirme más que a la evidencia. No creo en nada si no es obligado por las pruebas. ¿Estoy haciendo ahora una excepción? Shan Tung, a mi juicio, no es un hombre como usted o como yo; es más bien un ser extraño, insensible, sin alma; una especie de máquina misteriosa, dotada de un poder psíquico cuyos efectos pueden llegar a ser terribles. ¿Empieza usted a comprenderme? Lo que yo sospecho es que se ha dedicado a colocar la fuerza misteriosa de su poder psíquico sobre la persona de María Kirkstone, adueñándose de su voluntad y de su espíritu. Eso es lo que yo sospecho. Diré más; es lo que yo creo.

—¿Los ha estado usted observando durante estos seis meses?

—No; la sospecha nació en mí no hace todavía un mes. Nadie, que yo sepa, ha tenido nunca ocasión de investigar la vida privada de Shan Tung. Las habitaciones interiores de su café son un misterio. Supongo que no sólo podrá entrarse en ellas desde el café, sino por una escalerilla que hay detrás. Una noche, muy a deshora, vi a María Kirkstone bajando aquélla escalera. Dos veces en este mes ha visitado a Shan Tung a una hora avanzada de la noche. Dos veces, que yo sepa. Pero aún hay algo más.

Keith notó la dilatación de las venas de Mac Dowell, en sus manos y en sus sienes, y comprendió que estaba hablando bajo una gran tensión nerviosa.

—Vigilé la casa de María Kirkstone, personalmente. Tres veces durante este mismo mes, Shan Tung ha estado allí. La tercera vez entré yo osadamente en la casa, con un fingido recado para la muchacha, Permanecí junto a ella una hora. Durante esta hora no vi ni oí nada que revelara la presencia de Shan Tung. Estuvo oculto, o bien supo escabullirse cuando yo entré.

Keith evocaba la figura de María Kirkstone, tal como él la vio en el despacho del inspector. Repasaba con su memoria las facciones de la muchacha; recordaba su áurea belleza, su mirada diáfana y los vivos reflejos de su cabellera, cuando ella estaba de pie, frente a la ventana, recibiendo de soslayo la luz del sol. Y después pensaba en Shan Tung, afeminado, con sus manos delgadas y sutiles, y sus ojos rasgados, y todo lo que Mac Dowell acababa de decir le pareció monstruoso, absurdo, imposible de toda imposibilidad.

—¿Por qué no interroga usted a María Kirkstone? —preguntó Keith.

—Ya lo he hecho y lo niega todo, excepto que Shan Tung fue una vez a casa de ella para ver a su hermano. Sostiene que ella nunca estuvo en la escalerilla que hay detrás del café de Shan Tung.

—¿Y usted no la cree!

—Claro está que no. Yo la vi con mis propios ojos. Es evidente, Conniston, aunque cueste decirlo, que ella miente para ocultar algo que no quiere que nadie sepa.

Keith, de repente, hizo un movimiento hacia Mac Dowell.

—¿Y cómo es —preguntó— que se preocupa tanto por Juan Keith? ¿Qué es lo que Juan Keith, muerto y enterrado, pueda tener que ver en todo eso? ¿A qué atribuye usted que este continuo acordarse de Juan Keith haya comenzado al mismo tiempo, aproximadamente, que la influencia que usted cree que Shan Tung ejerce en su espíritu?

Mac Dowell movió la cabeza.

—Podría suceder que su interés no estuviera puesto en Juan Keith tanto como en usted, Conniston. Eso es lo que usted ha de descubrir esta noche. Es una situación que puede tener derivaciones imprevistas, Tan pronto como tengamos la seguridad de lo que yo sospecho, actuaremos directamente sobre Shan Tung. Pero he aquí a Wallie, que llega sonriente y satisfecho. Debe de haber preparado una comida excelente.

El diminuto japonés abrió sin hacer ruido la puerta del comedor y mostró la mesa preparada para dos comensales.

Keith sonrió para sus adentros al sentarse a comer junto al hombre que le hubiera entregado al verdugo si le hubiese conocido. De la comedia a la tragedia, un paso. Keith se dispuso a saborear la comida, muy contento de que la tragedia hubiese quedado en comedia.

Capítulo VIII

La tormenta había cesado, pero la lluvia caía seguida y rítmica cuando Mac Dowell se separó de Keith a las dos de la tarde. Keith siguió con su mirada al hombre de acero hasta que su alta silueta desapareció detrás de la neblina. Antes de haber comido con él, creía haber trazado ya de un modo definitivo la línea de conducta que debía seguir. Había pensado en ir hacia el Oeste, después de haber comunicado a Mac Dowell su decisión de no reengancharse. Tenía la intención de internarse en las montañas de la Columbia Británica, dejando creer a Mac Dowell que se marchaba a Australia o al Japón. No tenía ya tanta seguridad de partir. Pensaba en que a las pocas horas estaría hablando con María Kirkstone, y ya no temía a Shan Tung como lo había temido hasta entonces. El mismo Mac Dowell le había dado nuevas armas. En cierto modo tenía el encargo de vigilar al chino. Mac Dowell le había confiado el caso de María Kirkstone. Que ésta hubiera mezclado en sus preocupaciones el nombre de Juan Keith era cosa que le intrigaba.

Esperó con impaciencia la llegada de la noche. Wallie se puso un impermeable y salió a efectuar diversas compras y a buscar la ropa y demás efectos de Conniston, que habían quedado en el cuartel. Las ocho menos cuarto serían cuando salió para ir a ver a María Kirkstone.

A pesar de no ser todavía muy tarde, hacía ya noche cerrada, a causa, principalmente, de la niebla que, por ser muy espesa, había suprimido la penumbra de los rayos crepusculares. Desde lo alto de la cuesta ya no se podía distinguir el valle de Saskatchewan. Marchó tomando por guía las luces de los focos que de cuando en cuando se dejaban percibir como una mortecina luz tras de la niebla. Algo más de las ocho eran cuando llegó a casa de María Kirkstone. La casa estaba rodeada de una verja de hierro, dentro de la cual había varios árboles y arbustos. La luz eléctrica de encima de la puerta estaba encendida, sin duda para mejor indicarle el camino. Los visillos estaban corridos, pero un resplandor de luz tibia se vislumbraba débilmente a través de ellos.

Keith estaba seguro de que María Kirkstone había oído sus pasos sobre la arena del jardín, porque apenas puso él su mano sobre el llamador de la puerta cuando ésta se abrió. Era María Kirkstone que acudía a saludarle, Keith tuvo nuevamente ocasión de estrechar su mano. Esta vez la mano no estaba fría como cuando se la estrechó en el despacho de Mac Dowell. Estaba caliente, casi, febril, y los ojos de la muchacha tenían la pupila dilatada y oscura, y su mirada ardía. Keith pudo pensar que al llegar la había asustado. Pero no podía ser, puesto que ella le esperaba. Estas señales de sobresalto nada tenían que ver con él. Sería más bien que María Kirkstone habría

recibido alguna emoción momentos antes, De pronto Keith creyó oír el casi imperceptible ruido de una puerta que se abría y cerraba con precaución al extremo de la ancha antesala. Husmeó y creyó percibir el tenue olor de un raro perfume. Entre él y la luz había aún un vago velo de disipado humo. Era evidente que allí alguien había fumado. En la voz de María Kirkstone se notaba la turbación, cuando invitó a Keith a que colgara su gabardina y su sombrero en una vieja percha que había cerca de la puerta, Keith se reconcentró un poco tratando de recordar dónde él había sentido antes aquel olor. No pudo evitar una profunda impresión de desagrado cuando lo recordó. Él había sentido aquel olor en el despacho de Mac Dowell, cuando Shan Tung hizo allí su aparición.

María Kirkstone, sonriente, volvió a excusarse por haberle llamado por teléfono de un modo tan intempestivo.

—Sé que no está bien. Pero tengo la esperanza de que usted sabrá ponerse en mi caso. Ni siquiera aguardé a que pasara la tempestad, y eso que los rayos me asustan. Es que necesitaba verle para oírle a usted el relato de todo lo ocurrido en su persecución de Juan Keith. ¿No es, al fin y al cabo, muy natural que yo esté tan impaciente?

Keith contestó que estaba dispuesto a contarle la persecución, captura y muerte con todo detalle. Hicieron una pausa; ella se volvió y él la siguió hasta la gran puerta cuadrada que daba acceso a una habitación contigua. Era la misma puerta con la misma hoja corredera que él cerró en aquella noche fatídica, en que luchó, hacía años, con el padre y el hermano de la muchacha. En esta puerta el bello perfil de María Kirkstone se destacaba rodeado por un marco de luz viva. «La madre de la muchacha ha de haber sido muy hermosa». Eso fue lo que pensó Keith cuando miró el perfil de Mana en presencia del cuarto de triste memoria. Todo se le representó en su espíritu como si no hubieran pasado los años, y quedó maravillado de ver los poquísimos cambios que se habían efectuado en aquel recinto. Allí estaba el gran sillón de cuero donde aquel ser obeso en demasía, que había sido su enemigo, estaba sentado cuando él entró en la casa. Allí estaba la misma mesa y hasta, si no se equivocaba, los mismos objetos de adorno encima de la chimenea. Sobre la pared también colgaba todavía el mismo cuadro de la Madona. Una Virgen que, como el amo de la casa, era demasiado obesa para poder ser bella. El hijo, una execrable copia de su odioso padre, allí estaba de espaldas al cuadro. Los carnosos brazos de la Madona parecían descansar sobre los hombros del grandullón. Recordaba muy bien todos estos detalles.

La muchacha le miraba fijamente cuando él se volvió hacia ella. Él había mirado con mucha atención aquel recinto sin recatarse. Ella respiraba algo de prisa y su cabello despedía los lindos reflejos de una luz colocada algo más encima de su cabeza. Se sentó debajo de la luz y rogó a Keith que se sentara delante de ella, al otro lado de la misma mesa donde agarró el pisapapeles de cobre con que mató al juez Kirkstone. Nunca había visto Keith una cosa tan bella, tan serena, como los ojos de

María Kirkstone en aquel momento. Pensó en Shan Tung y en la sospecha de Mac Dowell, y no le pareció ya que éste anduviera tan descaminado en sus temores. El mismo extraño perfume flotaba sutilmente en el aire de la estancia. En un pequeño cenicero estaban las colillas de tres cigarrillos recién apagados.

—Claro está que recuerda usted esta habitación.

—Si —respondió Keith—. Era de noche cuando entré en ella. Al día siguiente salí en persecución de Juan Keith.

Ella se inclinó hacia él apoyando las manos sobre la mesa.

—¿Está usted dispuesto a decirme la verdad? —preguntó en voz algo baja—. ¿Jura usted decirme la verdad?

—No pienso ocultarle nada de cuanto he dicho al inspector Mac Dowell —respondió Keith esforzándose en sostener la mirada de la joven—. Llego hasta creer que seré con usted todavía algo más explícito.

En este caso, contésteme, ¿dijo usted la verdad cuando notificó usted la muerte de Juan Keith al inspector Mac Dowell?

«¿Ha podido Shan Tung ver alguna vez estos ojos como yo los veo ahora?» —se preguntó Keith para sus adentros—. ¿Ha podido verlos alguna vez así y ha tenido poder para dominarlos, según cree Mac Dowell? ¡Era increíble! La mentira que Keith dijo a Mac Dowell salió fácilmente de su boca, pero la misma mentira se le atrancaba en la garganta al tenerla que proferir delante de la muchacha. Sin darle tiempo a prepararse, la muchacha le había puesto en el caso de tener que contestar sí o no a la pregunta que significaba para él la vida o la muerte. De momento no supo qué contestar. Era evidente que Mana Kirkstone sospechaba algo. Aquella pregunta tan certera no podía ser más que el resultado de sus sospechas. Lo inesperado de la acometida le hizo estremecer y sorprenderse. Pero en seguida se sobrepuso y se encontró más dueño de sí que nunca.

—¿Quiere usted conocer todos los detalles relativos a la muerte de Juan Keith? —preguntó.

—Sí; lo deseo —respondió María Kirkstone.

Keith notó que las manos de la joven se habían juntado, entrelazando los dedos y apretando como cuando se siente ansiedad.

Vacilo porque casi le he prometido a usted decirle más de lo que dije a Mac Dowell —prosiguió Keith—. Y tal vez lo que he de decir no sea agradable para sus oídos, porque Keith mató a su padre y no puede haber en usted ninguna simpatía hacia él. No; no puede usted oír con agrado que Keith era una bella persona y que yo lloro su muerte.

—Continúe —dijo la muchacha desenlazando sus dedos y dejando caer las manos sobre su regazo, mientras una expresión de desaliento se retrataba en su cara. ¿Acaso esperaría la joven que él dijera que Juan Keith vivía?

—¿Conoció usted a Keith? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—No; cuando mató a mi padre yo estaba en el colegio, y si acaso le he visto alguna vez es hace muchos años y no lo recuerdo.

—Pues él sí que la conocía a usted —aseguró Keith—. Acostumbraba hablarme de usted y únicamente por usted deploraba el acto de justicia que había ejecutado en su padre. Claro está que no hago más que repetir sus palabras. Él no calificó jamás de crimen su crimen; lo calificó siempre de acto de justicia. Nunca cedió en esto. Usted no debe de haber oído nunca la versión que él daba de los hechos...

—Nunca.

Esta palabra salió seca de su boca. No dijo más; sus ojos continuaron fijos en los de él. Era evidente que deseaba seguir oyéndole.

Keith no repitió el relato exactamente tal como se lo había hecho a Mac Dowell. Los hechos eran los mismos, pero el tono de las palabras, muy diferente. Delante de Mac Dowell habló igual que hubiera hablado Conniston. Delante de María Kirkstone hablaba con mayor sinceridad, y la joven palidecía, y sus manos se crispaban, y sus nervios se ponían más y más en tensión a medida que iba oyendo la nueva y más verídica versión de la tragedia desarrollada en aquella misma habitación el día del asesinato de su padre. Llegó después el relato de la huida de Keith hacia parajes desolados y llenos de nieve, tan ingratos aun para los mismos esquimales. En esta parte del relato, Keith abandonó sus personales puntos y volvió a hablar como hubiera hablado Conniston. Describió las interminables semanas sin sol y los terribles meses de frío intenso, ponderando los horrores de las regiones boreales. Cuando llegó a la enfermedad, agonía y muerte de Conniston, tuvo que volver a dejar salir sus propios pensamientos de su boca; de otro modo le hubiese sido difícil relatar la muerte de su amigo con la emoción que le embargaba cada vez que pensaba en aquel triste suceso. Al relatar el acto de dar sepultura al cadáver, un gemido salió del pecho de María Kirkstone. De su pecho se escapó un gemido; pero las lágrimas no asomaron a sus ojos. Las lágrimas, sin embargo, no habrían podido añadir nada a la emoción real que Keith observó en el rostro de la joven. Mas María Kirkstone no se rindió a la emoción, volvió la cabeza, reprimió el ritmo apresurado de su respiración y con fría naturalidad dijo:

—Así, pues, el muerto era Juan Keith.

Keith afirmó con la cabeza, en confirmación de la mentira, y pensando en Conniston, exclamó:

—No he conocido hombre mejor que él, y no me consolaré nunca de su muerte.

—También yo la deploro —aseguró María Kirkstone, adelantando lentamente, tímidamente, una mano, como si quisiera alcanzar las de él al otro lado de la mesa. Él la miró.

—¿De veras siente usted la muerte de Juan Keith?

—Sí; de veras.

Keith le cogió la mano. Durante un rato, ella y él permanecieron quietos. Luego ella retiró su mano suavemente. Poco después la expresión de su cara dio un cambio

súbito. La muchacha miraba azorada por encima del hombro de Keith. Sus ojos permanecieron un rato inmóviles, desmesuradamente abiertos, con las pupilas ampliamente dilatadas, su boca entreabierta, su respiración en suspenso. Extrañado de lo que sucedía, Keith Volvió la cabeza. En el cuarto no había nadie detrás de él. Lo único que había detrás de él era una ventana. La lluvia seguía cayendo en el exterior, y eso le hizo fijarse en que el visillo de esta ventana no estaba caído como en las otras. María Kirkstone se acercó a la ventana y lo bajó. Keith comprendió que María había visto algo que la había asustado; pero se abstuvo de preguntar. Procuró más bien fingir que nada había notado, y con el aire más natural del mundo preguntó si podía fumar.

—Creo que sí, porque, según observo, hay alguien que fuma en la casa —añadió señalando las colillas del cenicero.

La miró atentamente. Estaba cogida. Su hermano se hallaba ausente, y en la habitación flotaba todavía un perfume que denotaba la procedencia asiática del tabaco. Vio perfectamente cómo María se ponía colorada, y se reprendió para sus adentros por haber ido tan lejos. Estaba avergonzada. Le era difícil ya no creer a Mac Dowell. Shan Tung había estado allí sin duda alguna. Él era el que abandonó la sala un rato antes. Él era también seguramente la persona que María Kirkstone acababa de ver, con gran pavor, al otro lado de la ventana.

La contestación de María Kirkstone dejó atónito a Keith.

—Sí —repuso—, yo soy la que fumo. Es un vicio muy feo, ya lo sé; un vicio impropio de una señorita; aprendí a fumar en el Este. ¿Le parece a usted demasiado fea la costumbre?

Keith sintió ganas de contestar: «¿Se figura usted que la creo, linda embustera? ¿Se figura usted que no lo comprendo y adivino todo, compadeciéndola a usted?». Y cortando con los dientes la punta de su cigarro, respondió:

—Ya sabe usted que en Inglaterra la costumbre de fumar está bastante generalizada entre las mujeres. Yo, a pesar de ser inglés, si he de decir la verdad, encuentro algo fea esta costumbre, Pero tampoco creo que el fumar sea un pecado, sobre todo cuando se usa un tabaco tan exquisito de Oriente.

Al llegar aquí no se contuvo más y, sonriendo, dijo francamente:

—Pero yo no creo que usted fume.

Púsose en pie delante de ella, sonriendo todavía, como un hermano mayor que espera oír una confidencia. Ella no pareció alarmarse de la facilidad con que él había conjeturado la verdad. Ya no estaba cohibida. Parecía más bien estar sintiendo el deseo de expansionarse y hablar. Él la vio volver de nuevo la cabeza para disimular, y nuevamente volvió él también a sentir una enorme compasión por la hija del hombre a quien había matado. Pero se dominó; ya había ido bastante lejos. Ella era la que tenía que hablar, si quería. Para él había llegado ya la hora de retirarse. En la puerta, ella le volvió a dar la mano. Keith comprendió que la dejaba desolada, pero pensó que alguien, con más derechos que él, llegaría para cogerla en sus brazos y

consolarla.

—¿Volverá usted?

—Sí; volveré —contestó Keith—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Keith salió de la casa. La puerta se cerró en seguida; no tan pronto, sin embargo, que él no tuviese tiempo de oír un suspiro lanzado por María Kirkstone.

Capítulo IX

Keith marchaba con la mano puesta en la culata de su revólver al salir de casa de María Kirkstone. No veía nada; andaba a tientas. Ningún indicio delataba la presencia de nadie por aquellas cercanías; pero estaba persuadido de que Shan Tung estaba por allí. No era una simple conjetura; era una sospecha, un presentimiento. Con el instinto de un sabueso olfateaba en el aire un peligro. Salió del cercado y comenzó a bajar la cuesta que conducía a la ciudad. Iba reconstruyendo al andar las escenas del día; púsose a analizar la situación, principalmente en lo que había cambiado desde que, en casa de Brady, había estado haciendo proyectos mientras miraba la tempestad. Entonces pensaba haber tomado ya una determinación definitiva, siendo así que en realidad todavía no sabía con fijeza lo que iba a hacer. No podía abandonar inmediatamente Prince Albert, según había proyectado pocas horas antes. En realidad, Mac Dowell le había confiado una comisión. Además, María Kirkstone le retenía. Y lo mismo Shan Tung. Experimentaba la sensación de estar moviéndose sobre una capa de delgado hielo; no podía decir, sin embargo, por qué, o dónde, estaba delgado el hielo.

«Un desvarío» —pensó—. «¿A qué viene que me haya dejado ganar el espíritu de ese modo por un maldito chino y una niña bonita? ¡Si no fuera por Mac Dowell!».

Pero no prosiguió. Se había metido demasiado dentro en aquel empeño, para poderse engañar con argucias. Era él, Juan Keith, el que quería quedarse. La verdad era que él encontraba interés en la situación creada, y quería ir hasta el fin; María Kirkstone y Shan Tung interesaban a Keith, pero no podían interesar a Conniston, y desde el momento que él no era él, sino Conniston, hubo de concluir poniéndose en el punto de vista de éste: el asunto no era de su incumbencia y, por lo tanto, podía irse a las montañas, según el propósito que antes había formado. Únicamente haciéndolo así se veía marchando sobre una capa de hielo firme y espesa, sin miedo al hundimiento. Podía marcharse sin temor, olvidando a María Kirkstone y a Mac Dowell, lejos de la mirada perspicaz y peligrosa de Shan Tung. Juan Keith estaba oficialmente muerto y, por lo tanto, la Justicia no tenía por qué ocuparse más de él.

Éstos eran los pensamientos que le animaban mientras caminaba por la obscuridad en dirección a la ciudad. La figura de María Kirkstone era encantadora; el misterio que envolvía aquella casa era un aliento para su espíritu; experimentaba, además, el deseo de medir sus fuerzas con las de Shan Tung. Pero ni él ni Conniston habían previsto nada de esto. Ellos no habían trazado más planes que los conducentes a un solo fin y objeto: la salvación de él, de Juan Keith. Parecía, sin embargo, estar olvidándose de la única realidad que no debía ni podía olvidar: el verdugo. Esta

realidad se presentó de nuevo a su mente, produciendo en él una gran depresión, No le quedaba más recurso que las montañas, y a ellas volvió definitivamente su imaginación.

Las calles de la población estaban solitarias. Aquí y allá veíanse las luces del alumbrado, brillando tenuemente tras su velo de neblina; de cuando en cuando se abría algún portal; a lo lejos, en las proximidades del río, un perro abandonado exhalaba tristes gañidos. Todas las puertas estaban cerradas para él. Ya no tenía donde poder llamar, ya no había quien pudiera recibirle con alegría ofreciéndole luz, calor y grata conversación. No podía ir siquiera a conversar con Duggan, su antiguo amigo, el que tan dispuesto estaba siempre a oír y contar las historias y leyendas del amado río. Encontrábase en el caso de huir de todos, mas de un modo especial de sus amigos, para evitar la traición. Ya no había amistad para él; la ciudad era como un desierto sin oasis, y era baldía la esperanza de recuperar allí algún día todo lo que ya estaba definitivamente perdido. El tesoro de recuerdos amables trocábase en conjunto de feroces enemigos, y su soledad llegó a oprimirle hasta el punto de hacerle creer que le faltaba el aire y que se ahogaba. En aquellos momentos, la personalidad postiza de Conniston desaparecía ante la gran realidad de los anhelos y de las aflicciones de Juan Keith.

Entró, por fin, en una tienda débilmente alumbrada, para comprar una caja de puros. No había en ella más que el propietario. Keith se fijó en el teléfono y pidió permiso para hablar con el fin de encargarse a su criadito japonés que le preparase un buen fuego. Así, junto a la lumbre, podría concentrarse y ordenar sus ideas antes de volver a hablar con Mac Dowell.

No fue Wallie quien le contestó, y ya se disponía a pedir perdón por haber llamado a otro número, cuando la voz que hablaba con él preguntó:

—¿Es usted, Conniston?

Era Mac Dowell. La presencia de Mac Dowell en el otro extremo del teléfono fue para Keith una sorpresa inesperada. ¿Qué es lo que el inspector podría estar haciendo a aquellas horas en casa de Brady? Había, además, en las palabras de Mac Dowell un tono extraño. El inspector había formulado la pregunta de un modo extraordinariamente conciso e imperativo.

—Sí; soy yo —contestó Keith con voz débil—. Me he llegado a comprar una caja de cigarros antes de retirarme. ¿Qué pasa?

—Déjese de preguntas y venga cuanto antes —repuso Mac Dowell, siempre seco e imperativo—. Tengo una sorpresa para usted.

Keith oyó cortar la comunicación. Estaba desconcertado; algo había ocurrido, cuando Mac Dowell le hablaba de aquel modo. ¿Qué podría ser? Sentía una ansiedad profunda. Marchaba lentamente, como si quisiera retardar el temido momento. Empezaba a prepararse para recibir los acontecimientos y mientras pensaba en ello iba apretando, bien cogida bajo el brazo, la caja de puros... Keith, aun en los momentos más ásperos de su vida, había conservado siempre algún resto de humor y

de ironía, Y pensaba: «He llegado a un punto en que no me queda ya más que esta caja de cigarros... ¡Que no se me escape!».

Al llegar al extremo de la cuesta que conducía a la casa de Brady, vio que en todos los cuartos había luz. Las cortinas y transparentes, sin embargo, estaban corridos, de modo que no se pudiese ver lo que pasaba en el interior de las habitaciones, y Keith pensó si sería una cosa casual, o una precaución tomada por Mac Dowell para evitar la indiscreción de las miradas. La sospecha era inquietante, y Keith pasó la caja de puros a su mano izquierda, para tener, por si acaso, libre la derecha. Parecíale estar oyendo la voz de Conniston que le decía: «No te dejes coger; si necesitas defenderte, defiéndete».

De repente algo inesperado le dejó atónito. Estando ya cerca de la puerta, con el oído pegado a ella, oyó la voz de una mujer. No era la voz de su criado japonés, no era la voz vigorosa de Mac Dowell la que se dejaba oír en aquellos instantes, era voz femenina; una voz de mujer, o, acaso, una voz de niño.

Abrió la puerta y entró sin perder tiempo, salvando de prisa la corta distancia que separaba la puerta de la habitación principal. Hizo su aparición tan rápidamente que sorprendió la escena antes de que se interrumpiera. En la chimenea ardía un buen fuego. Mac Dowell, sentado en un sillón, al lado del fuego, miraba el humo del cigarro que tenía entre sus dedos. Sentada en un taburete, y con la barba apoyada en las manos, había una muchacha. De momento, algo ofuscado por el tránsito brusco de la oscuridad a la luz, Keith creyó que aquella persona era una niña. Una niña notablemente hermosa, ojos pasmados y una cabellera preciosa de abundante pelo castaño, todavía húmedo de la lluvia. Keith se quitó el sombrero y se enjugó el rostro. Mac Dowell no se movió. Lentamente la muchacha se puso en pie. Entonces fue cuando Keith se dio cuenta de que no estaba en presencia de una niña, sino de una joven. Tal vez tendría aquella, muchacha unos dieciocho años. Era delgada, gentil y bonita. Se advertía en ella el cansancio y parecía no saber si echarse a reír o a llorar. Quizá ambas cosas a la vez. Keith, asombrado, vio como la muchacha se le acercaba despacio, con una expresión encantadora y extraña en su cara. Mac Dowell continuaba sentado, mirándolos fijamente.

Latíale el corazón a Keith con una fuerza inusitada. El hombre, en los luminosos y abiertos ojos de aquella muchacha, leía trágicos presagios. La muchacha se le acercaba con los brazos abiertos y exclamando con su voz mitad de risa mitad de llanto:

—Derwent, ¿no te alegras de verme? Pero, ¿no me conoces?

Keith se quedó parado, como quien pierde de repente el movimiento y el lenguaje. Ella estaba al alcance de sus brazos, con la cara blanca como la nieve y los ojos brillándole como dos luceros; con la garganta temblorosa y los brazos dirigidos hacia él.

—Pero, ¿no me conoces, Derwent?, ¿no me conoces?

Había en la pregunta un sollozo. En lo más hondo de su alma sintió Keith un

impulso, una inspiración que le hizo abrir los brazos. La muchacha se arrojó sobre su pecho. Temblando y sollozando y riendo a la vez le estrechaba en un apretado abrazo. Rozábale con el cabello su mejilla, le besaba no una, ni dos veces, sino con ansia, sin cansarse. Él la apretaba también en sus brazos. Por fin oyó la voz de Mac Dowell como un eco lejano y sin importancia ya. Mac Dowell decía que se marchaba y que ya volvería a verlos al día siguiente. Vio como Mac Dowell se retiraba; oyó abrir y cerrar la puerta. Estaba solo con la muchacha. Ella continuaba en los brazos de él rozándole la cara con sus cabellos y llorando como una niña de diez años. Él la estrechó contra su pecho. Un afecto súbito se apoderó de su alma, y todas las fibras de su corazón respondieron a esta corriente de simpatía, como los alambres responden a la corriente eléctrica, Esta emoción pasó pronto, sin embargo, dejando el corazón muerto e insensible. Oyó un ruido en la cocina. Esto le hizo acordarse de que no estaban solos en la casa. Su mirada volvió a pasearse por las paredes del cuarto; se posó sobre el sillón donde se había sentado Mac Dowell; se detuvo ante el fuego... Sus brazos soltaron a la muchacha. Ésta levantó la cabeza y llevó sus manos a la cara de él, mirándole con unos ojos que ya no tardó en reconocer. Eran los mismos del retrato medio borrado que había visto en el reloj de Conniston.

—Dame un beso, Derwent.

Era preciso obedecer. Ella fue la primera en dar el beso. En la caricia había cariño, adoración.

Y en seguida se puso a llorar de nuevo, con sus brazos alrededor de él. Keith la cogió como quien coge a una criatura y la llevó al sillón colocado frente al fuego. La hizo sentar en él, tratando de sonreír. El pelo de ella se había soltado y sus crenchas le caían a uno y otro lado de la cara y por los hombros. Volvía a parecer una nimia, con su mirada llena de cariño, con su sonrisa llena de ternura, y con sus manos que enjugaban las últimas lágrimas.

—No... no pareces haberte puesto muy contento de verme.

—¡Estoy tan sorprendido! —contestó torpemente Keith.

—Ya sé que ha sido una gran sorpresa. Lo he hecho a propósito. Como que te la he estado preparando durante años y años. Pero quítate ya el impermeable. ¿No ves que está chorreando? Quítatelo y siéntate aquí, en el taburete.

Obedeció; pero el taburete era chiquito para él.

Ella se inclinó sobre uno de los brazos del sillón, llevó una mano al pelo de él y se lo alisó. ¡Qué suavidad la de aquella caricia! Nunca, en su vida, le había acariciado nadie de aquel modo, e involuntariamente inclinó la cabeza. Ella la cogió y, rodeándole con un brazo, la acercó hacia sí.

—Sí que estás contento, ¿no es verdad, Derwent? Di que sí.

—Sí —murmuró.

El corazón le saltaba con tanta fuerza que podían oírse los latidos.

—Ya no volveré a reunirme nunca más con ellos —dijo ella de repente, con voz baja—. Nunca. Desde hoy me quedo contigo para siempre, Derwent, para siempre.

Se arrimó a él y le musitó al oído, con aire de misterio:

—No saben dónde estoy. Tal vez se crean que estoy muerta. Únicamente el coronel Reppington sabe que estoy aquí. Yo le dije que vendría aunque tuviese que dar la vuelta al mundo para llegar aquí. Me prometió guardarme el secreto y me dio algunas cartas para personas amigas suyas. Hace seis meses que he llegado. ¡Figúrate cuando he visto tu nombre en un periódico dando cuenta de tu llegada! Lo primero que he hecho ha sido caer de rodillas y dar gracias a Dios. Estaba segura de que algún día te encontraría. ¡Buen susto di a ese inspector bigotudo cuando llegué hasta él hace un rato, chorreando agua, y le dije: «Yo soy la señorita Josefina Conniston, y vengo en busca de mi hermano»! Sus ojos se abrieron de manera que hubo un momento en que creí que iban a saltársele de la cara. Y en seguida exclamó: «¡Que me ahorquen si yo me imaginaba que Conniston tuviese una hermana!».

A Keith se le alegró el corazón. ¡Así, pues, aquella angelical criatura era la hermana de Conniston! ¡Y venía a buscarle a él! ¡Ella se creía que él era su hermano!

—Ha estado muy amable conmigo tu inspector —continuó diciendo Josefina Conniston—. Lo primero que hizo cuando supo que yo era tu hermana fue abrazarme. Me parece que no se imagina que yo ya tengo dieciocho años. En seguida me puso un impermeable y me trajo aquí. Y... pero ¡oh, Derwent! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no me avisaste? ¿Es que no me quieres a tu lado?

Él la escuchaba, pero su atención estaba sobre todo entretenida recordando la cabaña donde había quedado enterrado Derwent Conniston. Con su imaginación volvió a presenciar la escena. Oyó bramar el viento, como bramaba la noche en que murió el inglés, y volvió a ver aquella extraña mirada que lanzó Conniston en su instante postrero, aquel deseo supremo de hablar que se retrató en la expresión de su cara en el momento de exhalar el alma. Por fin comprendió por qué el espíritu de Conniston le había seguido, y por qué había sentido su presencia durante varios días después de su muerte. Ya comprendía lo que Conniston había querido y no había podido decirle. Keith, en aquellos instantes, creía oír dentro de su cerebro la voz del amigo muerto que le hablaba para decirle: «Sí, es mi hermana; ahora es tuya; tómala,»

Keith, por fin, abrazó a la muchacha y con profunda ternura le dijo:

—Sí que te quiero a mi lado, sí que estoy contento de que hayas venido. Tienes razón: ya no te separarás más de mí.

Capítulo X

Durante un rato, Keith permaneció con la cabeza baja, sintiendo los brazos de la muchacha alrededor de su cuello, y la fría presión de su mejilla sobre el cabello. El recuerdo de su crimen pesaba en su alma como una montaña. Era, no obstante, del fondo de esa alma de donde había salido el grito de «sí que te necesito, sí que estoy contento de que hayas venido, tienes razón, ya no te separarás más de mí». Este grito pugnaba todavía por salir, pero él lo reprimía comprendiendo la monstruosidad del fraude. Aquella linda muchacha había llegado hasta él desde muy lejos, y con su belleza, con su suavidad y con sus caricias le estaba empujando hacia una sima de la que no sabía cómo había de salir. Ella le había reclamado delante de Mac Dowell, y él delante de Mac Dowell también la había aceptado. Había llevado su gran mentira hasta el extremo a que las circunstancias le habían obligado; pero aprovecharse del éxito no es lo mismo que triunfar. El deseo de confesar la verdad le quemaba el cerebro como una llama. Sentía la necesidad de decir a aquella muchacha, cuyos brazos le apretaban contra ella, que él no era el hermano que ella había ido a buscar, que no era Derwent Conniston, sino Juan Keith, el asesino. Algo, sin embargo, le contenía; algo que era todavía más imperioso, más fuerte que aquel deseo: la invencible fuerza interior que siempre, en último término, triunfa de todo otro impulso, esa fuerza insuperable, irresistible que llamamos instinto de conservación.

Suavemente se separó un poco de la muchacha. Ella le sonreía desde el sillón, y él, sin poderlo evitar, contestaba a la sonrisa.

—Ahora debes acostarte ya, Josefina —dijo con voz cariñosa—. Estás tan cansada que te dormirás en cuanto te acuestes.

La frente de ella se arrugó con finos y delicados surcos. Tierno gesto que él halló delicioso.

—¿Sabes, Derwent, que te encuentro cambiado? —contestó ella—. Antes me llamabas Pepita. Pero ahora soy mayor y no me importa que me llames Josefina; aunque preferiría verte más cariñoso. Derwent, dime la verdad, ¿es que te asusto?

—¡Asustarme tú!

—Pues entonces, ¿qué te pasa? ¿No me quieres ya lo mismo que hace uno, dos, tres, siete años? Si me quisieras como me querías hace siete años, no me dirías ahora que me marchase a la cama, a los cinco minutos de estar contigo después de siete años de no verme. Me vas a hacer llorar, Derwent; me vas a hacer llorar.

—No, por favor, no llores.

Keith comprendía que estaba causando más estragos que un caballo loco en una cacharrería. Suerte que Josefina Conniston salvó la situación levantándose del sillón

y poniéndose luego encima de sus rodillas.

—Mira —dijo enseñándole un relojito que llevaba en la muñeca—. Nos iremos a la cama dentro de dos horas. Tenemos mucho que hablar, Derwent, y no podemos esperar hasta mañana. Tú ya me entiendes. No podré dormir hasta saber por qué lo hiciste. Has de decirme la verdad. Te querré siempre, sea lo que sea lo que hayas de confesarme; pero quiero saber la verdad. Dime, Derwent, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué?

La dulzura de aquella criatura desapareció al instante; se levantó. Él miraba, perdida toda esperanza, el llamear del fuego; pero sentía la cruel pregunta en los ojos de la muchacha. Comprendió que había habido un gran cambio en el interior de la joven. Ella se había quedado sin aliento, y él comprendió lo torpe que había estado. Había confesado no acordarse de algo que el Verdadero Conniston no hubiera podido olvidar. Al fin se atrevió a mirarla. Los alegres colores de la muchacha habían desaparecido de sus mejillas. Estaba triste y abatida. La mano que ella había estado apoyando en el hombro de él pendía a lo largo del brazo, como inerte.

—Bien veo que hubieras preferido que no hubiese venido. Pero, queda tranquilo, porque me iré —dijo haciendo heroicos esfuerzos para no romper a llorar—. Me iré, sí, porque veo que no me quieres a tu lado. ¡Y yo que he estado soñando siempre en tu promesa de que algún día enviarías por mí o irías tú mismo a buscarme! ¿Por qué? ¿No era lo mejor que me hubieras llevado contigo desde el principio? ¿Por qué desapareciste de repente, sin decirme nada, ocultándote de mí durante tantos años? ¿Por qué te fuiste dejándome entre los que sabías que me odiaban tanto como te odiaban a ti? ¿Es que no te he importado nunca nada? O es que, que...

Aquí Josefina Conniston bajó la voz y musitó de un modo extraño:

—¿Es, acaso, que tenías miedo?

—¿Miedo? —repetió él lentamente y con la mirada fija en el fuego—. ¿Miedo?

Estuvo a punto de añadir «¿De qué?»; pero se contuvo a tiempo y la pregunta no salió de sus labios.

Las llamas se elevaban altas lamiendo el tubo de la chimenea; Keith continuaba mirándolas y de su resplandor le pareció ver salir algo que se infiltraba en lo más hondo de su ser. Experimentó otra vez la sensación de estar de nuevo junto a Conniston. Llegó incluso a pensar que había visto, en breve aparición, la faz de su difunto amigo. Más aún, percibía junto a su oído un susurro que era la voz de Conniston. Extraña e invisible fuerza se apoderó de él; una fuerza, un impulso que nada tenía que ver con la intuición ni con el instinto. Keith iba a proceder según los dictados de esta fuerza desconocida, y si Conniston se hubiese encontrado en su caso, hubiera procedido exactamente tal como él iba a proceder.

Josefina Conniston continuaba esperando una contestación. Su boca estaba más apretada. La vacilación de Keith, la tibieza con que había sido recibida, los equilibrios de él para eludir una contestación a lo que ella consideraba de tan capital importancia, todo eso producía un dolor que se transparentaba en sus ojos. Él había

visto miradas como la de ella en las personas sometidas a tormentos físicos. Keith, por aquel dolor, adelantó sus manos y alcanzó la cabeza de Josefina Conniston, apartando con suavidad las greñas que le cubrían la frente. Con la cabeza de ella entre sus manos la miró unos instantes en sus ojos antes de articular una palabra.

—Niña mía —dijo al fin—, fíjate y dime: ¿Soy yo Derwent Conniston?; ¿tu Derwent?; ¿el mismo Derwent Conniston de antes y de siempre? Responde.

Ella habló turbada y como si apenas tuviese voz. Sin embargo, la expresión penosa de su mirada iba atenuándose bajo la presión afectuosa de las manos de él en su cabeza.

—No; estás cambiado.

—Sí, estoy cambiado. Una parte de Derwent Conniston murió hace siete años. Esta parte integrante de Derwent estaba muerta, y muerta ha continuado hasta hace poco, al verte. Tu presencia le ha devuelto la vida, pero es un resurgir, un despertar lento. Lo que estaba muerto resucita con lentitud. ¿Comprendes, Josefina? Es como una convalecencia.

Y después, señalando la cicatriz, continuó diciendo:

—Mira, me pegaron un tiro hace siete años. Este tiro mató la mitad de mi personalidad. Esa parte de mí mismo que ha permanecido como muerta hasta hoy, en que té he visto. ¿Entiendes?

Los ojos de ella se asustaron, de tal modo se abrieron denotando asombro, espanto y horror.

—La herida fue muy grave —prosiguió Keith—. Estuve muchos días entre la vida y la muerte. Cuando volví a la vida, volví sin mis recuerdos. Todo mi pasado había muerto porque yo había perdido la memoria de todo cuanto me había ocurrido hasta entonces. Recordaba mi nombre, me daba perfecta cuenta de quién era yo; pero la memoria de todos mis demás recuerdos del pasado estaba perdida. Me acordaba de ti; es de lo único que me acordaba, pero aun a ti te recordaba de un modo vago, como en sueños. Durante años he estado experimentando una sensación extraña, algo así como si hubiera estado buscando continuamente una cara, una voz, algo amado, algo que no andaba lejos de mí y que eras tú, Josefina, eras tú.

¿Era él el que hablaba, o era el verdadero Derwent Conniston? La verdad es que sus palabras salían impulsadas por esa fuerza extraña que nada tenía que ver con su voluntad. Lo que había empezado con una mentira iba adquiriendo visos de suprema verdad. ¿No había él, Juan Keith, vivido siempre esperando, buscando, deseando una voz, un afecto, una cara? ¿No había él vuelto, inopinadamente, de un mundo de soledad, de inclemencia y de abandono, a un mundo habitado en el que Dios se había preocupado por hacerle encontrar aquella maravillosa criatura como una compensación a todos los sufrimientos? Ya no mentía. Ya únicamente luchaba. Luchaba por conservar la criatura humana que, desde aquel momento, para él significaba más que el mundo entero. Luchaba por conservar un gran cariño encontrado cuando creía no tener en la tierra ni un amigo. Luchaba agarrándose a la

dulce esperanza de este afecto, como el náufrago se agarra a la tabla que flota. Éstos eran los pensamientos de Juan Keith, cuando ella, conmovida por las palabras que acababa de oír, le cogió la cara con sus manos, llamándole repetidamente hermano y dejando caer abundantes lágrimas de sus ojos. Él la estrechó de nuevo contra su pecho y, besándola en la frente, y en las mejillas, y en los ojos, y en el pelo, le repetía que ya no se separarían más. Abrazados como estaban, parecían dos niños que se reunían después de una larga separación. Keith pensaba en la felicidad de Conniston, cuando, muy joven todavía, poseía en Inglaterra el cariño fraternal de aquella niña. Y estaba satisfecho considerando que su mentira había servido para salvar su vida y la de Conniston. No tenía tiempo para detenerse en averiguaciones respecto a los motivos que hubieran podido impulsar al inglés a separarse de aquella niña que tanto le quería, de aquella niña que había sido capaz de cruzar los mares para reunirse con él. Bastaba de momento con que ella creyera que él era su hermano, y con que él pudiese conservar la preciosa herencia de aquel cariño.

Púsose de pie junto a ella y la separó un poco para poder fijar la mirada en sus ojos llenos de lágrimas pero radiantes de felicidad. Ella levantó una mano para tocarle la cicatriz con el dedo. Había en su mirada una piedad infinita, un cariño, una simpatía y una ternura imposibles de describir. ¡Con qué suavidad pasaba la mano por la cicatriz y por su frente! Él sintió con estas caricias el renacer de todo un mundo, y con su triunfo experimentó una gratitud por la fuerza y el valor para mentir que aquella muchacha le había comunicado con su dulzura y con su confiada inocencia. Porque ella le había creído buenamente, plenamente, sin la menor sombra de duda.

—Mañana tú me ayudarás a recordar una infinidad de cosas —dijo Keith—. Ahora creo que es ya hora de que te acuestes.

Ella continuaba mirando la cicatriz.

—¡Y todos estos años sin saber yo nada! —murmuró ella—. Nada supe. Me dijeron que estabas muerto; pero yo tenía la certeza de que no era verdad. El coronel Reppington...

En los ojos de Keith vio algo que le impidió proseguir.

—El coronel Reppington, ¿no te acuerdas?

—Mañana me acordaré. Hoy no puedo pensar más que en ti, no puedo acordarme más que de ti... Mañana, mañana...

Ella depositó un beso en la cicatriz hecha con el cañón de la pistola de Conniston.

—Sí, sí, tienes razón; hemos de acostarnos. Esta noche no debemos hablar más. Basta con que me tengas de nuevo a mí. Mañana lo irás recordando todo; ¡todo! Acompáñame ya a la cama. Como antes, ¿no te acuerdas?

Vio como ella se mordía los labios, como arrepentida.

—Dime, dime; no recuerdo, ¿qué?

—Tenías la costumbre de entrar todas las noches en mi cuarto, cuando yo estaba ya en la cama, para arroparme y sujetarme la ropa. Solías quedarte a hablar durante un rato, hasta que terminabas por darme un beso y marcharte. Sin el beso yo no podía

dormirme.

—Sí, sí, ya me acuerdo —contestó Keith.

La condujo, luego, a la pieza en que había de dormir, encendió la luz, y le entregó las dos maletas que ella había llevado a la casa. La pieza donde ella había de dormir era un cuarto arreglado para el gusto de un hombre, pero Josefina Conniston estuvo contemplándolo un rato con suma complacencia.

—¡Qué bien arreglado tienes este cuarto, Derwent! —exclamó.

Él no le explicó que aquélla no era su casa, y él mismo no había dormido todavía nunca en ella. Dejaba estos detalles insignificantes para el día siguiente. Le mostró el baño y se fue a decir a su criado japonés que tendría que dormir en la cocina, puesto que su hermana pasaba la noche en la casa ocupando uno de los dos únicos dormitorios que había. Recordó lo que le había dicho Josefina Conniston, y cuando ésta estuvo acostada, entró en su cuarto para darle el beso de las buenas noches. La besó una vez; la besó otra vez. Ella también le besó a él, añadiendo al beso un abrazo como no había recibido él otro en su vida. Así se separaron, quedando Keith conmovido en lo más profundo de su ser.

Apagó la luz del cuarto y se fue a meditar un poco cerca del fuego. Se sentó y aprovechó la calma y la soledad para ordenar las ideas. No había tenido tiempo de pensar y reflexionar con calma, desde que había llegado de casa de María Kirkstone. Era mucho lo que tenía que considerar. No se le ocultaba la inmensidad y la gravedad de su mentira. No estaba, sin embargo, pesaroso de haberla proferido. Con aquella mentira había salvado a Conniston y se había salvado a sí mismo. Y había ganado una hermana de Conniston, que ya no era la hermana de Conniston, sino su propia hermana, a quien había de querer, a quien había de proteger, por quien había de luchar y vencer. No había sido la mentira de un Judas, sino una mentira dicha con toda su alma, y todo su corazón, y todo su ser. El haber dicho la verdad hubiera sido lo mismo que suicidarse, hubiera sido traicionar a Conniston, que le había transferido el nombre y la personalidad, y hubiera sido sumir en la tristeza más profunda el corazón de la muchacha para la que el sol todavía brillaba. No, no estaba arrepentido. No le remordía la conciencia. Lo único que tenía presente ante su espíritu era la lucha, la terrible lucha que tenía que sostener para comportarse en todo momento de modo que nadie pudiera sospechar nunca que él no era Derwent Conniston. Los pensamientos que le sedujeron mientras contemplaba la tormenta volvieron a ocupar su mente. Sí, iría río arriba, hacia sus orígenes, tal como había pensado antes de que Mac Dowell llegara a hablarle de María Kirkstone y de Shan Tung. Pero no iría solo. Iría con Josefina Conniston.

Eran las doce de la noche cuando se levantó del sillón y se fue a su cuarto. La puerta estaba cerrada. La abrió y entró. No bien puso su mano en la puerta, cuando su olfato percibió el olor de un perfume que no tenía por qué dejarse sentir en aquel momento en aquel cuarto, percibía aquel perfume allí, del mismo modo que pocas horas antes lo había percibido en casa de María Kirkstone. Era el olor de un tabaco

muy aromático y perfumado. Flotaba este olor por el cuarto lo mismo que un incienso.

Keith echó una ojeada al cuarto, persuadido de ver a Shan Tung, sentado en su sillón para esperarle. El cuarto, no obstante, estaba vacío. Keith miró, entonces, a las dos ventanas. Una de ellas estaba cerrada por dentro y tenía el transparente bajado. La otra ventana estaba solamente entornada. Keith llevó su mano a la pistola antes de asomar la cabeza por aquella ventana. Miró y remiró, pero no vio nada. Volvió, entonces, hacia la mesa donde estaban la lámpara, las pipas, los periódicos y el tabaco de Brady. En un cenicero advirtió una colilla no apagada todavía. Era evidente que Shan Tung había estado allí. Había entrado y salido sin hacer ruido; pero no había tenido interés en ocultar su paso por aquella estancia.

Después de fijarse en la colilla, se fijó Keith en otro objeto que tampoco estaba sobre la mesa antes. Se trataba de una cajita rectangular de madera de teca que él había visto en las manos nerviosas de María Kirkstone. Si no era la misma caja, era otra igual. Ambas estaban brillantadas con laca. Tan pronto como Keith vio la caja la recordó. Pensó si tal vez María Kirkstone había querido enviarle algún recado y se había valido para ello de Shan Tung. ¡Pero esto, en realidad, era un absurdo! Para salir pronto de dudas, Keith se dirigió a la caja. Lo primero que vieron sus ojos fue una tarjeta blanca puesta sobre la caja. En la tarjeta, escritas con una letra esmeradísima, había las siguientes palabras:

Atentamente, de parte de Shan Tung.

Como una centella abrió Keith la caja. En ella había un papel cuidadosamente doblado. En este papel no había más que una línea escrita. La sangre se le heló a Keith en las venas, y el corazón se le detuvo, cuando leyó lo que contenía el papel. Eran sólo cinco palabras, pero certeras, decisivas, fatales:

¿Dónde está Conniston? ¿Le mataste?

Capítulo XI

Juan Keith permaneció un rato con el papel entre las manos, como atontado a causa de la tremenda impresión recibida. ¡Estaba descubierto! Ése era el pensamiento que le martillaba el cerebro. Estaba descubierto precisamente cuando ya daba por suyo el triunfo y cuando tantas esperanzas había abrigado para el porvenir; cuando el mundo le había abierto de nuevo sus puertas, y cuando la vida, después de cuatro años de infierno, volvía a parecerle amable. Si el golpe hubiese llegado antes, él lo hubiera recibido de muy distinto modo. Entonces lo esperaba. Lo esperaba cuando entró por primera vez en el despacho de Mac Dowell. Estaba, entonces, preparado para recibirlo. El fracaso, el descubrimiento y la muerte eran conclusiones posibles de la partida que estaba jugando. Entonces, sin embargo, no tenía miedo, porque no arriesgaba más que la vida, una vida que no valía las ansias que le costaba. Pero las cosas habían cambiado. Josefina Conniston había llegado para transformar, como maravillosa alquimista, su antigua vida de plomo en una nueva vida áurea. En pocos minutos, desde que la conocía, todo había cambiado para él. Ella había materialmente transformado en risueño universo el caos en que se debatía, y esta transformación la había operado con el suave encanto de unas caricias y de un amor fraternal muy grande. Él sentía todavía en sus labios la dicha de haber besado a aquella muchacha al darle las buenas noches, y en su cuello sentía todavía la sensación de los abrazos que ella le había dado. Seguramente no estaría dormida todavía. Desde su cuarto, sin duda alguna, estaba pensando en él, con un cariño enorme. Quizá se había arrodillado para rezar por él, mientras tenía entre sus manos aquella fatídica hoja de papel que le había llevado Shan Tung.

El primer impulso que se elevó dentro de su alma fue el de huir; el impulso egoísta de salvar la vida. Todavía podía salvarse. La noche le cubriría con su negro manto, y después las distancias y la fragosidad le ayudarían. Eso fue lo primero que pensó; pero inmediatamente cambió de idea, recriminándose por el daño que había pensado hacer a Josefina. Bien es verdad que fueron sólo impulsos hijos de la turbación. Pasada la violencia de la primera impresión, iba serenándose.

¿Por qué le había prevenido Shan Tung? No tardó Juan Keith en hacerse esta pregunta. ¿Por qué, por qué le había prevenido? ¿Por qué, por el contrario, no había preferido ir directamente a denunciarle a Mac Dowell, haciéndole ver que el hombre que había llegado suplantando la personalidad de Derwent Conniston no era Derwent Conniston, sino Juan Keith, el asesino del padre de María Kirkstone?

Keith volvió a leer el papel. Aquello no era una conjetura, sino una certidumbre. Shan Tung no había dado un palo de ciego. Lejos de ello, había afinado

extremadamente la puntería. Shan Tung sabía con certeza que él no era Derwent Conniston; que era Juan Keith, Y creía que él había matado al inglés, para robarle nombre y personalidad. A pesar de esto no había ido a denunciarle a Mac Dowell. Miró Keith, entonces, de nuevo la tarjeta que acompañaba la caja portadora del papel. La tarjeta decía:

Atentamente, de parte de Shan Tung.

¿Qué querían decir aquellas palabras? ¿Por qué las había escrito Shan Tung, sino con objeto de prevenirle a tiempo para que él pudiera defenderse o huir?

Con estas consideraciones, su primera alarma disminuyó. Cuanto más reflexionaba, más se afirmaba en su creencia de que Shan Tung no era hombre que quisiera preparar un melodrama sin tener buenas razones de conveniencia personal, Y era preciso llegar a una conclusión, El chino, sin duda alguna, estaba tramando algo con objeto de conseguir cuanto antes que el individuo que se hacía pasar por Derwent Conniston se escapara, y para obligarle a hacerlo le había escrito aquel billete. Era evidente que el chino deseaba que él se escapara, antes de que se iniciara discusión alguna sobre la situación, Tal fue, al menos, la conclusión a que llegó Keith.

Después de todos estos razonamientos, el cuitado se acercó a la ventana, para examinarla. No cabía duda; Shan Tung había aprovechado aquella ventana para entrar en la casa. Tanto el marco como los visillos y el transparente tenían la señal de haber sido tocados por una mano mojada, y en el suelo había las señales de unos zapatos sucios de barro. El pulcro oriental había entrado sin secarse las manos y sin limpiarse previamente el calzado. Junto a la puerta que daba paso a la pieza principal, Keith observó las señales de las pisadas mucho más claras, como si Shan Tung hubiese permanecido allí un rato escuchando. Era indudable; Shan Tung había estado escuchando la conversación que Josefina Conniston y Mac Dowell habían sostenido mientras estaba esperando. Continuando la inspección del cuarto, Keith fue a posar sus ojos sobre una puerta de color blanco. Shan Tung había escrito allí con lápiz la hora de su visita: las diez y tres cuartos. Keith no pudo reprimir una exclamación de asombro. Miró el reloj. Eran las doce y cuarto. Él había llegado antes de las diez y el hábil Shan Tung le había querido demostrar, por medio de aquella inscripción, que había permanecido más de tres cuartos de hora espíándole y oyendo la conversación que había tenido con Josefina Conniston.

Que una persona cualquiera, incluso de tan poca importancia como su criadito japonés, hubiese llegado a cometer tal bajeza, Keith hubiera sentido ganas de abofetearle. No sentía, en cambio, delante de la procacidad de Shan Tung ninguna alteración, como si en Shan Tung la escucha le hubiese parecido cosa natural. En vez de indignarse se puso a reflexionar sobre la significación sutil de todos aquellos detalles. Comprendía que Shan Tung no había dejado por pura fanfarronada todas

aquellas pruebas de su paso. Su propósito tenía que haber sido otro. Keith era un hombre que tenía siempre la tendencia a no desdeñar los mensajes psicológicos que se reciben a veces sin saber cómo ni por qué, y de la misma manera que la sensación de la presencia espiritual de Conniston le había decidido a proseguir con su mentira incluso delante de Josefina Conniston, en presencia de todas aquellas huellas y señales de Shan Tung sentía como si aquella habitación guardase para él un mensaje de la mayor importancia.

En tales circunstancias, Keith procedió según su costumbre en los casos extremados. Apeló a todas sus fuerzas para armarse de serenidad. Se sentó; encendió de nuevo su pipa y concentró sus pensamientos en Shan Tung, haciendo, en lo posible, caso omiso de la habitación y de la aventura de aquella noche, a fin de dar mayor eficacia al análisis del hombre. Cuatro distintos factores emocionales entraban en este análisis: temor, recelo, odio, enemistad personal. Él mismo se sorprendió de haber encontrado con tanta claridad las premisas en que tenía que apoyar sus razonamientos. Desde el primer momento en que él vio a Shan Tung en el despacho del inspector, le consideró como el mayor enemigo de su libertad, como la verdadera y gran amenaza que se cernía sobre su cabeza. No obstante, él ya no sentía odio ni enemistad personal hacia Shan Tung. El temor y el recelo subsistían; pero el temor era impersonal y el recelo era el propio de quien sabe que tiene, en una partida empeñada, un contrincante hábil. Había cambiado, pues, el concepto que antes formara de Shan Tung. Su mentalidad de hombre blanco y la mentalidad amarilla de Shan Tung seguían una marcha paralela, como si los dos hubiesen pertenecido a una misma raza. Eso se demostraba que él se había equivocado en el juicio que había formado de Shan Tung a base de sus primeras impresiones. Shan Tung no esperaba de él que intentase buscar su salvación en la huida. Había hecho más honor al hombre blanco; le había creído lo suficientemente sagaz para comprender que no era cuestión de huir. Lo que Shan Tung había querido era darle a entender que ambos tenían partidas iniciadas y que convenía se pusieran de acuerdo por si acaso llegaba el momento de necesitar todos los triunfos.

Para inculcarle a él esta idea y para dominarle y utilizarle según necesitara, Shan Tung había querido demostrarle que le había conocido, que sabía que no era Derwent Conniston, sino Keith, y que podría delatarle cuando quisiera. Le había dado a entender que sospechaba que él había dado muerte a Conniston, suposición lógica al fin y al cabo. Shan Tung había tenido cuidado de hacer todas las manifestaciones de modo que no apareciese la amenaza. La tarjeta, el estuche, el mismo papel escrito, todo exhalaba urbanidad. La misma anotación de la hora sobre la blanca puerta era una cortes insinuación. Quería dar a entender a Keith que estaba, al tanto de todo lo que había ocurrido, que le había espiado, que sabía lo que había hablado con Josefina Conniston, porque los había oído y hasta, quizá, visto por el ojo de la cerradura. Las señales que Shan Tung había dejado en el marco de la ventana, en los visillos, en el transparente y en el mismo suelo, lo mismo que las colillas que había dejado en el

cenicero, todo eso no tenía más objeto que el de llamar su atención a fin de que él se fijara enseguida en la caja. Keith no podía menos de sentir una especie de admiración por el chino. Las dos preguntas que tenía que contestar eran: ¿Qué se proponía Shan Tung? ¿Qué esperaba el chino de él?

En sus conjeturas, Keith vio en primer lugar la figura de María Kirkstone. Se acordó de la pregunta que ella le había dirigido aquella noche y de la duda que ella había manifestado respecto a la muerte de Juan Keith. Él había estado en casa de María Kirkstone a las ocho. Shan Tung debió de estar por allí al mismo tiempo, puesto que su presencia al otro lado de la ventana fue o que alteró a María Kirkstone. Mucho debió correr el chino para haber podido dejar la caja a la hora en que la depositó con su tarjeta y el papel escrito.

Keith estaba desenredando despacio, pero con método y seguridad, la maraña de todos los acontecimientos de aquella noche. Los principales acontecimientos ya no se arremolinaban en su cabeza de una manera caótica. Se le presentaban claros y ordenados. Si, era María Kirkstone el centro de la partida de Shan Tung. Si María Kirkstone no hubiese existido, Shan Tung hubiera ido directamente a encontrar a Mac Dowell, y él en aquel momento estaría con grillos y esposas, esperando el momento de ser entregado al verdugo. Mac Dowell, pues tenía razón al sospechar que el causante de los males de María Kirkstone era Shan Tung. María Kirkstone luchaba por algo que valía más que su propia salud y que su propia existencia. La idea de ese «algo» hizo estremecer a Keith. Los nervios del hombre se crisparon sus puños se cerraron con fuerza. Shan Tung había triunfado, pero no del todo. Una parte del fruto de ese triunfo permanecía en el aire, y los dos polos de la partida empeñada, Shan Tung y María Kirkstone, luchaban con furor, por vencer el uno, por no dejarse vencer la otra. De un modo u otro, él, Juan Keith, tendría que decidir la contienda. Cuándo o cómo, es lo que él no podía vaticinar. Pero de una cosa estaba seguro: a cambio de la ayuda que él podía prestar a Shan Tung, éste le ofrecía la vida que podía hacerle perder tan pronto como se lo propusiera, con sólo denunciarle. Era seguro que Shan Tung esperaba su respuesta al día siguiente.

Ese día siguiente ya había llegado. Era la una cuando Keith volvió a mirar el reloj. Habían pasado veinte horas desde que había comido su último almuerzo en despoblado. Dieciocho desde que había estado hablando con Duggan, no tantas desde que había entrado en la peluquería y había pensado, mientras el peluquero trabajaba, en cómo sería recibido por Mac Dowell. Le parecía imposible que sólo hubiesen transcurrido quince horas desde que había salido del despacho de Mac Dowell. Pero no podía dudar de la realidad de todo. Allí estaba la cama. Era una cama de verdad, y él no había dormido en una verdadera cama desde hacía varios años. Su criado japonés se la había preparado muy bien. Las sábanas eran blancas como la nieve. Las almohadas estaban tan ahuecadas que daban la sensación de estar flotando. Si se hubiesen puesto en movimiento, Keith no se hubiera extrañado demasiado. Después de los acontecimientos que se habían sucedido rápidamente en las últimas quince

horas, el movimiento de las almohadas le hubiera padecido un fenómeno perfectamente natural, pero las almohadas no se movieron. Permanecieron donde estaban, sin contradecir ninguna ley de la Naturaleza, invitándole con su blancura y con su inmovilidad a considerar las cosas a través del prisma del sentido común.

Keith oyó la sensata invitación, Había desistido de escaparse; no podía permanecer allí toda la noche de pie, contemplando las almohadas. Por lo tanto, ¿por qué no acostarse?

Había algo directamente personal en el llamamiento de las almohadas y la cama. No era un llamamiento indeterminado; era, más bien, una llamada que se le hacía a él, y Keith respondió.

Era la una y media en punto cuando se metió en la cama. Iba a permitirse cuatro horas de sueño, porque tenía la intención de levantarse con el alba.

Capítulo XII

La necesidad había convertido a Keith en una especie de cronómetro humano. En el segundo año de su huida perdió el reloj. Al principio fue como perder un brazo, una parte de su cerebro, un amigo querido. Mas hubo de ir acostumbrándose, y desde que lo perdió hasta que entró en posesión del reloj de Conniston, él fue su propio cronómetro y su propio despertador. Y marchaba al minuto.

Pero la cama de Brady y las mullidas y blancas almohadas le hicieron perder la noción del tiempo. A la mañana siguiente de la visita de Shan Tung, se levantó cuando el sol penetraba ya en la habitación por la ventana de Levante. El calor del sol, y el daño que sus rayos, al darle de lleno en la cara, producían en sus ojos le indicaron que ya era bastante tarde. Calculó que serían aproximadamente las ocho. Sacó el reloj de debajo de la almohada y vio que eran las ocho y cuarto. Se levantó en seguida y se puso a pensar en los sucesos ocurridos el día anterior. Se desperezó hasta hacer crujir sus huesos y respiró dos o tres veces para llenar sus pulmones del aire puro que entraba por las ventanas que había dejado abiertas la noche antes, al irse a la cama. Se encontraba fuerte y lleno de salud. Estaba preparado y dispuesto a habérselas con Shan Tung y con Mac Dowell.

Y en seguida, desde estos dos personajes, su espíritu pasó al recuerdo de Josefina Conniston. Era curioso observar hasta qué punto y con qué ansiedad estaba él deseando volverla a ver.

Pensó en si sería posible que ella estuviera ya levantada, aunque creía que no, porque cuando él se separó de ella, Josefina Conniston ofrecía signos de cansancio extremo. Keith se miró en el espejo del lavabo de Brady. Estaba contemplándose cuando hasta él llegaron las voces de una conversación en la pieza contigua. Eran voces de gente que hablaba en voz baja. Escuchó y advirtió que su corazón comenzaba a latir más de prisa cuando comprobó que una voz era la de su cocinero japonés y la otra la de Josefina Conniston.

Le hizo gracia el cuidado que uno y otro ponían en no hablar alto para no despertarle. Esto era para él una nueva sensación. Wallie, su criado, le había preparado el baño, el jabón, la esponja, los peines y los demás útiles de aseo. Le había preparado también, cepillándola y planchándola, la ropa de Conniston, que le había ido a buscar al cuartel. Con la ropa de Conniston había traído del cuartel un baúl pequeño que permanecía todavía cerrado. Hasta entonces Keith no se había fijado en aquel baúl. Era la mitad de lo que suelen ser los baúles de viaje y se veía que había servido para guardar documentos u objetos importantes y valiosos, más bien que para guardar ropa. Estaba reforzado con cuatro tiras de cobre a su alrededor,

y sus esquinas y bordes tenían también refuerzos del mismo metal. La cerradura parecía imposible abrirla sin la llave. El nombre de Conniston estaba grabado en una chapa de cobre sujeta en la tapa.

Keith miró el baúl con gran atención e interés. No se trataba de un cofre ordinario, sino de un baúl o cofre expresamente fabricado para ser abierto nada más que por su amo: un arca misteriosa, una caja guardadora de preciosos secretos. En la alejada cabaña, Conniston, antes, de morir, había dicho casi con indiferencia: «Entre mis bártulos encontrarás tal vez algo que pueda serte útil en alguna ocasión». Estas palabras volvieron a la memoria de Keith. ¿Habría acaso el inglés intentado referirse a los objetos que pudiera contener aquel cofre? ¿Sería, por ventura, posible que allí dentro estuviese la clave del misterio que envolvía los motivos que Conniston hubiese podido tener para separarse de su hermana? Keith se inclinaba a creerlo así. Examinó la cerradura más detenidamente y sacó el convencimiento de que con herramientas apropiadas, y con un poco de paciencia y trabajo, aquella cerradura podría abrirse.

Dejando de momento el misterioso cofre, concluyó de vestirse, procediendo luego al peinado de su cabello y barba. A causa de Josefina Conniston, aquellas hirsutas barbas le producían gran consternación, a pesar de que, bien mirado, contribuían a dar a su cara un aspecto muy marcial. De buena gana se las hubiera afeitado. Lo que más le atribulaba era que con aquel pelo representaba más edad de la que realmente tenía. Además, como si no fuese ya bastante, el pelo era de un color casi bermejo. Y... para decirlo todo: debía pinchar y molestar cuando...

Pero era preciso conservar la barba, y Keith se la peinó y cuidó con esmero. Al fin y al cabo, y bien mirado, no estaba del todo mal, Keith salió del cuarto nada descontento de sí.

Abrió la puerta con tanto cuidado que Josefina, al principio, no le vio. Cuando entró, ella estaba apoyada en la mesa, con la espalda vuelta hacia él. Su cuerpecito gentil y delicado estaba envuelto en un traje de tela delgada, muy arrugado todavía por haber sido recién sacado del baúl. El cabello, suave y castaño, estaba enrollado formando un hermoso moño encima de su cabeza. Keith tuvo que pasear un rato sus miradas desde este moño sedoso y brillante hasta el alto tacón de los bien calzados pies. Eran unos pies adorables, delgados, pequeños, aristocráticos, con esbeltos y graciosos tobillos. Keith estuvo mirándola de arriba abajo, hasta que ella se volvió y le descubrió.

Se había operado un cambio desde la noche anterior. Ella representaba ya mejor los años que tenía. Ya no parecía tan niña. Keith la hubiera llevado, de buena gana, hasta la mecedora para mecerla y arrullarla, como se mece y arrulla a un niño; pero comprendía que ella ya no tenía edad para eso.

Josefina se levantó del asiento al darse cuenta de la presencia de Keith, y con una exclamación de alegría se fue hacia él y le echó los brazos al cuello, poniéndole la mejilla cerca de los labios para que él se la besara. Él vaciló algo así como la décima

parte de un segundo, si una vacilación tan corta puede llamarse vacilación. Mas en seguida correspondió al abrazo de ella y la besó. Sintió otra vez el calorcito del rostro de la joven sobre su pecho y la suavidad del pelo en contacto con sus labios y mejillas. Y volvió a besarla, sin aguardar esta vez a que ella le invitara. Antes de que tuviera tiempo de reflexionar, la había ya besado por tercera vez.

Luego Josefina posó sus manos en la cara de su hermano y él leyó de nuevo en los ojos de ella una profunda y ansiosa interrogación, envuelta en destellos de amor. Mirada de ternura infinita y de mudo sufrimiento; una mirada fraternal de súplica, cariño, pregunta e inquietud. Aun cuando hubiese tenido que pagarlo con la vida, Keith no hubiera dejado de besarla, y la besó por cuarta vez.

Si Josefina Conniston, al acostarse la noche anterior, se había ido a la cama con dudas sobre el cariño y el interés fraternal del que ella creía su hermano, las dudas tenían que haberse disipado. Sus mejillas se colorearon. Sus ojos brillaron. Su corazón palpitaba. Su alma estaba llena de felicidad.

—Ahora sí que eres tú, Derwent; tú, tal como eras antes; tal como has sido siempre conmigo.

Josefina cogió la mano de Keith y le acompañó hasta la mesa. El criado japonés hizo su aparición, pero comprendiendo que no estaban sus amos para hablar con él, se volvió a la cocina dispuesto a trabajar prescindiendo de órdenes e instrucciones.

Josefina se sentó delante de Keith, al otro lado de la mesa. Se puso a contarle que la luz del día la había despertado y que entonces ella se había dedicado a ayudar al japonés a preparar el desayuno. Por primera vez, Keith la estaba mirando con todas las condiciones favorables. La tenía a una distancia conveniente para verla y observarla bien: ni demasiado lejos, ni demasiado cerca. Y la luz iluminaba magníficamente la cara de la muchacha. Él la encontraba bellísima. Las graciosas arruguitas que ya había advertido en dos o tres ocasiones la noche anterior, volvieron a aparecer en la frente de Josefina cuando él contó que no se había acostado hasta la una. La muchacha, preciosa en su enfado, le estuvo riñendo por no haberse acostado antes, mientras el criado japonés se disponía a servirles el desayuno. En Keith producía el regaño placer infinito, porque lo tomaba como la prueba del vínculo de intimidad que le unía a ella. Hasta entonces no había tenido nunca a nadie que le riñese de aquel modo. Ya había desistido de sus planes. Tenía el propósito de representar el papel de una persona que, a causa de una lesión cerebral, ha perdido la memoria, con la consiguiente debilidad de todas sus facultades mentales; pero durante el desayuno no hizo ni dijo nada que no demostrase la completa normalidad funcional de su cabeza. Josefina Conniston estaba encantada de ver la memoria que notaba desde la noche anterior en el que creía que era su hermano. Él notó la alegría en gestos y miradas; mas advirtió que ella se abstenía de aludir a ningún recuerdo del pasado. Era evidente que ella deseaba hablar de cosas que no se atrevía siquiera a mencionar, por temor a remover la cuestión dolorosa de la pérdida de la memoria, ante lo cual él, conmovido, sentía impulsos de arrojarse a sus pies para pedirle perdón

y confesarle la verdad de todo.

Todo esto estaba pensando Keith cuando su mirada se encontró con la de Josefina. Este encuentro de las miradas provocó de nuevo la aparición de las arruguitas en la frente. Esta vez el gesto era interrogante. Nada preguntó ella y nada dijo él; pero fue como si se comunicaran. Keith resistió la mirada, y ella creyó que era su hermano, que aquella cicatriz que tenía sobre la frente era la señal de un tiro que le había lesionado el cerebro, y que a causa de aquella lesión cerebral había perdido la memoria de todo lo pasado. Fue aquello como una comunicación de las dos almas a través de una corriente eléctrica. Ella creía, y en su creencia le palpitaba el corazón con piedad, ternura y afecto. Él advirtió todo eso, lo notó, lo sintió en lo más íntimo de su ser, y como una consecuencia de la fe que ella tenía en él, tuvo que recriminarse por embustero. Sí, ella le creía; pero él era un embustero. No obstante, ¡qué poderosos los motivos que tenía para mentir!

—Figúrate que me ha llamado al teléfono —dijo.

Josefina Conniston después de una pausa tras de las miradas, y cuando le he rogado que no me obligase a hablar alto porque estabas dormido, me ha contestado que fuera a despertarte inmediatamente de su parte para decirte que no te mereces una hermana ni la mitad de lo cariñosa que yo soy.

—Estás hablando de Mac Dowell, ¿no es verdad?

—Claro está que sí. Y te puedo asegurar que cuando le dije que la herida te dolía más que nunca y que necesitabas descanso, creo que le oí respirar con fuerza, como si le preocupara tu salud. Estoy segura de que se interesa mucho por ti. Me preguntó qué herida era la que te dolía, y le hube de explicar que era la de la cabeza. Pero dime, Derwent, ¿por qué me hizo esta pregunta?— ¿Acaso tienes otra herida en el cuerpo?

Keith también respiró con fuerza.

Ninguna herida que valga la pena de que hablemos de ella —respondió—. Mira, Josefina, voy a confesarte una cosa que todavía no sabes; pero me has de prometer que la noticia no te quitara el apetito. Anoche dormí en una cama de verdad, por primera vez después de tres años.

Y en seguida, sin dar tiempo a que Josefina le preguntase nada, Keith empezó a contar su verdadera historia. La contó como no la había explicado a Mac Dowell, ni a María Kirkstone. Josefina Conniston le escuchaba admirada, con sus grandes ojos abiertos, con una emoción y un interés imposibles de ponderar. Los hechos que constituían la narración eran los mismos, pero ahora estaba contando su propia historia y no tenía necesidad de pensar y medir sus palabras. Hablaba con sinceridad, sin exaltación, con entusiasmo. Se olvidó de seguir tomando el desayuno y no reparó en las miradas de desencanto que le dirigía el japonés cada vez que aparecía para advertir que sus señores seguían distraídos con la conversación mientras el café y las tostadas se enfriaban. Josefina Conniston se apoyaba ligeramente sobre la mesa. Ni una vez siquiera interrumpió a Keith. Él nunca había podido soñar en la felicidad de

ver sus propias emociones reflejadas en unos ojos tan bellos como los de Josefina. ¡Qué simpatía y compasión se retrataban en aquella mirada cuando él describía las tempestades boreales, la locura de las interminables noches pasadas entre el hambre y el frío, y cuando le contaba los terribles incidentes de la persecución y de la huida, con todos los detalles de la lucha que terminó, al fin, con la captura del malhechor huido! Mientras hablaba, mientras explicaba toda la historia con palabras que salían de las profundidades del alma, observaba a Josefina y leía en su rostro el terror, el sobresalto, la compasión, la ansiedad, la angustia, todas las emociones que él mismo había sufrido y experimentado. Y sobre todos estos sentimientos leía un afecto y un cariño que podía considerar como un glorioso patrimonio suyo. Con tanta atención le escuchaba ella, y con tan vivo interés seguía sus explicaciones, que parecía hubiese estado con él en aquella lejana cabaña de las regiones perpetuamente heladas. Llegó Keith en su narración a los días y a las noches de desesperada desolación, en que su compañero se moría por momentos lanzando, en unos terribles accesos de tos, sangre y trozos de pulmón enfermo, y subrayó con palabras llenas de tierna amistad la leal camaradería que como una bendición de Dios se estableció entre perseguidor y perseguido, como fin y remate de aquella espantosa cacería de un hombre por otro hombre. Mientras él no sintió el alma de ella vivir, pendiente del relato, aquellas horas supremas, y mientras no vio, retratadas en el bello rostro, todas las emociones que él le hacía sentir, no comprendió hasta qué punto podía llegar a ser profundo, y seductor y tierno, el misterio de belleza de aquellos ojos. Desde aquel momento los adoró con preferencia a las demás perfecciones de la muchacha.

—¡Y ayer mismo, cuando yo llegué, acababas de separarte tú de todos esos horrores y esos sufrimientos y esa lucha! —exclamó Josefina Conniston, conmovida.

Keith volvió a seguir representando su papel.

—Sí; tres largos años de lucha y sufrir. ¡Si pudiera acordarme yo de las cosas anteriores a estos tres años como me acuerdo de todo lo sucedido durante ellos! —dijo, y señaló con el dedo la cicatriz.

—Ya irás acordándote de todo, Derwent; ya irás acordándote —contestó Josefina Conniston.

El criado japonés apareció de nuevo, y con una graciosa mueca, por no atreverse a hablar, insinuó que tenía más café y más tostadas, todo caliente y a punto. Keith había comenzado bien el día, y mientras daba buena cuenta del jamón y de los huevos que había servido el japonés, explicó a Josefina de qué se componían sus comidas allá, en los hielos. En vez del bistec comía tasajo de marsopa; la carne de foca no tenía mal sabor, pero era difícil de digerir y se cansaba uno pronto de ella, a menos de tener un estómago de esquimal; la carne de oso blanco era bastante nutritiva, pero muy dura e insípida. La carne de ballena era ya más sabrosa, sobre todo la de la parte de la cola. La carne de narval era casi, casi deliciosa; pero no siempre se encontraba. La carne de los pingüinos se podía comer si no fuese tan difícil encontrar un modo de asarla; únicamente estando a bordo o teniendo en la cabaña alcohol y un infernillo. La

gollería de los esquimales consiste en los huevos de gaviota; los reúnen en grandes cantidades durante el verano, los dejan podrir antes de que comiencen los fríos intensos del invierno, y los dejan helar luego hasta que se pongan duros como el cuarzo. Durante tres semanas que no tuvo nada más que comer, él mismo se nutrió con tan repugnante alimento, masticándolo y chupándolo como si fuera una golosina. Las arruguitas encantadoras que aparecían en la frente de la muchacha cuando ésta oía algo que desaprobaba se dejaron ver unos instantes, y desaparecieron entre risas cuando Keith ponderó con ironía el placer de no vivir sino del aire. Y completó el relato explicando cómo los esquimales se tendían panza arriba para que sus mujeres los alimentaran metiéndoles la comida por la boca hasta que sus barrigas se ponían abombadas y tirantes como el buche de un ave que se ceba para la matanza.

Fue aquél un desayuno digno de recordación. Al terminar, comprendió Keith que había adelantado mucho. Antes de levantarse de la mesa ordenó al criado japonés que fuera a buscarle un cortafrío y el martillo, en el cajón de las herramientas de Brady, lo cual sorprendió a Josefina.

—He perdido la llave de mi baúl y he de forzarlo —dijo como explicación.

La risa de Josefina Conniston fue deliciosa.

—Después de todo lo que me has contado, creía que pedías herramientas para comerte un poco de carne de oso blanco, o unos huevos de gaviota helados —dijo.

Se levantaron ambos y pasaron abrazados a la pieza contigua. Apoyó su cabeza en el hombro de Keith, de tal modo que él no tenía más que hacer un ligero movimiento para besar con sus labios los suaves cabellos de la muchacha. Ella iba trazando planes, que enumeraba y contaba con los dedos. Si él tenía algo que hacer fuera de la casa, ella iría a acompañarle, En cuanto a eso no había duda. Mientras él dormía, ella había recibido un cofre que le mostró, asegurándole que en el tiempo que él empleara en abrir su baúl, ella sacaría su ropa y se vestiría para acompañarle. Iba a ponerse un traje azul muy bonito. ¿Y su pelo? ¿Estaba bien peinada o necesitaba pasarse un poco el peine?

—Estás preciosa, preciosa —aseguró Keith.

Ella se ruborizó ante el ardor de estas palabras. Echóse a reír en seguida comprendiendo lo absurdo del sobresalto, y dijo bromeando:

—¿Cómo es eso, Derwent? Si no fueras mi hermano, hubiera podido creer que te estabas enamorando de mí. Has hablado con una pasión... ¿Tan bonita soy?

Keith sintió una pena violentísima.

—Sí —contestó—; eres preciosa, preciosa.

De puntillas llegó con sus labios hasta la cara de Keith, Ambos se besaron y en seguida ella desapareció corriendo, entre alegres risas, y se metió en su cuarto para vestirse. Desde su cuarto gritó a Keith:

—Date prisa, Derwent; no te hagas esperar, que yo no tardaré en estar arreglada.

Capítulo XIII

En su cuarto, con la puerta cerrada con llave, Keith sintió de nuevo la pena punzante y honda que le produjeron las palabras de Josefina: «Si no fueras mi hermano...».

Estas palabras le golpeaban el cerebro. Le golpeaban también el corazón, Sonaban en su cabeza como el eco de una voz fatal que se burlara de él, que hiciera befa y escarnio de él, como cuando oía las voces, del viento y de la tormenta allá en las soledades boreales y se veía pequeño, débil, inútil delante de un piélago inmenso de fuerzas desatadas. ¡*Su hermano!* Crispáronsele los puños hasta que sus uñas se hundieron en la carne de sus manos. No, no había pensado en estas posibles derivaciones de la lucha, Estaba anonadado. Si no vencía sus sentimientos, si cedía a los impulsos del alma y a los gritos del corazón, se delataría a sí mismo, y eso era lo mismo que entregarse al verdugo. La ley, tan pronto como se supiera que era Keith, y no Conniston, se apoderaría de él y le mandaría ahorcar. Y si ganaba, si se vencía y dominaba, ella sería entonces su hermana para siempre. Eso y nada más. Su hermana, Y la verdad era que ella se le había aparecido hermosa no cuando la miraba con ojos de hermano, sino cuando la consideró con los ojos del corazón. Un implacable destino se había complacido en ordenar las cosas otra vez en contra suya. Tenía que ser Conniston y ella habría de continuar siendo su hermana.

La sangre se le alborotó y, hombre al fin, se dejó llevar de la cólera. La rabia le dominó, y desde lo más profundo de su alma lanzaba imprecaciones contra el destino. Consideró las penas de la vida, las luchas, las amarguras. Se llenó de desesperación. Pensó en la insistencia con que la fatalidad le perseguía, y en su locura conminó a Dios, al Dios todopoderoso, a que no le cerrara todas las puertas, todos los caminos, todas las salidas, todas las esperanzas. Conminábale a que llovieran sobre él las penas, los trabajos, las luchas; pero que le dejara un resquicio a la esperanza, un camino por donde llegar. Un camino áspero y largo, pero un camino, uno.

Tan desesperado estaba, que todo en este mundo le parecía una mentira, y la mentira mayor de todas, para él, en aquel momento era la esperanza. La amargura llenó su alma hasta embriagarle, y desde lo más hondo de su corazón renegó de su suerte. A cualquier lado que volviera los ojos, cualquier cosa que hiciera, cualquier camino que quisiese emprender, era segura la derrota. No había para él ninguna probabilidad de triunfo. La partida estaba irremisiblemente perdida. Desde el día en que mató a Kirkstone, todo le salía al revés, y así habían de continuar las cosas hasta que se muriera. Él había creído en Dios, en la ética emanada de la voluntad de ese Ser Superior que dictó las leyes del orden físico y las del orden moral. Había creído en la

inevitable rendición de cuentas al fin de la vida, y, sobre todo, en la existencia de un poder providencial que presidía el desarrollo de todas las luchas y de todos los esfuerzos y actos de los hombres. Todas estas creencias sufrieron los efectos de su insano furor y se extinguieron en su corazón como se extingue todo lo que sufre los efectos de una fuerza letal incontestable. Se complacía en matar, en conculcar todas esas creencias e ideas, como una bestia furiosa que se complace en hollar, destrozar, pisotear y deshacer los seres débiles que tienen la desgracia de ser atrapados por ella. Todo era mentira, todo era desolación, todo era dolor, todo era desesperanza. Era imposible ganar. Todos los caminos conducían a su perdición. Si confesaba que no era Conniston, la horca; si continuaba mintiendo, la renuncia al amor.

A todo esto, Josefina Conniston cantaba y él oyó débilmente su voz a través de la puerta. Como un acero que vuelve a su posición normal tan pronto se le suelta, Keith recuperó su buen temple. Sus puños se abrieron, la tensión de todos sus músculos y sus nervios cedió, el corazón volvió a latirle con la regularidad de su ritmo, y como ese Dios al que había desafiado le había dotado de un humor a prueba de contrariedades, donde poco antes sólo veía a burlones diablos y a hipócritas que le laceraban el cerebro con su perverso alborozo, vio otra cosa muy distinta; vio a Conniston momentos antes de morir, diciendo en plena agonía, sonriente y sereno: «¡Qué cosas, Keith, qué cosas! Yo te persigo durante tres años, y cuando te tengo, me muero. Más vale así, porque ahora que te aprecio no sabría qué hacer para entregarte».

Sí que era verdad. Tampoco para Conniston la solución era fácil. Si vivía, tenía que entregar a su amigo, o faltar a la ley. Pero Conniston murió. ¡Qué cosas! ¡Qué cosas! Conniston murió sin morir, porque el que murió fue Keith, y muerto Keith, él era Conniston. Conniston, el hermano de Josefina. ¡El hermano! ¡Pues no dejaba de tener gracia la cosa! Y todavía tendría más gracia cuando llegara alguien, se enamorara de ella, se casara con ella y se la llevara. Entonces él, Juan Keith, tendría que mostrar alegría, tendría que apadrinar la boda y asistir a la ceremonia muy gozoso y satisfecho, porque él no era Keith, sino Conniston, el hermano de Josefina. ¿Tenía o no gracia la cosa?

Josefina golpeó con los nudillos en su puerta.

—Derwent —dijo—, una voz femenina te llama al teléfono. ¿Qué quieres que conteste?

—Dile que eres mi hermana. Eso lo primero. Y si es, como presumo, María Kirkstone la que me quiere hablar, dile que ahora, en este momento, me es muy difícil ponerme al habla y que iré cualquier día contigo.

—¿Eso quieres que le diga?

—Mira, esa María Kirkstone... —dijo Keith aplicando la boca a la hoja de la puerta. Mas no continuó, porque advirtió que Josefina ya se había ido.

Keith volvió a su optimismo. Ella estaba cerca de él, queriéndole, perteneciéndole, tomando parte en sus asuntos, ocupándose con interés en sus cosas.

¿No era esto ya bastante? Lo más importante, que era tenerla cerca de sí, ya era una realidad. Lo demás, ¿quién podría pronosticarlo? Había determinado, antes de llegar a ella, irse solo a las montañas que daban origen al río. ¿Por qué no pensar en ir con ella? ¿En ir los dos juntos a establecerse en aquellas remotas soledades? Una vez allí, ¡quién sabe! Algún día podría, acaso, llegar a decirle la verdad de todo.

Con el ánimo más sosegado, cogió el cortafrío y el martillo y comenzó a forzar el cofre. La tarea resultó tan difícil, que las manos le dolían cuando, al fin, las cerraduras cedieron, Keith cogió entonces el cofre, lo acercó un poco más a la luz y lo abrió. Recibió un desengaño. Ni siquiera pudo comprender por qué se había tomado la molestia de abrirlo. Estaba casi tan vacío que nada más con levantar la tapa ya se veía el fondo. El primer objeto que vieron sus ojos fue como un escarnio a su curiosidad: un viejo calcetín con un gran agujero en la punta. Debajo del calcetín había una gorra vieja, de piel, distinta de las que se usan en el Norte de Montreal. Había, además, una cadena atada a un collar de perro, una pistola y un gran revólver, y no menos de un centenar de balas y cartuchos de diferentes calibres. En un extremo del baúl había unos pantalones de montar puestos sin ningún cuidado, y debajo de los pantalones un par de zapatos blancos con suelas de goma. No había razón que justificara el cuidado de guardar aquellos Objetos dispares. Todo aquello no valía nada. En la tienda de un chamarilero hubiera estado mejor. El revólver tenía el gatillo roto, y la pistola no hubiera servido ni para espantar una mosca, disparándola a poca distancia. Revolvió los objetos con enfado, y lo último que llegó a descubrir fue una caja de cartón que había estado oculta debajo de unos cuantos harapos. Era una caja de esas que los zapateros dan con el calzado que venden. Keith levantó la tapa. La caja estaba llena de papeles.

Esto ya era diferente. Puso la caja en la mesa de Brady y se sentó. Examinó primeramente los papeles de mayor tamaño. Eran un par de licencias de caza, expedidas en Manitoba, media docena de mapas con varias señales hechas con lápiz, principalmente del río Paz, y unas cuantas cartas de los secretarios de diferentes Cámaras de Comercio explicándole las ventajas que ofrecían sus respectivas regiones para el colono y el comprador de terrenos. Por último, en la caja de cartón había unos cuantos recortes de periódicos, y un paquete de cartas.

Por estar sueltos cogió primero los recortes, y sus ojos cayeron sobre un título que le hizo estremecer. Inesperado era el descubrimiento que acababa de hacer. El primer recorte le había enterado de algo increíble, inaudito. Había en junto seis recortes, los seis de periódicos ingleses. La redacción era concisa. Nada de digresiones ni rodeos. Keith pudo leer los seis recortes en menos de cuatro minutos.

Los seis decían en síntesis que la policía buscaba a Derwent Conniston, de los Conniston de Darlington, por robo con nocturnidad y escalo, y que las pesquisas continuaban, sin resultado.

Keith no supo dar crédito a lo que había leído. Se pasó la mano por los ojos para convencerse de que no era víctima de una aberración de sus sentidos, Pero allí

estaban los recortes con su fría, clara, implacable redacción.

Derwent Conniston, ese fénix, ese hombre modelo que él había llegado a amar tanto, ese hombre estoico, audaz, valeroso, magnánimo, ¡un ladrón! Era increíble, inaudito, absurdo. Si Conniston hubiese cometido algún homicidio, algún crimen de lesa patria, algún atentado político, alguna fechoría inspirada en alguna pasión, o cualquier delito de otro orden, Keith hubiera encontrado la cosa más verosímil. Pero ¡un robo! ¡Un vulgar robo con nocturnidad y escalo! Eso era imposible, imposible. Keith tuvo que pronunciar esta palabra en voz alta: imposible. Los recortes mentían. Aquellas letras impresas no decían la verdad. Derwent Conniston hubiera sido, tal vez, capaz de matar una docena de hombres; pero no pudo haber llegado nunca a robar. No, no; aquello, era mentira. El robo, por parte de Conniston, era inadmisibile.

Dejó aparte los recortes y pasó a las cartas. Llevaban el matasellos de la estafeta de Darlington (Inglaterra). Las manos de Keith temblaban cuando desdobló la primera carta. Eran, como ya se lo había dicho el corazón, cartas de Josefina. Nueve había en junto. Keith las ordenó según las fechas. Entre la primera y la última de esas nueve cartas habían transcurrido once meses. Estaban todas escritas con letra tan clara como la letra de imprenta. Se puso a leerlas, y mientras pasaba de la primera a la segunda, y de la segunda a la tercera, y así hasta la novena, olvidó que los relojes marchaban, y hasta de que Josefina estaba esperándole. Los recortes le habían enterado de algo increíble. Las cartas le ponían al corriente de muchas otras cosas. Como trozos dispersos que era preciso reunir, una línea aquí y otra línea allá; unas cuantas acá y otras cuantas acullá, en párrafos claros y en párrafos oscuros, iba reconstruyendo Keith la otra parte de la historia. Algo que iba surgiendo del misterio y de la duda, en segmentos y fracciones de segmentos, que reunidos y ordenados formaban un todo claro y explícito. Por las venas de Keith pasó un escalofrío de satisfacción y de triunfo.

Y luego pasó el hombre a la novena y última carta.

La letra era diferente; la redacción también. Era una carta breve, fría, precisa, categórica.

Púsose Keith en pie, sin soltar la carta de la mano, y de su boca salieron mecánicamente estas palabras:

—¡Quién había de decirlo! ¡Quién había de esperarlo!

Pero la exclamación esta vez salió exenta de ironía. Su voz era áspera; sus ojos ardían. Con la imaginación evocaba los desiertos de fría soledad de las regiones boreales, y le parecía estar volviendo a ver a Conniston. Con rabia cogió todos los recortes de periódicos, encendió un fósforo, les prendió fuego y vio los arder hasta que no quedó de ellos sino la exigua cantidad de cenizas a que quedaron reducidos. ¡Qué mentirosa era la vida! ¡Cuántas injusticias se escondían bajo la hipócrita palabra de justicia! ¡Qué monstruo de iniquidad era esa mal fabricada cosa que los hombres llaman ley positiva!

Pero Josefina le esperaba, y no era cosa de hacerla aguardar más tiempo.

Capítulo XIV

Un cuarto de hora después bajaba con Josefina la verde ladera que conducía al Saskatchewan. Iban en dirección de las arboledas de junto al río, y del feraz valle, y de los anchos senderos que conducían a las llanuras donde pacían los rebaños.

La población quedaba detrás de ellos. Eso es lo que Keith deseaba, alejarse de la población, dejar a Mac Dowell, a Shan Tung y a María Kirkstone lo más atrás posible, porque pretendía marchar sin rémoras por la nueva órbita a que se sentía atraído. Lo que más anhelaba era estar solo con Josefina, para convencerse de que estaba decidida a permanecer siempre a su lado para darle alientos, para infundirle el ánimo y el valor necesarios para la gran lucha que se avecinaba. Comprendía que no terminaría el día sin que se encontrara frente a frente con Shan Tung, que tendría que estar nuevamente en contacto con Mac Dowell y que tenía que proceder con cautela, como un pez que nada en aguas traidoras, si no quería caer en las redes que le rodeaban para destruirle apenas se metiera en ellas. Era para él un día crítico. El escenario estaba preparado; el drama a punto de desarrollarse: sólo faltaba levantar el telón. Pero antes del drama había que ocuparse del prólogo. Y el prólogo era Josefina Conniston.

En la mitad de un caminillo del pie de la ladera se quedó Keith cosa de medio paso detrás de Josefina. Allí se pararon y la contempló un rato sin ser observado. Ella iba sin nada a la cabeza, y él se puso a pensar cuán hermoso es el pelo de las mujeres; cuánto más hermoso y deseable que un sinfín de cosas bellas de este mundo. Llevábalo Josefina enrollado en forma seductora; el sol lo transformaba en un nimbo de gloria con irisaciones trigueñas y doradas. Sintió el deseo de llevar su mano a la espléndida cabellera y sepultar sus dedos en ella para sentir la suavidad y el calor de aquellas hebras palpitantes de vida. Y después, al inclinarse un poco hacia delante, se recreó en observar la clara alegría que resplandecía en los ojos de ella, tan hermosos bajo sus largas pestañas. ¡Oh, qué hermosa estaba al contemplar extasiada el bello panorama que le brindaban a lo lejos las montañas occidentales! La lluvia de la noche anterior había refrescado su verdura, el sol las glorificaba en aquel momento con su luz esplendorosa, y los olores a tierra mojada y flores del campo parecían ser el misterioso aliento de la vida de la Naturaleza. Ni el mismo Keith había visto nunca el río más hermoso que en aquel momento. Josefina estaba encantada; él dejaba volar su pensamiento hacia aquel río tan amado, y más allá de ése más allá, hasta llegar a las montañas que se levantaban enhiestas e ingentes hasta dar con sus altas cumbres en los mismos cendales de la bóveda celeste, que filtraban el agua de sus inmensos glaciares y la regalaban abundantísima al glorioso río que tenía su nacimiento en

aquella región de misterio. Josefina, que parecía comprender todo lo que él pensaba, quiso expresar su admiración con estas solas palabras:

—¡Oh, Derwent, cuánta belleza!

El corazón de Keith estaba lleno de felicidad, pues estaba seguro de que ella también miraba las regiones maravillosas con los ojos de la admiración y del deseo. Cogió ella la mano de Keith y los dedos se entrelazaron. Él pudo sentir de este modo los efectos y la impresión que en ella causaban aquellas distancias dilatadas que la vista podía recorrer fácilmente recreándose en la contemplación de los oquedales, de las florestas, de las cañadas, de las lomas y, sobre todo, del inmenso río que como una interminable carretera se perdía en el seno mismo de las grandes montañas. Él habló de aquella tierra maravillosa; ella escuchaba, mientras tanto, con los ojos muy abiertos, con la respiración medio contenida, con la mano fuertemente apretada. Él explicó que aquello no era más que el comienzo de las bellezas del Noroeste. Más allá de aquel horizonte, donde las cimas de los árboles tocaban el cielo, había las praderas; no las monótonas y uniformes praderas que ella había visto desde la ventanilla del tren, sino las de las anchas, gloriosas y divinas tierras del Noroeste, con sus millares de lagos y ríos y sus miles y miles de kilómetros cuadrados de bosques frondosísimos; y más lejos, todavía más lejos, las estribaciones de la cordillera, y más allá de las primeras estribaciones, las montañas. Y entre aquellas montañas, los orígenes del río.

Ella miraba cada vez más admirada. Sus ojos brillaban emulando al sol.

—¡Es maravilloso! —exclamó—. ¿Y más allá está la ciudad?

—Sí; la ciudad y las ciudades: hay muchas.

—¿Y más allá de las ciudades?

—La tierra de promisión —respondió Keith, pensando que tal vez podía ser aquélla para él.

Josefina respiró con fuerza.

—¡Y la gente todavía se empeña en vivir hacinada en las ciudades! —exclamó como si apenas fuese ello creíble—. Yo he soñado muchas veces en un país así, de maravilla; pero nunca me había llegado a imaginar una realidad como la que tengo ahora a la vista. Y tú has estado gozando de este espectáculo años y años, mientras yo... ¡Oh, Derwent!

Y de nuevo estas dos palabras llenaron de alegría el corazón de Keith. Palabras de cariñoso reproche y de expresión de un gran deseo. Porque ella deseaba también ya marchar hacia el Oeste. Sus ojos habían mirado en aquella dirección, y su corazón y su alma habían seguido la dirección de su mirada. Esto hizo que Keith viera iluminado por una brillante antorcha el camino que tenía delante de sí. Estuvo a punto de olvidarse, en su alegría, de que tenía que seguir representando el papel de Conniston. Habló de sus ensueños, sus planes, sus deseos y explicó que el mismo día anterior, un rato antes de la llegada de Josefina, había determinado marcharse. Ella llegó bien a tiempo. Un momento más tarde, y él ya no hubiera estado allí, pues ya

había resuelto abandonar el mundo para internarse en las soledades de aquel lejano país de maravilla, Pero ya que se habían encontrado, irían allí los dos juntos. Se marcharían tal como él había planeado la marcha: calladamente, silenciosamente. No dirían nada a nadie y desaparecerían. Él tenía motivos para desear que nadie tuviera noticias de la marcha, ni siquiera Mac Dowell. La marcha debía ser secreta. Algún día sabría ella por qué. Mientras decía todas estas cosas, el corazón le latía como a un muchacho que está haciendo proyectos para pasar un buen día. Y a ella le sucedía lo mismo. Él pudo advertirlo en la viva coloración de las mejillas y en el brillar de los ojos. Se marcharían pronto, los dos juntos, a la chita callando. Podrían partir a la mañana siguiente, dos días después, o cuando quisieran. ¡Hermosa perspectiva de un porvenir de dicha y gloria, los dos solos en aquel paraíso montañoso que tenían delante de sus ojos!

—Seremos compañeros. Siempre juntos, tú y yo, los dos únicos que quedamos.

Fue ésta la primera referencia que hizo a lo que había aprendido con la lectura de las cartas, y los ojos de Josefina, rápidos como la centella, le lanzaron una profunda mirada de sorpresa. Él confirmó con la cabeza y con una sonrisa. Había entendido su sorpresa y su muda pregunta. Le estrechó la mano y comenzó a bajar con ella el declive que se extendía delante de ellos.

—Muchos de los recuerdos perdidos resurgieron ayer noche, y esta mañana resurgieron muchos más —explicó. Parece imposible que causas hasta cierto punto insignificantes puedan producir efectos considerables.

¿No es cierto? Considera lo que puede hacer un granito de arena dentro de la maquinaria de un reloj.

Señaló su cicatriz con el dedo y dijo:

—Esto fue el granito de arena; mi cerebro fue el reloj. Pero tú has venido a realizar un milagro, y todos mis recuerdos van resurgiendo. Mi cerebro va volviendo a la normalidad, No parece que hayan transcurrido siete u ocho años. Parece más bien que fue ayer cuando el granito de arena se introdujo en la cabeza para descomponer mi cerebro. Mas yo creo que no fue esto lo único que afectó y alteró mi memoria. Ya entenderás esto cuando te lo explique.

Ni aun cuando hubiese sido el mismo Conniston en persona, hubiera podido hablar más sinceramente. Estaba representando admirablemente su mentira; bien es verdad, sin embargo, que para él ya no era una mentira. No vacilaba ya, al hablar, porque había dejado de sentir por completo, vergüenza y remordimientos de conciencia. Luchaba para conseguir que del caos y de las tinieblas surgiera algo hermoso, y digno, y capaz de hacerle amar aún la vida. Luchaba porque se había pasado al partido de la vida y no al de la muerte: al de la felicidad y no al del dolor; al de la luz y no al de las tinieblas. Luchaba por salvar y salvarse, a fin de no destruir y perecer. Por lo tanto la gran mentira no era una mentira, sino una tesis convencional desprovista de veneno y maldad. No era una mentira; era más bien un medio, un camino, un modo de vencer la desdicha para poner en su lugar la felicidad. Era la

gran arma con que tema que obtener la victoria en aquel combate. Sin ella el triunfo era imposible, y el vencimiento era el desastre. Por esto él podía hablar con aquel acento de sinceridad, porque lo que decía le salía del fondo del alma, aunque en el sentido de una dialéctica rigurosa se hubiera podido tachar de falso. Lo que a él le extrañaba era que Josefina le creyera hasta el punto de que ni por un instante la duda se retratara en sus ojos o en sus palabras.

Él la confortó explicándole lo de prisa que iban volviendo a su memoria los recuerdos del remoto pasado. Repasó todo lo que sabía, es decir, todo aquello de que había podido enterarse merced a la lectura de las cartas y los recortes. Lo sucedido no le parecía de un dramatismo especial. Había pasado Keith por acontecimientos demasiado trágicos en los últimos cuatro años para que pudiera asombrarse extraordinariamente de nada. La tragedia de la familia Conniston no era más que una de las infinitas desdichas que pueden afligir a una familia. Lo que más había impresionado su espíritu era el saber que Derwent Conniston no debía de haber sido un gran modelo de hermano mayor, nueve o diez años atrás, cuando Josefina le adoraba precisamente más. Unos veinte años debía de tener entonces Conniston: Los de este apellido en la ciudad de Darlington eran el tío y la tía de Derwent y de Josefina, El tío era un personaje de bastante influencia y consideración dentro del gremio de los constructores de barcos. Con tío y tía habían vivido los tres hermanos, es decir, Derwent, Josefina y Egberto. Entre unos y otros no reinaba la armonía. Los viejos eran egoístas, avaros, no querían a sus sobrinos, y los tres pobres hermanos Conniston llevaban en Darlington una vida miserable. Derwent, cuando tuvo alguna edad, se marchó de la casa. Todo esto era lo que pudo averiguar Keith al leer las cartas; pero faltaba mucho que saber. Egberto, según las conjeturas que formó Keith, debía de ser un bribón y debía de tener siete u ocho años menos que Derwent. En las cartas, Josefina se refería a; él llamándole «el pobrecito Egberto»; siempre que hablaba de él, lo hacía más en términos de conmiseración que de censura, aunque era Egberto el causante de la tragedia y de la separación de los otros dos. Una noche había abierto Egberto la caja de caudales de Conniston y en la oscuridad había sostenido una lucha, pero pudo encapar. El delito fue atribuido a Derwent, quien, por no acusar a su hermano, cargó con la responsabilidad de una falta que no había cometido. Derwent huyó entonces a América, prometiendo antes a Josefina que allí día volvería a buscarla. Su mismo tío le quería entregar a la Justicia, y varias veces había asegurado que, si se podía cazarle, tan pronto supiese su paradero le denunciaría a la policía. Algún tiempo después «el pobrecito Egberto» amanecía muerto en la cama. Tal vez los remordimientos no le dejaron vivir. Keith suponía que Egberto debía de ser un individuo física y psíquicamente débil.

—Ya estaba yo a punto de irte a buscar —explicó Keith a Josefina—, cuando recibí el tiro en la frente.

Se pararon y dio a leer a Josefina una de las cartas halladas en el baúl. En unos instantes ésta la leyó y quedóse pasmada.

Era una carta del tío. En unas diez o doce líneas decía a Derwent que Josefina se había muerto y le reiteraba la amenaza de ser él mismo quien le entregara a la policía, si por acaso Derwent se atrevía a volver a Inglaterra.

Un grito de horror se escapó de los labios de Josefina.

—Ya entiendo ahora —añadió—. Ésta fue la causa: de que no fueras a buscarme.

—Sí; la carta y el tiro que recibí en la cabeza —respondió Keith, fiel siempre al papel que estaba representando—. Carta y tiro llegaron aproximadamente al mismo tiempo, y ambas cosas actuaron dentro de mi cabeza como el grano de arena que entra de pronto en; la maquinaria de un reloj.

Era difícil mentir en aquel momento, sin dejar de contemplar aquella cara pálida de emoción y aquellos ojos preciosos cuya mirada penetraba en el alma de él = y la inflamaba.

Durante un rato pareció ella no oír su voz, o, acaso no entender sus palabras. Por fin, con la carta todavía; entre sus manos, prorrumpió:

—Todo lo comprendo ahora. Yo estuve enferma casi¹ durante todo un año. Los tíos debieron de creer que iba a morirme. Entonces te escribieron aquella carta. Y destruyeron las mías, y cuando yo empecé a curarme me dijeron que tú estabas muerto, y por esto yo no te volví a escribir más. Yo quería morirme. Pero, algún tiempo después, el coronel Reppington vino a buscarme, y con voz que temblaba de emoción me dijo que estaba persuadido de que tú estabas vivo. Un amigo suyo acababa de llegar de la Columbia Británica y le había escrito contándole que en una cacería que había realizado había encontrado a un inglés que se llamaba Conniston. Escribimos un centenar de cartas y logramos, al fin, que una llegara hasta el hombre que había dado contigo. Nos contestó dándonos más detalles, y desde entonces ya no pude dudar de que tú estabas vivo. Pero no sabíamos cómo podríamos hacer llegar nuestras cartas hasta ti, y me decidí a venir a buscarte.

Era evidente que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos; pero un esfuerzo de voluntad impidió el llanto.

—Y, al fin, te he encontrado —concluyó con expresión de triunfo.

Josefina se recostó sobre el hombro de Keith y él la cogió por el talle, y así continuaron paseando. Josefina iba hablando para contar su llegada a Halifax. El coronel Reppington le había dado cartas para algunas personas de Montreal y Winnipeg. Un día vio el nombre de su hermano en un periódico, enteróse así de que estaba en Prince Albert y tomó inmediatamente el tren para ir a reunirse con él. Cuando ella hubo explicado todo esto, Keith, señalando una vez más el Oeste, comentó:

—Y ahora allí está nuestro nuevo mundo. Olvidaremos el viejo. ¿No es cierto, Josefina?

—Sí —contestó ella, y continuaron los dos andando, confiados y felices.

Capítulo XV

Aprovecharon los esplendores de aquella mañana de oro para continuar su paseo. Iban pisando la tierra húmeda; respiraban el aire perfumado por los bálsamos de los cedros y recreaban su vista con el encanto de una Naturaleza maravillosa. Llegaron, por fin, hasta el mismo río y se pusieron a mirar los bancos de arena que brillaban bajo los rayos del sol. Ya no veían la ciudad. Ningún ruido de ella llegaba hasta sus oídos. Y recorriendo con la vista el gran Saskatchewan, el río misterioso de las leyendas y de suave y eterno murmullo, que tenían delante de sus ojos, vieron la ancha puerta a través de la cual podían llegar hasta las tierras del Noroeste. Keith señaló al río. Señaló los bancos de arena amarilla, las luminosas riberas, y comentó cómo a más de mil kilómetros de distancia llegaba todavía el oro arrastrado por el río desde las montañas, el oro cuyos yacimientos nadie había podido descubrir, pero que forzosamente tenían que estar ocultos detrás de los orígenes del río. Él había soñado siempre en realizar el descubrimiento, y, puesto que ella había llegado a tiempo, irían juntos y explorarían juntos las lejanas tierras.

Andaban despacio, e insensiblemente fue metiéndose él por su camino de tal modo que al cabo de un rato llegaron al oquedal que daba sombra a su antigua casa. Su corazón le daba saltos en el pecho. La respiración misma parecía efectuarse con dificultad. La arboleda ya no estaba despejada. Durante los cuatro años, la vida vegetal había continuado su curso y el suelo estaba cubierto de abundante maleza.

Estaban muy cerca de la casa cuando Josefina la vio y exhaló una exclamación. Porque se daba cuenta de que aquello era no ya una casa descuidada, sino una casa abandonada. Josefina había adivinado una tragedia en aquel hogar. Se había dado en seguida cuenta de que parecía falto de vida, a pesar de que tenía el aspecto de estar habitado.

Era un chalet de madera con una gran chimenea encarnada a un lado. En las ventanas se notaban todavía los visillos y los estores a medio descorrer. En el mirador que daba al río había tres sillas; pero algunos cristales del mirador estaban rotos y las sillas veíanse medio arruinadas. Aquello no era una casa habitada por personas; aquello parecía la mansión de los espíritus.

Miró a Keith y, al ver la expresión de su cara, se convenció de que estaban en presencia de una casa en la que había algo anormal.

—¿Qué es eso? —preguntó ella con interés.

—Es la casa de Juan Keith tal como él la dejó hace cuatro años.

Ella se volvió entonces a mirarle. Era evidente que su hermano sostenía una lucha en su interior. Se advertía en la tensión de los músculos de su cara y en que apretaba

con más fuerza que nunca la mano que ella le había abandonado.

—¿La casa de Juan Keith? —murmuró ella mecánicamente.

—Sí; la casa de Juan Keith.

Ella fue a apoyar ligera y afectuosamente la cabeza en el brazo de_ Keith.

—Debes de haberle querido mucho, Derwent.

—Sí, mucho.

Soltó Keith la mano de Josefina, y las suyas se cerraron nerviosas. Su cara estaba pálida, y sus ojos miraban con tanta fijeza que parecían de vidrio. Ella se asustó. Él sacó una llave del bolsillo y dijo:

—Prometí a Keith, cuando murió, que vendría a visitar su casa. Él tenía mucho cariño a su hogar y deseo cumplir lo prometido. ¿Quieres acompañarme?

—Sí —contestó ella con decisión.

La llave abrió la puerta que daba acceso directo al mirador. Al abrirse, girando sobre sus enmohecidos goznes, dejó al descubierto el desierto y abandonado interior de la casa. Keith entró primero. En una sola ojeada pudo comprobar que nada había cambiado. Todo estaba en la misma posición y en el mismo lugar que él lo había dejado la noche aquélla en que salió decidido a obligar al juez Kirkstone a otorgarle la justicia que iba a pedir para su padre. Una cosa le llamó la atención. En la polvorienta mesa había un tazón y una cuchara. Recordaba muy bien la leche y el pan que había tomado, como única cena, aquella noche. No podía, pues, extrañarle que el tazón estuviera allí, sobre la mesa; pero le llamó la atención precisamente como detalle minúsculo y sencillito. El tazón y la cuchara estaban todavía allí después de cuatro años. No pensó en que estas dos cosas eran tan imperecederas como todas las demás; el milagro consistía en que estuvieran todavía allí como si hubiesen servido para la colación de la noche anterior. Cuanto más insignificantes los detalles de la habitación, más fuertemente le impresionaban, y tuvo que sobreponerse muy seriamente para poder disimular su gran emoción.

—Me advirtió todo lo que encontraría aquí —dijo Keith volviéndose hacia Josefina Conniston—. De todo me habló, incluso de este tazón y de esta cuchara. Se ve que tenía mucho cariño a la casa. No pudo nunca olvidar el menor detalle de cuanto aquí se encierra.

Después de decir esto quedó Keith como aliviado. El viejo y querido hogar era para él un caudal de tiernos recuerdos, y se atrevió a ir contándoselos a Josefina, mientras recorrían y examinaban toda la casa, como si no hiciera más que repetir lo que había oído de Juan Keith, a quien él, Derwent Conniston, había perseguido y capturado para asistirle luego en su agonía y enterrarle después de su muerte. Estuvieron un buen rato contemplándolo todo, hasta que Josefina, cada vez más conmovida, preguntó al que creía que era su hermano:

—Pero tú no fuiste quien le mató, ¿verdad?

—No; no fui yo. Fue la ley. Murió, como ya le he dicho, de una congestión pulmonar. Era un buen hombre. Llegué a apreciarlo tanto que en sus últimos instantes

hubiera querido de buena gana dar mi propia vida, si ello hubiese sido posible, a fin de salvar la suya, Mac Dowell no ha de saber esto. Tú no debes hablar nunca de Juan Keith delante de Mac Dowell.

—No tengas miedo, Derwent, no hablaré.

—Y tampoco ha de saber que hemos estado tú y yo aquí. Para él, Juan Keith es un vulgar asesino al que hubiera querido hacer ahorcar.

La joven le miraba de una manera extraña. Él nunca la había visto mirarle de aquel modo.

—Derwent —murmuró.

—¿Qué quieres?

—Dime, Derwent, ¿está vivo Juan Keith?

Fue aquella pregunta como un trallazo. No pudo evitar una sacudida delatora en todo su cuerpo. Se sobrepuso, pero demasiado tarde ya. Lo inesperado y rápido de la interrogación le había hecho perder momentáneamente la serenidad. No pudo responder porque ella misma le tapaba la boca con la mano.

—No; no me respondas —le decía—. Ya sé, ya sé que vive, y me alegro, sí, me alegro de que viva. Está vivo, y tú, el hermano de quien tan ufana y tan orgullosa estoy, es quien le ha dejado vivir y el que le ha devuelto la libertad. Todos creen que está muerto; pero vive. Lo sé, lo comprendo; pero no me lo digas, Derwent, no me lo digas. Guarda tu secreto; no digas a nadie que Juan Keith vive.

Ella temblaba, muy pegada a él. Él la rodeó con sus brazos, la estrechó más y la retuvo más tiempo que otras veces. Le besó varias veces el cabello y una vez los labios. Ella repetía:

—No me contestes, no; no me contestes.

—Sí, quiero contestarte, porque confío en ti y porque te quiero, y porque es preciso que lo sepas, Sí, Juan Keith vive.

Capítulo XVI

Una hora después marchaba Juan Keith solo en dilección de la Inspección de Policía, Estaba contento a causa del éxito de la mañana. Desde que había abierto el cofre de Conniston habían sucedido muchas cosas y ya no tenía delante de sí el negro telón del misterio. La principal causa de su alegría era Josefina, porque estaba decidida a ir con él río arriba, hasta allí donde nacían las aguas. Estaba decidida, mejor dicho, a ir con él donde él quisiera; a cualquier sitio, con tal de ir con él. Cuando se enteró de que Keith estaba a punto de cumplir, de que si se reenganchaba tendría que separarse de ella cada vez que el deber le obligara a ausentarse, ella le instó para que no se reenganchara. No le preguntó nada cuando él le dijo qué tal vez sería necesario marchar precipitadamente sin dejar conocer por anticipado sus designios a nadie, ni siquiera a Wallie, el criado japonés. Intuitivamente comprendió que una marcha precipitada había de tener alguna relación con el asunto de Juan Keith, porque él le había dicho que si Mac Dowell descubría que había dejado en libertad a Keith, la ley le castigaría con sumo rigor. Y, desde luego, la consecuencia inmediata sería que tendría que estar lejos de ella todos los años que durase el castigo. Con este temor, ella estaba tan impaciente como él y deseaba emprender la marcha cuanto antes.

Otra cosa alegraba a Keith. Ya no era el hombre fementido que apoya toda su fuerza en una mentira, porque por una bendita casualidad había podido confesar a Josefina que Juan Keith vivía. Él le había confiado esta capitalísima verdad, y esta confesión había servido para tranquilizar su conciencia y para establecer entre los dos la intimidad y camaradería de las confidencias. Ni por asomo se le había ocurrido a ella la idea de censurarle por el supuesto acto de haber dado la libertad a Keith. Aprobaba, al contrario, con todo su corazón este acto, y era feliz pensando en que Juan Keith vivía.

Conocida ya la historia de la casa que habían visitado juntos en el oquedal de junto al río, Josefina deseaba ir a conocer a María Kirkstone, hija del hombre a quien el dueño de aquella solitaria casa había dado muerte. Keith le prometió que irían juntos aquella misma tarde. Tenía, sin embargo, poca seguridad de poder cumplir su promesa. Había muchos sucesos en perspectiva y no sabía cómo concluiría todo. En realidad no pensaba mucho en nada de ello. Su cabeza, su alma, su corazón, todo su ser estaba lleno de los proyectos trazados a base de su huida en compañía de Josefina. Aquél era para él un día crítico. ¿Cómo saber, sin embargo, lo que la suerte le reservaba, antes de entrevistarse con Shan Tung?

Cruze, el secretario de Mac Dowell, se paseaba lentamente por su oficina cuando

Keith entró. La cara de Cruze reflejaba preocupación o mal humor. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y aplacaba su excitación fumando nerviosamente un cigarrillo. Cuando vio a Keith pareció desarrugar un poco el ceño.

—No sé lo que le pasa esta mañana al inspector —explicó señalando con la cabeza la puerta del despacho—. Tengo órdenes de no dejar entrar en su despacho a nadie más que a usted.

—¿Pues qué ocurre? —indagó Keith.

Cruze se encogió de hombros, sacudió la ceniza del cigarro, y con un gesto de inteligencia dijo:

—Shan Tung.

¡Shan Tung! Todos los nervios le vibraron, y por un instante Keith creyó que había dejado traslucir claramente la enorme impresión. Shan Tung había estado allí temprano, y Mac Dowell le estaba esperando después de dar instrucciones para que no dejaran entrar en su despacho más que a él. Si el chino le había denunciado, ¿cómo es que Mac Dowell no había enviado inmediatamente a prenderle? Ésa fue la primera pregunta que se hizo Keith. Y se la contestó así: Mac Dowell no le había enviado a prender porque, odiando a Shan Tung, no había creído la historia que éste le había contado. Pero estaba dispuesto a investigar y comprobar la delación. Keith, al pensarlo, sintió un intenso escalofrío.

Cruze, a todo esto, le miraba con fijeza.

—No sé qué tendrá ese Shan Tung —dijo—, que cada vez que viene se alborotan y desmandan los nervios del inspector. Y lo que es hoy, más que nunca. Tiene mucha prisa en verle a usted, señor Conniston. Me ha mandado lo menos una docena de veces esta mañana que le llamara a usted por teléfono.

Tiró el cigarro, se volvió y se dirigió al despacho de Mac Dowell. Keith sintió ganas de llamarle, de detenerle, de saltar sobre él y de apartarle de aquella puerta siniestra. Pero permaneció quieto y callado, los breves instantes necesarios para que Cruze llegara hasta el despacho de Mac Dowell. La siniestra puerta se abrió. Cruze anunció su presencia y Mac Dowell apareció en persona.

—Entre usted, Conniston —dijo—. Entre usted.

No pronunció aquellas palabras con su voz de siempre, las pronunció con voz hosca, terrible. Era la voz de un hombre que trata de dominarse para no dejar escapar su cólera. Keith se consideró perdido. En seguida su mente se puso a combinar su última defensa. Pensó en saltar sobre Mac Dowell, taparle la cabeza con un paño, atarle y amordazarle, incluso en el caso en que Cruze penetrara en la estancia. En este caso lucharía con los dos, los vencería y se escaparía luego por la ventana; iría en seguida a buscar a Josefina y con ella se internaría en los bosques antes de que sus perseguidores pudiesen darle alcance. Por lo tanto su asombro no tuvo límites cuando Mac Dowell, cerrando la puerta, cogiéndole la mano con no fingida amistad, le dijo:

—Me ha de dispensar usted por haber molestado a su hermana esta mañana a una hora intempestiva mientras usted dormía. Se negó a despertarle; hizo bien. Siéntese,

Conniston, que he de hablarle. Voy a hacer estallar una mina a sus pies.

Se sentó en su sillón y se atusó el marcial mostacho, mientras sus ojos miraban fijamente a Keith. Éste esperaba con ansiedad. Le parecía estar viendo a una fiera pronta a echarse sobre él.

—¿Qué es lo que sucedió ayer noche? —preguntó Mac Dowell.

Keith pensó que Mac Dowell quería sondearle y contestó con la mayor serenidad posible:

—Lo suficiente para que yo comprendiera que tengo que ir a buscar a Shan Tung esta noche.

—Entonces, ¿tenía yo razón?

—Creo que sí, pero lo sabré más seguro después de hablar con Shan Tung.

Keith sonrió siniestramente al decir esto, porque notó que la mirada de Mac Dowell no era más ñera que la suya. El hombre de hierro respiró profundamente.

—Si algo ocurre —dijo éste, mirando a otra parte como si estuviera hablando consigo—, si él le ataca a usted...

—Sería necesario matarle en defensa propia —concluyó Keith.

Mac Dowell no contestó nada. Lo mismo que si no hubiese oído. Keith vio que había puesto el dedo en la llaga. Entonces continuó hablando para explicar lo que había sucedido la noche anterior en casa de María Kirkstone. La cara de Mac Dowell se puso de color de púrpura cuando él le habló de los indicios de haber estado Shan Tung en la casa de la colina. Pero con un poderoso esfuerzo contuvo su enojo.

—¡Claro está, claro está! —exclamó conteniéndose: para no estallar—. Ya sabía yo que había ido allí, Y esta mañana los dos me lo han negado. Los dos, ¿sabe usted? ¡Los dos! Ella me ha mentado mirándome directamente a los ojos. Y él también me ha mentado, burlándose de mí, riéndose en su interior. Y además, me ha dicho algo que no puedo creer.

Al decir esto se puso de pie y comenzó a andar de un lado a otro de la sala, como agitado por ideas extrañas. De repente se volvió hacia Keith y le lanzó a quemarropa esta pregunta:

—¿Por qué no trajo usted consigo a Keith, o, por lo menos, por qué no trajo usted una confesión escrita y firmada por él antes de su muerte?

El golpe era demasiado fuerte, y Keith se desconcertó un poco.

—¿Qué puede tener que ver Keith con Shan Tung? —preguntó.

—Más de lo que acertaría a explicarle ahora Conniston. Pero, ¿por qué no traería usted la confesión de Keith? Los moribundos no suelen negarse a este género de confesiones.

—Los moribundos que gimen bajo el peso de los remordimientos de conciencia, ciertamente, no suelen negar en esa hora suprema sus crímenes; pero Keith no era un hombre de éstos. Keith murió diciendo que si el juez Kirkstone murió de resultas de alguno de los golpes que él dio en la refriega entablada la noche que él estuvo en la casa del juez, no lamentaba haber sido él la causa de la muerte de aquel hombre.

Según él, el juez Kirkstone merecía la muerte y, por lo tanto, él no lamentaba nada ni se consideraba criminal en ningún caso. No obstante, murió diciendo que no estaba seguro de haber dado en la refriega el golpe que mató al juez. ¿Cómo quería usted que en estas condiciones me firmara una confesión escrita de su culpabilidad?

Mac Dowell se dejó caer en su silla.

—Lo malo del caso es que legalmente no hay modo de proceder contra Shan Tung —murmuró—. ¿Qué delito podríamos imputarle? María Kirkstone es dueña de sus acciones, y si voluntariamente se conforma con ser la víctima de ese hombre diabólico, allá ella; ante la ley es tan inocente como usted o como yo. Legalmente nosotros nada tenemos que ver con él ni con ella; pero moralmente...

Detúvose lanzando a Keith una mirada que le penetró hasta la médula.

—Shan Tung le odia a usted —continuó diciendo Mac Powell—. Si pudiera, si creyera que la ocasión le era propicia...

Detúvose de nuevo, misterioso y sibilino, como si quisiera que el otro adivinase lo que él no quería decir. Keith, imitando uno de los gestos que habían sido habituales en Conniston, encogió un hombro y se retorció el bigote, sonriendo con frialdad al ponerse en pie.

—Y esta noche Shan Tung creerá que ha llegado el momento —dijo claramente esta vez—. Creo que lo mejor será que yo vaya. Yo también deseo verle y encontrarme con él.

; Mac Dowell acompañó a Keith hasta la puerta. La expresión de su cara había variado. Se notaba que estaba impaciente y ansioso. Asió de nuevo la mano a Keith, y antes de despedirle le dijo:

~Si ha de suceder algo, que suceda en el campo o en la calle; nunca en la misma guarida de Shan Tung.

Keith se despidió preocupado y desorientado. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué no le había prendido? ¿Qué interés podía tener Mac Dowell en la confesión escrita de Keith? ¿Sospechaba o no sospechaba Mac Dowell? Y no acertando a contestar ninguna de estas preguntas, Keith se marchó hecho un mar de confusiones.

Capítulo XVII

Keith no perdió tiempo en ir a buscar a Shan Tung. Parecía un hombre que juega al ajedrez y que está en un momento en que las jugadas se suceden con tanta rapidez y con tanta complicación que su cerebro no puede hallar un punto de reposo. Cada hora que pasaba le colocaba en el trance de tener que atender a nuevos sucesos imprevistos. Mac Dowell mismo era quien le había sugerido quizá el medio más seguro para ganar definitivamente la partida. El hombre de hierro, el discípulo de la ley, que no sabía lo que era piedad cuando se trataba de exigir ojo por ojo y diente por diente, le había dado a entender que el mundo podía prescindir muy bien de la existencia de Shan Tung. El hombre que nunca había admitido excusa ni justificación delante de un homicidio, le había insinuado la necesidad de suprimir a Shan Tung.

Keith sentía indignación y sorpresa. «Si ha de suceder algo, qué suceda en la calle o en campo abierto, nunca en la misma casa de Shan Tung», le había dicho Mac Dowell. Eso implicaba la presunción fría y meditada de que si Shan Tung aparecía muerto, la muerte se le habría dado en legítima defensa. Keith estremecíase ante tal idea. En realidad, el mismo Mac Dowell le había abierto el camino, con esta insinuación, para que se desembarazara de su más terrible enemigo, del único peligroso, del único que le había descubierto y sabía quién era, del que, en cualquier momento, podría denunciarle y perderle. Una vez puesto en el caso de perderse o de matar, podría tal vez optar por lo segundo, en la seguridad de que Mac Dowell le sacaría libre de culpa.

Llegó al café de Shan Tung y entró en él. El local aparecía muy diferente de como Keith lo dejó. Durante aquellos cuatro años se habían hecho grandes reformas. Tan pronto como puso el pie en el interior del establecimiento notó el aire y gusto orientales del decorado. La elegancia y hasta la riqueza que allí se observaban parecían más bien propias de una gran población. Se veía que, en la instalación de todo aquello, Shan Tung se había gastado una buena suma de dinero. No había, sin embargo, allí nada chillón. Las mesas eran verdaderamente regias, macizas, sólidas, bruñidas y labradas con bonitas molduras. La mantelería y la vajilla eran, como el mismo Shan Tung, de una pulcritud extremada. Los biombos, magníficamente bordados, estaban tan bien distribuidos que era imposible ver todo el local con una simple ojeada. Únicamente se veían partes del mismo. Las pocas voces que Keith oyó en aquella hora temprana, apenas alcanzaban la mitad del diapason normal; las personas estaban discretamente ocultas detrás de sendos biombos. Los chinos, extremadamente pulcros, que servían movíanse con presteza y sin hacer ruido, como Ion lince. Otro chino permanecía quieto en el fondo del establecimiento, como si

fuera una estatua. Tenía un cigarrillo en la boca y vigilaba como un sabueso. Era Li King, el hombre de confianza de Shan Tung.

Keith se aproximó a él. Cuando estuvo suficientemente cerca, Li King le saludó con una ligera inclinación de cabeza y se quitó el cigarrillo de la boca. Con una cortesía algo insolente le preguntó:

—¿Qué busca?

Keith comprendió en seguida que Li King había recibido instrucciones, que le estaba esperando y que le espiaba con atención para contar luego a Shan Tung todo lo que hubiese observado. Convencido de ello, Keith dio una de las tarjetas de Conniston y ordenó:

—Lleve esta tarjeta a Shan Tung. Me espera.

Li King miró la tarjeta; la contempló un rato con fingida estupidez y, meneando la cabeza, aseguró:

—Shan Tung no está en casa. Ha salido.

Keith comprendió que era inútil preguntar dónde estaba, o si había de volver pronto. Li King se hubiera encastillado en decirle que él lo único que podía asegurar era que su amo se había ausentado y que de lo demás no sabía nada. Keith sintió impulsos de coger a aquel hombre amarillo por el cuello y obligarle a soltar alguna referencia; pero comprendiendo que Li King observaba y que daría cuenta a Shan Tung de todo lo que pudiese notar, se dominó, y mirando al reloj, se dirigió al mostrador para comprar un cigarro; luego se marchó diciendo que volvería más tarde.

Al salir a la calle tomó una decisión. No había tiempo que perder ni era cosa de andar con titubeos. Tenía que hallar a Shan Tung lo antes posible y, pensando en que María Kirkstone había, de saber dónde estaba el temible chino, se fue a la casa de la colina para preguntarle y averiguar lo que tenía interés en conocer. Mas recibió un nuevo chasco. María Kirkstone tampoco estaba en su casa. Por lo menos, nadie respondió a las llamadas.

Keith se fue entonces a la estación. Preguntó a mucha gente, pero nadie había visto a Shan Tung. Aquella mañana no había salido más que un tren, y los empicados de la estación aseguraban que Shan Tung no había salido en él. Forzoso era deducir, por lo tanto, que Shan Tung no estaba lejos de Prince Albert. Keith se imaginó que el chino y María Kirkstone debían de estar juntos, y su repulsión se extendió lo mismo al uno que a la otra. Contrariado por el escaso éxito de sus gestiones, volvió al despacho de Mac Dowell. Esta vez era él quien iba a interrogar. Puesto de pie enfrente del inspector e inclinándose un poco hacia él, habló así:

—A decir verdad, las relaciones de Shan Tung y María Kirkstone es asunto de ellos. Que él sea amarillo y ella blanca no basta para que nosotros nos creamos en el caso de considerar el asunto como cosa nuestra. Acabo de tener un presentimiento, y yo creo en los presentimientos, especialmente en los que se manifiestan con fuerza especial, y éste que he tenido yo ahora ha sacudido todo mi ser. Dígame, inspector, ¿dónde está el hermano de María Kirkstone?

Mac Dowell estaba pensando en las primeras palabras de Keith.

—No se trata de relaciones. ¡Si no se tratase más que de algo entre ellos dos! Pero es el caso que Shan Tung...

—Bien, bien —interrumpió Keith repitiendo su pregunta con un énfasis especial en cada palabra—. ¿Dónde está el hermano de María Kirkstone? Dígame, inspector, ¿dónde está?

Mac Dowell estaba desorientado. Keith lo notó y aguardó.

Después de un rato de silencio, Mac Dowell se levantó de su asiento, llegó hasta la ventana, miró a la calle durante unos instantes y volvió otra vez al centro de la habitación retorciéndose el mostacho gris de un modo que denotaba la emoción de que estaba poseído. Habló al fin para decir:

—Vaya, Conniston, se da usted gran maña en resolver los detalles. He de confesar que muchas veces las preguntas que se refieren a detalles de orden secundario son las más difíciles de contestar.

—Pues muchas veces son las más importantes y las que más directamente se dirigen al esclarecimiento de un asunto —añadió Keith—. Por eso ahora —continuó diciendo— a mí se me figura que nada podría ayudarnos tanto como conocer el paradero actual del hermano de María Kirkstone, junto con los motivos que tiene para no estar aquí a fin de salvar a su hermana. Dígame, inspector, ¿dónde está?

No lo sé. Hace cosa de un mes que no se le ve por la ciudad. La hermana asegura que el chico está en la Columbia Británica ocupado en un asunto de minas. Pero no sabe decir con exactitud en qué punto se encuentra actualmente su hermano.

—¿Y usted la cree?

Los dos hombres se miraron. Ambos se habían comprendido y no había lugar a equívocos.

Mac Dowell sonrió reconociéndolo:

—No, Conniston, no la creo. Pienso más bien que es la más bonita y linda embustera que conozco. Y estoy persuadido de que no miente a tontas y a locas, sino con cálculo y resolución. ¿Cómo es posible creer que el zanguano de Pedro Kirkstone se haya interesado en ningún negocio minero o industrial? Y el caso es que, aunque parezca absurdo, la gentil María idolatra al gordinflón de su hermano. He hecho gestiones para que se le buscara en la Columbia Británica, pero sin resultado. Yo veo en esto una prueba más de que las relaciones entre Shan Tung y María Kirkstone no son voluntarias por parte de ésta. Ella miente; no hace más que mentir. Si dijese la verdad...

—Hay verdades que uno no puede confesar jamás —interrumpió Keith—. Esas verdades, quien las quiera saber ha de descubrirlas, y yo voy a continuar mis gestiones esta tarde. He tenido otro presentimiento y creó que podré comunicarle algo interesante antes de la noche.

Diez minutos después, mientras marchaba en dirección a la casa de Brady, trazaba planes respecto a lo que convendría hacer. Por la tarde iría a ver a María Kirkstone

para preguntarle dónde tenía a su hermano. Volvería luego a ver a Mac Dowell, insistiría en la importancia de encontrar a Pedro Kirkstone, dándole a entender que había logrado averiguar datos con los que esperaba poder dar con su paradero, y conseguiría así una licencia para irse inmediatamente a la Columbia Británica. Se iría, claro está, con Josefina Conniston, escribiría dando algunas largas al asunto con dificultades supuestas y cuando llegara el término de su compromiso declararía a Mac Dowell que no habían tenido éxito sus gestiones y que había resuelto no reengancharse, a fin de poder ir con su hermana a Australia. Y tan pronto como depositara la carta en el correo emprendería con Josefina la marcha en dirección a las montañas occidentales. Las cosas se presentaban de modo que su partida iba resultando cada vez más fácil, y en su alegría no atribuía Keith al asunto de María Kirkstone más importancia que la que resultaba de ser ella un elemento que entraba en la realización de sus propios planes. Lo único que le interesaba en aquel momento era salvarse para pasar toda la vida al lado de Josefina Conniston.

Josefina debió de estar aguardándole desde la ventana, porque antes de llegar a la casa la vio Keith venir corriendo para reunirse con él. Lo primero que hizo fue reñirle por llegar tan tarde. Después le cogió para pasarle el brazo alrededor de su cuerpo, y ambos subieron así hasta la casa.

—Derwent —dijo la muchacha— ¿es costumbre aquí que las señoritas hagan visitas a los hombres?

—No sé: depende... Sin duda tú quieres decir que...

—Sí, Derwent, sí, es muy bonita tu amiga. Ha venido y la he visto, y me parece muy bonita. No puedo censurarte, pero tampoco puedo ocultarte que la cosa no me hace demasiada gracia.

Él la estrechó tanto, que le hizo dar un grito. La exquisita suavidad del cuerpo de la muchacha era un encanto para él.

—Ten cuidado, Derwent; no aprietes tanto, que haces daño.

—Tonta, si no he podido evitarlo. Tú misma me has hecho apretarte con lo que me has dicho. ¡Si supieras lo que me gusta que eso te desagrade! No tengas miedo, que nadie te restará a ti ni una pizca del cariño que te tengo. A ti sola quiero, y a ti he de querer toda mi vida.

—¡Oh, no creas que tenía celos! —protestó ruborizándose—. Pero como te llamó dos veces por teléfono, y por último vino ella misma en persona, y la vi, y me pareció bonita...

—Hablas, claro está, de María Kirkstone.

—Sí; tenía, por lo visto, mucha prisa en verte.

Todo iba tomando para él un cariz prosaico; todo, hasta la inesperada visita de María Kirkstone. Keith no se molestó mucho en conjeturar el motivo que hubiera podido tener la muchacha, porque en aquel momento no tenía cabeza más que para pensar en su situación, en las probabilidades que tenía de llegar a las montañas acogedoras, sin tropiezo y en compañía de Josefina, a quien iba a confiar sus

pensamientos a fin de que estuviese preparada para la partida.

En la meseta de la colina que Brady había elegido para construir su casita había grupos de abedules, y a la sombra de dichos árboles un banco en el cual Keith fue a sentarse con Josefina. Allí le expuso circunstancialmente todos sus planes. Las mejillas de la muchacha se colorearon; líos ojos retrataron el entusiasmo y la alegría. Era evidente que ella sentía ya por anticipado gran parte de las interesantes emociones que los aguardaban a los dos en aquel país de oro y misterio. Él insistió en la necesidad de guardar el secreto, porque su seguridad y la felicidad de ambos dependía de que nadie conociese sus intenciones. En cierto modo era aquello una conspiración entre los dos. Tal vez partieran aquella misma noche, tal vez a la mañana siguiente.

Una vez planeado y combinado todo, él ya no hubiera seguido hablando; pero el calorcito de la mano de Josefina y los bonitos ojos de la muchacha mirándole con cariño le; hicieron sentir un irresistible deseo de vaciar todo su pecho, explicándole por qué se interesaba por María Kirkstone; únicamente por lo que el asunto de ella y de Shan Tung podía coadyuvar a la realización de sus propios planes. Por lo demás, ¿qué le hubieran podido importar a él las relaciones de la muchacha con el chino? ¡Allá ella, si no sabía defenderse! Tenía, además, por otra parte, a Mac Dowell, que no deseaba más que ayudarla y protegerla; y a su hermano, que tenía obligación de no abandonarla. Así, pues, María Kirkstone no podía despertar su interés más que de un modo subsidiario y egoísta. Todo esto es lo que declaró paladinamente a Josefina Conniston.

Los ojos de la muchacha cambiaron de expresión de una manera rápida. Keith pudo notar cómo al gozo de antes había sucedido un sentimiento profundo de compasión y de ansiedad. Era evidente que ella no enfocaba el asunto del mismo modo que él. A ella no le parecía bien que el desarrollo de sus planes tuviera que descansar en cierto modo sobre la tragedia de otra mujer. Exquisiteces del corazón femenino que hicieron sentir a Keith la vergüenza de su egoísmo. Es verdad que él tenía la excusa de la gravedad del trance en que se hallaba, porque su vida era la del verdugo, y lo que él buscaba era su salvación, y su seguridad definitiva; pero Josefina Conniston no estaba enterada de tanto, y a sus ojos él debía aparecer como desmedidamente egoísta.

Ella, continuaba apretándole las manos, pero su mirada se desvió. Había palidecido y sus ojos brillaban con distinto ardor.

—¿Es decir que era eso por lo que María Kirkstone estaba tan nerviosa hace un rato y dejaba traslucir honda pena? —exclamó Josefina—. ¿Era a causa de ese chino monstruoso que ejerce sobre la pobre algún incontrarrestable poder secreto?

Retiró de repente la mano con una brusquedad que sorprendió a Keith. Sus ojos, tan hermosos y suaves un momento antes, arrojaban fuego.

—Derwent —exclamó—, no podemos irnos sin dejar antes ese asunto arreglado.

Púsose en pie respirando con agitación, en actitud de mujer resuelta y batalladora.

Su cuerpo grácil y flexible había adoptado una actitud que hacía pensar en la fiereza de una amazona. Era, al fin, una Conniston. Se veía bien que era una Conniston con toda su bravura y la nobleza del difunto hermano. Keith, a pesar de que veía sus planes por tierra, no pudo menos de admirar y aplaudir en su interior aquella actitud. Abrió sus brazos, estrechó a Josefina contra su corazón y le dijo:

—Tienes razón, hermana; queda tranquila, que el asunto quedará arreglado antes de partir.

Capítulo XVIII

Wallie, ofendido porque dejaban que la comida se enfriase, fue a rogar a Josefina Conniston y a Keith que no prolongaran más su conversación a la sombra de los abedules. Accediendo una y otro a los ruegos del pobre criado japonés, entraron a saborear la exquisita comida que les había preparado. Al final, mientras ella tomaba su café y él fumaba su cigarro, volvieron ambos a hablar de sus planes. Keith prometió arreglar el asunto de María Kirkstone y Shan Tung muy pronto, tal vez aquella misma tarde. Viendo reflejada la satisfacción en los ojos de la muchacha, ninguna tarea le parecía excesiva y sentía ya impaciencia por hallarse frente a Shan Tung. Pero cuando ya había fumado más de la mitad del cigarro, Josefina se le acercó, sentóse junto a él en un brazo del sillón y empezó a acariciarle pasándole la mano por el pelo. La impaciencia por salir a encontrar a Shan Tung desapareció. Hubiera querido quedarse allí indefinidamente. Dos veces se inclinó y lo besó en la frente. Él volvió a pasarle el brazo alrededor de la cintura, mientras el corazón le latía con excesiva prisa. Tuvo que ser la misma Josefina la que le recordara que iba pasando el tiempo y que lo mejor era concluir cuanto antes el asunto pendiente. Levantóse y ella le despidió poniéndose de puntillas para darle un beso.

Un ejército detrás de él para protegerle no hubiera dado a Keith más valor y más alientos que aquel beso. No había ya por qué dudar más. Estaba ya resuelto y decidido a cuanto fuere menester. Lo primero que tenía que hacer era interrogar a María Kirkstone, y allá se fue, a su casa, a verla.

No tuvo necesidad de llegar hasta la puerta, porque María Kirkstone estaba fuera, en el jardín, sin nada a la cabeza, luciendo al sol su espléndida cabellera dorada. Al verla, Keith pensó en seguida que eran precisamente aquellos dorados cabellos lo que le encendía la sangre cada vez que consideraba las relaciones del chino y la muchacha. Si ella hubiese tenido el pelo negro o castaño, aquellas relaciones quizá no le habrían soliviantado tanto. Pero la belleza áurea de aquellas preciosas hebras era una prueba que clamaba contra el crimen de unas relaciones monstruosas. María Kirkstone le vio cuando ya él se aproximaba a ella y se adelantó para recibirle. La expresión de su cara denotaba bien a las claras que la presencia de Keith era como un alivio para sus preocupaciones.

—Siento mucho no haber estado en casa cuando usted fue a verme esta mañana, señorita Kirkstone —dijo Keith apretando la mano que ella le había ofrecido—. Estoy seguro de que usted quería hablarme de Shan Tung.

El golpe fue directo y sin ambages. No hubo atenuación en las palabras ni en el modo de pronunciarlas. Ella palideció visiblemente fijando sus ojos en él, como si

además de haber oído perfectamente a Keith estuviera leyendo todos los pensamientos que él llevaba en la cabeza.

—¿No estoy en lo cierto? —comunicó Keith.

Ella contestó afirmativamente con la cabeza y sin mover los labios. Keith prosiguió:

—¿Usted quería hablarme de Shan Tung! Señorita Kirkstone, ¿qué es lo que le pasa? ¿Por qué no se confía usted a alguien: a Mac Dowell, a mí, a...?

Iba a decir «a su hermano», pero la rapidez con que ella le cogió el brazo dejó su frase cortada.

—¿Ha estado Shan Tung a ver a Mac Dowell? —preguntó muy nerviosa la muchacha—. ¿Hoy, tal vez? ¿Qué es lo que han hablado?

Los dedos de María parecían clavarse en el brazo de Keith.

—No sé lo que habrán hablado —contestó Keith—, pero Mac Dowell pensaba mucho en usted y estaba preocupadísimo. También yo lo estoy. Hablemos con franqueza, señorita Kirkstone. Muy descompuesto está el mundo cuando pueden juntarse una joven como usted y un hombre como Shan Tung sin que la sociedad se conmueva. Y no puede usted negar que las relaciones entre los dos existen. Usted ha estado en casa de Shan Tung por la noche, a una hora bastante avanzada. Él estaba con usted ayer, cuando yo vine a verla. Es más, él está en su casa de usted en este mismo instante.

—No, no —exclamó—. Le aseguro a usted que Shan Tung no está en casa. Le aseguro que no está.

—¿Y cómo puedo creerla —preguntó Keith—, si usted ha mentido tantas veces a Mac Dowell? Usted se debate por ocultar la verdad, y sabemos que esto lo hace usted obligada por Shan Tung. ¿Por qué? Es lo que necesitamos saber. Yo he venido aquí a luchar por usted, a ayudarla. Y Mac Dowell quiere también ayudarla. Es por lo que deseamos saber. Diga, señorita Kirkstone, ¿ama usted a Shan Tung?

: Keith comprendía perfectamente que tan sólo la pregunta era ya un insulto y se puso a observar el efecto que había producido. Como pintadas rápidamente por invisible pintor, las mejillas de María Kirkstone se colorearon de rojo subido. La muchacha retrocedió un paso más. Sus ojos se encendieron. Lentamente, sin apartar la mirada de la cara de Keith, señaló con la mano la hierba, a poca distancia de donde ellos estaban hablando. Él miró y vio a una víbora enroscada, recién muerta a palos.

—Le odio tanto como a ese bicho —dijo ella.

Keith volvió a mirarla.

—Entonces, por alguna causa conocida únicamente por usted y Shan Tung, usted se ha vendido a él, o intenta venderse.

Eso no era ya una pregunta. Era una acusación. La señorita Kirkstone, sin embargo, no denotó gran enfado antes bien se limitó a confirmar con la cabeza el supuesto aserto.

—Sí, intento venderme a Shan Tung.

La inesperada y plena confesión sorprendió a Keith hasta el punto de dejarle con la boca sellada. La muchacha aprovechó el intervalo para cobrar dominio sobre sí y seguir hablando. Lo que dijo asombró a Keith todavía más.

—Me he confiado a usted porque estoy segura de que usted no ha de traicionarme. Y he ido esta mañana a buscarle porque necesito que me ayude a encontrar alguna invención que contar a Mac Dowell. Usted acaba de decirme que desea ayudarme. Ayúdeme, pues.

Él permaneció con la boca cerrada, y ella continuó:

—Le acepto a usted el ofrecimiento y espero será usted esclavo de su palabra. Mac Dowell desconfía; pero es preciso que permanezca en la ignorancia. Usted debe prestarme su ayuda con respecto a él. No le pido a usted más que una ayuda de dos o tres semanas, al cabo de las cuales tengo esperanza de que las cosas cambien. Usted ha de lograr que Mac Dowell vuelva a tener confianza en mí. ¿Comprende?

—Comprendo en parte —respondió Keith—. Usted me pide que le preste ayuda a ciegas, sin saber por qué he de hacer lo que me indica, sin que pueda esperar de usted más explicación que la de que, por razón misteriosa y oculta, intenta usted venderse a Shan Tung. Y pretende que yo cubra y ampare el monstruoso trato distraendo y ofuscando al hombre cuyas sospechas amenazan impedir la consumación de la venta. Si no estuviese germinando en mi mente la sospecha de que su cabeza no anda bien, le diría que su proposición no es sólo, absurda, sino ofensiva. Mas pensando que acaso todo es efecto de los trastornos que le producen sus penas, he de compadecerla. Mi ayuda, tal como usted la pide, es imposible. Lo primero que necesito es saber por qué intenta usted venderse a Shan Tung.

La cara de María Kirkstone se puso blanca. Sus manos temblaron. Keith vio cómo trataba de ocultarlas y de disimular, y volvió a compadecerla de nuevo.

—En este caso es inútil que le Moleste más —contentó ella—, porque lo que usted quiere saber es cosa que no ha de salir de mis labios. Espero, a pesar de todo, que usted guardará completa reserva sobre lo que le he dicho. Quizá he tenido demasiada confianza en usted; pero me ha movido a confiarme la idea de que usted es la única persona que ha estado con quien hubiera podido ayudarme.

—¿Con Juan Keith?

—Sí, con Juan Keith.

—¿Y por qué Juan Keith había de poder ayudarla?

: Ella movió la cabeza.

—Sí le contestase a usted esta pregunta, le revelaría el secreto que no quiero descubrir.

Keith se dio cuenta de que jugaban un jaque mate, fa discusión, la argumentación, hubiera sido inútil. Una idea surgió rápida e imperativa en su cerebro. El fin justificaría los medios. Cerró los puños, dio a su rostro expresión torva y con voz vengativa exclamó:

—Mire, señorita. Usted está representando un papel y yo también. Ambos somos

egoístas. A los dos nos interesan nuestros propios fines individuales. ¿Me ayudará usted si yo la ayudo?

Otra vez volvió Keith a compadecerla cuando vio con qué ansiosa presteza caía ella en la trampa.

—Sí —exclamó la infeliz—, sí; le ayudaré a usted. Él acentuó la expresión feroz de su mirada y, elevando los puños, dio un paso hacia ella.

—Siendo así, dígame: ¿sentiría usted que le ocurriera algo a Shan Tung? ¿Tendría usted mucha pena si él se muriese, si alguien le matase?

La respiración de María Kirkstone era jadeante. Sus mejillas volvieron a colorearse.

—¿Lo sentiría? Diga, ¿lo sentiría usted?

—No, no lo sentiría. Merece la muerte.

—En ese caso, dígame usted dónde puedo encontrar yo a Shan Tung, porque mis asuntos han de ventilarse con él, y aun puedo añadir que los míos son seguramente más importantes que los de usted, porque son de vida o muerte. Por eso me intereso por usted; porque soy egoísta, porque tengo yo también mis cuentas con Shan Tung y porque usted puede favorecer mis planes. Ya no le preguntaré nada más, guardaré su secreto y la ayudaré en todo lo que pueda, y desde luego acerca de Mac Dowell, si usted quiere a su vez guardar mi secreto y ayudarme. Lo primero de todo: ¿dónde está Shan Tung?

María Kirkstone vaciló un momento, pero en seguida contestó:

—No está en la ciudad. Estará ausente durante diez días.

—Pero no ha tomado ningún tren; nadie le ha visto en la estación.

—No; se fue a pie siguiendo el curso del río. Un auto le esperaba en las afueras. Con el auto habrá llegado a cualquier estación próxima, para tomar allí el tren de Winnipeg.

—Dígame por qué se ha ido a Winnipeg.

—Eso es imposible.

Keith se encogió de hombros.

—Innecesario querrá usted decir. ¿Cree, acaso, que no lo adivino? Se ha ido a ver a su hermano de usted.

Keith pudo advertir que había puesto el dedo en la llaga. No obstante, ella negó.

—No; no ha ido a ver a mi hermano.

Keith le alargó la mano.

—Señorita —le dijo— voy a cumplir mi promesa. Voy a ayudarla a usted cerca de Mac Dowell, Pero reclamo el precio de mis servicios. ¿Me promete avisarme tan pronto como Shan Tung regrese?

—Sí, le avisaré a usted.

Se dieron las manos. En la mirada de la muchacha, comprendió Keith que también ella estaba en un trance de los de vida o muerte, y al despedirse le dijo:

—Mientras hay vida hay esperanza. Al ajustarle cuentas a Shan Tung, creo que

también quedarán arregladas las de usted. Tengo el presentimiento. Diez días, Shan Tung, y después...

Keith se alejó sonriendo. María Kirkstone le vio marcharse, con las manos cruzadas sobre el pecho y un nuevo brillo de esperanza en la mirada. Después, cuando Keith se fue alejando, se desató en sollozos y alargó las manos como para retenerle y llamarle, porque algo en el interior de la cuitada le decía que aquél había de ser su salvador, y sus labios musitaban:

—Diez días, diez días. Y después, ¿qué?

Capítulo XIX

En aquellos diez días se dejaron sentir todas las maravillas del mes de junio. La vida resurgía por todas partes. Las amapolas, primeras flores que aparecían tras el deshielo, moteaban de rojo los verdes prados. Los bosques lucían sus nuevos colores; el azul del cielo presentaba una tonalidad más luminosa; en las venas de los hombres la sangre circulaba con nuevo vigor. A Keith, todo eso había de hacerle un efecto de mayor intensidad que a los demás hombres. Los cuatro años que había pasado entre las nieves y los hielos boreales le habían preparado admirablemente para apreciar en todo su valor la gloria del verano a orillas del Saskatchewan. Y a Josefina, todos aquellos encantos le llamaban la atención con el aliciente de la novedad. Ella nunca había visto un verano como aquél, el más maravilloso de los veranos del mundo, que hace su aparición en junio en la parte sur del país norteamericano.

Keith había empezado a cumplir su promesa. No le había sido difícil disipar la parte peor de las sospechas de Mac Dowell con relación a María Kirkstone, porque Mac Dowell no deseaba sino poder tener fe y creer en la muchacha, y cuando Keith le dijo que la joven estaba al borde de una crisis nerviosa a causa de cierto asunto desagradable en que Shan Tung había metido a su hermano, y que probablemente todo quedaría arreglado tan pronto como el chino volviera de Winnipeg, Mac Dowell lo creyó y, cogiendo a Keith por las manos, le dio las gracias con evidentes muestras de alivio y gratitud.

—Pero, ¿por qué no se confió a mí? —dijo—. ¿Por qué no se confió a mí? —La ansiedad de su voz y el acento de su tristeza eran casi infantiles.

Keith esperaba ya la pregunta.

—Porque —contestó vacilante, como si estuviese buscando en su mente las palabras con que había de expresarse—, porque... inspector, tendría usted que comprenderlo sin que yo se lo dijera, porque no sé cómo darle a entender que usted es el último hombre del mundo a quien María/Kirkstone confiaría sus cuitas antes de que estuviesen completamente superadas y disipadas. Tal vez un exceso de delicadeza; el deseo, natural en toda mujer, de evitar que el hombre a quien ella distingue de un modo especial se entere de lo que a ella le avergüenza. Por eso se aparta de usted y por eso rehúye las contestaciones francas, en espera de poder explicarse y sincerarse más tarde. Inspector, sí yo estuviese en su lugar de usted me consideraría dichoso y no pensaría mal de la muchacha.

Mac Dowell se apartó un poco y durante un rato permaneció con la cabeza vuelta, como si mirase a través de la ventana.

—Conniston, es posible que lo haya adivinado usted; ahora lo comprendo —dijo

al poco, sin dejar de mirar a la calle—. Naturalmente, ella nunca lo sabrá. Soy demasiado viejo, tanto que podría ser su padre. Sin embargo, tengo el derecho de vigilarla, y si alguien se atreviese a ofenderla.

Mac Dowell apretó los puños, y Keith le dijo con dulzura:

—Probablemente haría usted con ese alguien lo mismo que Juan Keith hizo con el hombre que perjudicó villanamente a su padre. Pero, volviendo a hablar de la muchacha, en tanto ella no se acerque a usted espontáneamente y le confíe su secreto explicándole los motivos que ha tenido para mantener su reserva, creo que sería conveniente que usted la tratase como si no hubiese notado nada, como si nada hubiese sospechado. Haga usted esto, inspector, y deje que lo demás corra a mi cargo.

Cuando Keith se separó de Mac Dowell, éste continuaba todavía pegado a la ventana.

Con Josefina no había subterfugios. Él seguía pensando en su propia felicidad y no podía librarse de la idea de que todo el tiempo que estuviese esperando a Shan Tung continuaría bajo la espada de Damocles, con un delgado hilo como factor único de su destino. Y había abrigado la esperanza de que el no haberse querido confiar a él María Kirkstone, haría cambiar la simpatía de Josefina en indiferencia, cuando no en verdadero resentimiento. Pero se equivocaba. Josefina insistió en que convidarían a comer al día siguiente a María Kirkstone, y desde aquella comida la simpatía de Josefina por la señorita Kirkstone quedó plenamente confirmada; además, Keith comprendió que no podría contrarrestarla de ningún modo. Se abandonó, por consiguiente, a su propia suerte, resignándose a aguardar el regreso de Shan Tung.

Josefina, aquella noche, sentándose en uno de los brazos del sillón en donde él estaba, le dijo:

—Si no fuera porque has prometido no enamorarte,

: tendría miedo. A ratos he creído que hoy concluirías por enamorarte. María Kirkstone es preciosa. A ti te gustan las cabelleras hermosas, y ella tiene un pelo de una belleza insuperable.

—No me acuerdo —respondió Keith— que te prometiera no enamorarme. De todos modos no has de temer nada; yo no quiero ni querré nunca a nadie más que a ti, y en cuanto a María Kirkstone, no cambiaría yo uno solo de tus cabellos por toda la cabellera de ella.

Como contestación a este piropo, Josefina, con una alegre risotada, desató su cabello y lo dejó caer a uno y otro lado de la cara y sobre los hombros de Keith.

—A veces me asalta una idea terriblemente cómica, Derwent —dijo en voz baja—. Si no hubiésemos jugado siempre a novios, cuando niños, en nuestra casa, y si tú no me hubieses dicho siempre que te gustaba mi pelo y que me querías, y no me hubieses demostrado tu cariño con muchos besos, casi, casi creería que tú no eres mi hermano.

Keith se rió, alegrándose de que la cabellera le cubriese la cara.

Durante aquellos maravillosos días del principio del verano, Keith y Josefina

Conniston no se separaron más que cuando él tenía que salir para algún asunto. Aprovechó precisamente este tiempo para precaverse contra toda eventualidad, Las propiedades de la familia Keith en Prince Albert valían, según cálculos, lo menos cien mil dólares, y sabía por Mac Dowell que pronto habría de substanciarse un proceso en virtud del cual todos los bienes pasarían a sus afortunados herederos. Antes de que el proceso pudiera substanciarse, sin embargo, era preciso que la suerte de él se decidiese definitivamente en un sentido o en otro, y como tenía que velar por Josefina Conniston, hizo un testamento instituyéndola única heredera y firmando Juan Keith. Metió este testamento en un sobre y lo cosió a su propia camisa. En calidad de Derwent Conniston percibió mil doscientos sesenta dólares por sueldos devengados y no cobrados hasta entonces. Se guardó doscientos sesenta en el bolsillo y contó los mil restantes, en billetes de a cien, delante de Josefina, los metió en otro sobre y se los dio a guardar a ella.

—Están más seguros guardados por ti que guardados por mí —le dijo—. Cósetelos en el forro de tu vestido. Servirán para cuando vayamos a la montaña.

Josefina Conniston aceptó el tesoro con el mediano placer de quien recibe un encargo de responsabilidad.

Keith pasaba días a la vez de alegría y pena, porque aun en los momentos de mayor felicidad había algo que le mordía el corazón, algo que se le ahondaba cada vez más hasta producir el efecto de una llama devoradora que le quemara las entrañas. Una noche soñó; soñó que Conniston se le acercaba a la cama y le despertaba y que después de despertarle le hostigaba con intención perversa, diciéndole que al legarle una hermana le había conferido para siempre la maldición de los hijos de Aquelao. Y Keith, al salir de la pesadilla despertándose a medianoche, comprendió que lo de la maldición era cierto. Porque la convivencia con Josefina Conniston era para él una terrible lucha; terrible incluso en los momentos en que salía más plenamente vencedor. Josefina sería para él siempre la constantemente deseada y la jamás alcanzable. ¡Una hermana, cuando él la amaba ya con amor de hombre a mujer!

Al día siguiente del sueño, Keith estuvo con ella vagando por el oquedal que daba sombra a la casa de Keith, otra vez entraron en aquella mansión y recorrieron las frías y desiertas dependencias. En una de las habitaciones estuvo buscando entre los libros, hasta que dio con el que deseaba. Lo cogió y lo abrió. Y allí encontró lo que había estado escarbajeando en su cerebro hasta que el sol entró en su cuarto para infundirle valor después de una noche de ensueño y pesadilla. Las hijas de Aquelao: habían perdido al fin, porque Ulises las engañó. Ulises había ganado la partida. Y en aquel día y hora, él, Juan Keith, comprendía que también él tenía que ganar, y ganaría.

Sentía siempre la certidumbre de su triunfo cuando estaba solo con Josefina paseando en pleno día. Con ella a su lado y rodeándola la cintura con un brazo, Keith se decía que toda la vida no era más que una mentira, que no había patria, ni sol, ni

cantos, ni felicidad en este mundo, si en este mundo no había esperanza para él.

—Y la había. Estaba más allá de los campos y los bosques, más allá de los lejanos prados y más allá de las colinas; en el corazón de las Montañas Rocosas, allí estaba su esperanza. Del mismo modo que soñó en aquellas montañas cuando era niño, volvió a rememorar sus sueños con Josefina.

No hacía más que hablar a Josefina de las montañas, mientras iban recorriendo la orilla del Saskatchewan. Le describía el pequeño mundo que se iban a componer ellos idos para su exclusivo uso, le decía cómo vivirían, qué harían, los misterios que descubrirían, le vaticinaba los triunfos que habían de conseguir y la felicidad que les esperaba en aquel mundo glorioso para los dos solos. Y Josefina Conniston hacía también sus planes y fantaseaba y soñaba con él.

En una semana vivieron más que otros en un año; así se lo parecía a Keith, porque sólo hacía una semana que la conocía. El punto de vista de Josefina Conniston era diferente. Para ella, si bien los dos habían estado separados durante largos años, tan larga y triste separación no habría enfriado para nada el cariño que siempre se habían tenido. Para ella la camaradería tenía un precedente en la convivencia durante los años infantiles, pero le parecía que nunca hasta entonces había sido más grata y completa la intimidad, porque antes estaban entre los suyos, mientras en los días de espera con Keith, estaba con el que ella creía su hermano, en un país extranjero de extraordinaria belleza, muy convencida de que ambos eran recíprocamente el uno para el otro.

Por eso Keith, cuando pensaba en su situación con respecto a la muchacha, sentía vergüenza y desesperación. Josefina le quería con cariño del que no tenía que avergonzarse y que no la cohibía, un cariño sin restricciones, franco y abierto como la luz del día. Por las noches, ella se sentaba con él en el gran sillón, como en un nido, y se divertía pasándole su cabello por la cara y apretando la cabeza hasta que él, falto de aire, tenía que pedir que le dejara respirar. Frecuentemente, juntos los dos en el mismo sillón, se complacía ella en apoyar su cabeza en el hombro de él, y había acontecido más de una vez que, mientras formaban planes para su vida futura, ella se había quedado dormida en esta posición. Por las mañanas, ella le daba los buenos días con un beso, y por las noches se le acercaba para que la besara antes de ir a acostarse. En los paseos le daba besos, o se los pedía con espontaneidad encantadora. Todo esto era para Keith de una dulzura no desprovista de amargor. Mas al llegar la noche comenzaban para él las horas de amargura escueta y de desolación, porque maldecía de la hipocresía a que se veía condenado por su crimen y gemía bajo el peso de los efectos de su situación desesperada.

Mientras estos sentimientos se enseñoreaban cada vez más de su corazón, una negra y ominosa tormenta en el horizonte de sus ensueños, un impulso al que no resistió le indujeron a repetir cada vez con más frecuencia las visitas a su antiguo hogar, y Josefina iba siempre con él. Iban sigilosamente, ocultando esas visitas a todo el mundo. Por el camino solían hablar de Juan Keith, y en los ojos de Josefina

resplandecía siempre la simpatía. Gustábale a ella hablar de Juan Keith, porque él, su hermano, había llegado a sentir afecto por el infeliz delincuente. Y, después de estas horas felices llegaba la noche, y con la noche la soledad, en medio de la cual Keith, arrojando a un lado su máscara de fingimiento y falsía, se encontraba frente a frente con su conciencia y lloraba. Su único consuelo era el considerar que, pasara lo que pasara, ella sabía al menos lo que Juan Keith había sido. Porque él, Juan Keith, se lo había contado, pretextando haberlo sabido durante el tiempo que, como Conniston, conoció a aquél.

Luchó contra las nuevas ideas que lenta y porfiadamente iban infiltrándose en su espíritu y apocándole el ánimo. No pudo menos de fijarse en el nuevo brillo de la mirada de María Kirkstone. Reflejaba, a veces, la mirada de la muchacha algo más que un destello de esperanza. Parecía más bien el reflejo de la certidumbre. Era evidente que ella tenía fe en él, en su deseo y en su fuerza y en sus recursos para luchar y vencer, y no era cosa de amilanarse precisamente cuando los demás confiaban en él; tenía que vencer y vencería. La creciente amistad de María Kirkstone con Josefina Conniston contribuía a afirmar la fe de la muchacha. También Mac Dowell, antes tan batallador, hombre prudente y suspicaz, tenía asimismo fe en él, puesto que le había confiado el asunto de María Kirkstone y Shan Tung, Esa ciega fe y confianza de que era objeto por parte de todos, si bien por un lado le daba ánimos, por otro lado le anonadaba, porque le convencía de que su triunfo había de apoyarse en el engaño y la felonía. Estando en estos pensamientos, oyó por primera vez la risa de María Kirkstone y Josefina Conniston y vio la cabellera rubia y la cabellera castaña recibiendo juntas la caricia del sol. Y luego las vio volverse, sonreírle y acercarse a él; les tendió las manos, y ellas, con toda su confianza en él, tendieron a su vez las suyas, para que él, el hipócrita, el embustero y el fariseo, se las estrechara amistosamente.

Al noveno día de espera sonó el teléfono cuando Keith acababa de cenar en compañía de Josefina. Se levantó para contestar a la llamada. Era María Kirkstone quien quería hablar con él.

—Shan Tung ha vuelto —dijo.

No dijo más. La voz delataba la emoción que sentía la muchacha. Keith contestó y colgó el auricular. Comprendió que su cara debía traslucir su emoción, porque en la de Josefina advirtió el deseo de saber. Acariciándole el pelo con afecto, Juan Keith le explicó que Shan Tung había llegado y que iba a salir para entrevistarse con él. Entró en su cuarto y se puso la pistola automática al cinto.

Antes de abrir la puerta se detuvo. Josefina se acercó a él y le puso las manos en los hombros. La inquietud se retrataba en su mirada; pero sus labios no se atrevían a formular la pregunta que decían sus ojos. Una voz misteriosa le dijo a él que aquélla sería la última vez; que, pasase lo que pasase, aquella noche se decidiría todo. Él le pasó las manos alrededor de su cuerpo y la apretó en un afectuoso abrazo contra el pecho; permanecieron así unos instantes, mirándose fijamente a los ojos.

—¿Me quieres mucho, Josefina? —preguntó.

—Muchísimo, muchísimo —contestó ella.

—Dame un beso, Josefina.

Ella le besó. Él la soltó despacio, suavemente. Después se marchó y desapareció en la oscuridad del camino que conducía a la ciudad, mientras ella permanecía en pie frente a la puerta iluminada. Josefina le dijo adiós en voz alta, y él le respondió. La puerta se cerró entonces, y Keith continuó su camino, embargado por un presentimiento que se agitaba dentro de su pecho.

Capítulo XX

Con la cara intensamente pálida y los ojos llenos de nuevo terror, María Kirkstone permanecía en pie delante de Keith, en la ancha sala de su casa.

—Hace diez minutos que ha salido de aquí —dijo.

Su voz parecía salir de un cuerpo inanimado. Era una voz fría, asustada; una voz viva en la que parecía, no obstante, poder percibirse como un estremecimiento de muerte.

—Aún suenan en mis oídos sus condiciones —añadió—. Si usted falla...

Keith le miraba el cuello, blanco, esbelto, preciosísimo. Parecían percibirse, a través de la piel, los latidos del corazón. Y Keith pudo adivinar que el corazón sofocaba en aquella hermosa garganta las palabras que María Kirkstone estuvo a punto de pronunciar.

—Sí fallo... —repitió él lentamente, con la mirada fija en el blanco y palpitante cuello de la muchacha.

—No me quedará más remedio que... ¿Entiende usted? —repuso la muchacha.

—Sí, entiendo, y, por lo tanto, no fallaré.

Se apartó de ella en dirección a la puerta, pero sin separar la mirada del cuello, que traslucía las palpitations del corazón.

—No fallaré —repitió—, y tan pronto acabe le telefonaré. Está usted atenta a la llamada.

—Quedo esperándola —afirmó ella.

Keith salió. El sendero que se extendía debajo y delante de sus pies se dejaba ver perfectamente en una gran extensión, iluminado por la luz de la luna. Encima de él, el cielo estaba cuajado de estrellas. Era una noche clara, una de esas noches maravillosamente bellas en la región del Saskatchewan. Debajo de aquella hermosa bóveda celeste se agitaba un mundo lleno de vida. La pequeña ciudad se extendía en fantástico cabrilleo de luces, y de ella salía un murmullo de vida que iba a perderse por los valles vecinos. Keith se metió en aquel centro de vida. Pasó cerca de hombres y mujeres que hablaban y reían alegremente, como si para ellos no existiese ningún problema. Oyó los ecos de la música. La calle principal de la ciudad era un hervidero humano. En una bocacalle, una murga compuesta de una mujer, un joven, un niño lisiado, dos muchachas y un viejo, atronaba el espacio con sus himnos de propaganda protestante. En otra esquina, junto al edificio de la Cámara de Comercio, cerca del río, un charlatán ofrecía remedios a una multitud apiñada a su alrededor. Más lejos y destacándose por encima del canturreo de los protestantes se dejaba oír el sonido de la guitarra tocada por un negro.

Keith miró y escuchó todas estas cosas, pero sin detener su mirada. Tenía prisa y no podía entretenerse con las varias manifestaciones de la vida de la ciudad. Aquel movimiento y aquel ruido aumentaban la ansiedad de su corazón. Le parecía que todo le estaba hablando de su destino y, sin embargo, no estaba asustado. Su pensamiento ya no era presa de los ensueños; ya no giraba tampoco únicamente en torno del mero egoísmo. Delante de sus ojos tenía constantemente Keith la visión del blanco y palpitante cuello de María Kirkstone.

Llegó a la guarida de Shan Tung. Detrás de los visillos se percibía el suave resplandor de la luz amarilla. Entró y se metió entre el bullir de la gente, el murmullo de las voces y las risas, el ruido de los vasos, el aroma del humo de los cigarrillos y el perfume del incienso. Y en el mismo sitio donde le había dejado la última vez, con un cigarrillo en la boca, con idéntico aspecto de esfinge, con los mismos ojos estrechos y rasgados, como si no se hubiese movido en nueve días, estaba Li King.

Keith marchó directo a él; pero esta vez, apenas llegó, Li King le saludó con rápida y oficiosa sonrisa. Tiró el cigarrillo al suelo y se inclinó reverenciosamente.

Ya no ponía cara de estúpido, como la otra vez.

—He venido para ver a Shan Tung —dijo Keith.

Esperaba que le pondrían obstáculos, en cuyo caso estaba dispuesto a usar, como individuo del cuerpo de Policía, de las prerrogativas que le concedía la ley, de derribar las puertas que no se franquearan. Pero Li King no vaciló un momento. Más bien demostró, por el contrario, diligencia en servir, y Keith conoció que Shan Tung lo esperaba y que estaba dispuesto a recibirle.

Pasaron por detrás de un biombo, y después por detrás de otro biombo, de otro y de otro. El camino parecía un laberinto con sendas separadas por biombos. Se detuvieron delante de un tabique, y Li King apretó el cuello negro y largo de un pajarraco de patas largas, que no se sabía si quería ser cigüeña o grulla. El tabique se abrió, como una puerta, dejando el paso libre. Las habitaciones interiores estaban oscuras, pero Li King dio vuelta al conmutador y la luz se encendió. Siguieron por un corredor de unos tres metros de largo, y Li King abrió una segunda puerta. Sonriente y señalando con la mano se limitó a decir:

—Allá arriba.

Unos cuantos escalones conducían al piso superior, y cuando Keith comenzó a subirlos la puerta se cerró detrás de él. Li King ya no le acompañaba.

Subió los escalones procurando no hacer ruido. Arriba había otra puerta, y Keith la abrió con la misma suavidad con que Li King había cerrado la de abajo. Otra vez vio allí los prodigados biombos, y luego sus ojos se fijaron en una escena que le hizo pararse un momento, lleno de asombro. Estaba en una espaciosa habitación, de unos Alinee metros de largo por unos diez de ancho, tan lujosa como nunca la había visto.

El suelo estaba cubierto con ricas alfombras de terciopelo; las paredes estaban tapadas con preciosos tapices de bellos colores y abundaban las mesas esculpidas, los mullidos divanes y los blandos asientos de gusto oriental. En el extremo de la

habitación se levantaba un dosel, y debajo del dosel, iluminada con la luz que despedían innumerables bujías, había una figura arrodillada. Keith notó que la estancia estaba iluminada únicamente con bujías, y que, iluminada por gran número de ellas, la figura arrodillada y sentada sobre sus talones no se movía. Había allí varias armaduras, como guerreros erguidos, junto a los tapices, y durante unos instantes pensó Juan Keith si aquella figura arrodillada sería, tal vez, algún ídolo de madera. Fue entonces cuando aspiró el perfume del incienso, que penetró insidiosamente por sus narices y su boca, alteró su respiración y le hizo toser.

Lejos de Keith, en el extremo de la habitación y debajo del dosel, la figura arrodillada empezó a moverse. Sus brazos se extendieron lentamente, se encogieron, volvieron a encogerse, y la figura misma se encorvó tres veces, como para saludar. Una voz humana, baja y monótona pronunció al mismo tiempo algunas palabras. No habían transcurrido ni dos minutos desde que Keith penetró en la habitación, cuando la figura se puso en pie con la rapidez de un gato, se acercó a Keith y le alargó la mano.

—Buenas noches, Juan Keith —dijo.

Era Shan Tung vestido con una bata estilo oriental que le daba aspecto de mujer. Era una bata, no de quimonos sino de preciosa seda carmesí, grotescamente adornada con pavones bordados; sus pliegues se movían con elegancia cuando Shan Tung andaba sin producir, con sus pies sobre la mullida alfombra, más ruido del que hubiera hecho un gato.

—Buenas noches, Juan Keith —repitió.

Estaba cerca, sonriente, con sus ojos brillándole, con la mano todavía extendida y con expresión afectuosa en su voz y sus maneras. Había, no obstante, en su sonrisa algo así como la satisfacción de una fiera ante una presa, al parecer, segura, y en el brillo de sus ojos no era difícil descubrir la alegría del que cree haber triunfado.

Keith no tomó la mano que Shan Tung le ofrecía. Hizo ver que no se había dado cuenta del gesto. Miraba los ojos brillantes y confiados del chino. ¡Un chino! ¿Era posible que un chino poseyese un timbre de voz tan perfecto que parecía no tener más objeto que el de irritar el orgullo de los hombres de raza blanca?

Shan Tung adivinó los pensamientos de Juan Keith, la sorpresa de éste le divertía.

—Sí, soy Shan Tung —dijo modulando hábilmente la voz. Aquí, en mis reales, no parezco el mismo; pero soy Shan Tung. ¿No me conoce usted?

Alargó con finura una mano para señalar una mesa, a cada uno de cuyos extremos había una silla, y se sentó sin aguardar a Keith. Éste se sentó enfrente de Shan Tung. De nuevo debió adivinar el chino lo que había en la cabeza y en el corazón de Keith, el deseo y el intento de matar, porque de repente dio un par de palmadas.

—¿Tomará usted el té conmigo? —preguntó.

Tan pronto como sonaron las palmadas, a Keith le pareció que alrededor de ellos, por todas partes, advertía la presencia de seres vivos. Los tapices se movieron. Un lienzo de pared se abrió, como si fuera una puerta. En el aire flotaba el leve ruido

producido por el roce de los quimonos y las tenues pisadas. Por el lienzo de pared abierto entró un chino con un mantel, servilletas y tazas de porcelana. Detrás del primer chino entró otro, con una tetera, y con la rapidez de una aparición, sin producir ruido alguno, otro chino se colocó junto a Keith. Y el murmullo de pasos, voces y movimiento continuaba oyéndose en la proximidad, como para convencer a Keith de que por allí había más gente. Sin inmutarse. Keith sonrió al chino. Un minuto, no más, permanecieron allí los servidores. Una vez servido el té, se retiraron.

—Rápidos servidores —exclamó Keith—. Rápidos servidores; pero en mi mano tengo algo que actúa todavía con mayor rapidez.

Shan Tung se inclinó sobre la mesa.

—Juan Keith —dijo—. Es una locura pensar en asesinatos. Vale más que seamos amigos. Escucha y creo que llegaremos a entendernos.

Capítulo XXI

Fue como si, con una rapidez que la vista no hubiera podido apreciar, una máscara hubiese caído de la cara de Shan Tung, Keith, que había ido dispuesto a luchar, y que no pensaba más que en el modo de asestar y desviar los golpes, quedó sorprendido. En los ojos de Shan Tung resplandecía la ansiedad, el deseo, la esperanza de que Keith se adelantase a encontrarle a medio camino, pero no volvió el chino a ofrecer nuevamente su mano. Parecía comprender en aquel instante el abismo que separa a los amarillos de los blancos. Tenía perfecta conciencia de la repulsión que inspiraba a Keith, y bajo su piel amarilla se transparentaba la oleada de sangre que había subido a su cabeza.

—Aguarde —dijo con voz suave.

Se fue hasta un elegante cofrecillo y volvió en seguida con un pergamino enrollado en la mano. Se sentó de nuevo y sostuvo en silencio la mirada de Keith, durante un momento.

—Ambos somos hombres, Keith —dijo Shan Tung al fin.

Su voz era afable. Sus delgados dedos, provistos de uñas admirablemente cuidadas, desenrollaban el pergamino con cuidado y como acariciándolo. Cuando lo hubo desenrollado, se lo presentó a Keith para que lo leyera. Era un diploma universitario. Keith quedó asombrado. En el diploma se leía el nombre de Kao Lung, príncipe de Shantung. Keith sintió como una sacudida del corazón en presencia de aquel diploma, y sus ojos se dirigieron de nuevo al chino.

El hombre que él había conocido como Shan Tung resistió su mirada con tranquila y enigmática sonrisa; una sonrisa en la que había el orgullo de la soberanía, algo superior al orgullo de pertenecer a la raza blanca.

—Yo soy el príncipe Kao —dijo—. He cursado estudios en la Universidad de Yate. He aquí mi diploma.

Keith se esforzaba en vano por hablar; las palabras se le atascaban en la garganta, y el príncipe Kao, enrollando de nuevo el pergamino y olvidándose del té, que empezaba a enfriarse, volvió a inclinarse sobre la mesa. En sus estrechos y rasgados ojos, Keith pudo percibir el brillo de una pasión complicada e infernal. Mas la voz del príncipe seguía siendo tranquila y suave.

—Te reconocí en el despacho de Mac Dowell —dijo—. En cuanto te vi comprendí que tú no eras Conniston, y en seguida, ¡bien fácil era!, advertí que eras Juan Keith. Lo probable es que hayas matado a Conniston; pero no tengo interés en saber nada sobre el particular. Yo le odiaba, y si él hubiese vuelto, yo mismo hubiera sido quien le hubiese matado un día. Mira, Juan Keith, desde el primer instante en que te vi eras

hombre muerto, de haberlo querido yo. ¿Por qué no te entregué sin pérdida de minuto al verdugo? ¿Por qué te advertí de modo que te vieras obligado a venir a verme? ¿Por qué quise conservarte la vida, cuando bastaba una palabra mía para que tú la perdieras? ¿Lo adivinas?

—En parte —replicó Keith.

Ni por asomo se le ocurrió negar que él era Juan Keith. Negarlo hubiera sido locura; pura pérdida de tiempo, y nunca como en aquel momento había experimentado la necesidad de no perder los instantes.

La perspicaz inteligencia del príncipe Kao comprendió el punto de vista de Keith. El príncipe continuó:

—Bien, Juan Keith, ya lo ves, tengo tu vida en mis manos; puedo salvártela, o hacértela perder, según *me plazca*. Mas como tú puedes serme útil, espero que me ayudes para que te salve. Y ambos seremos felices, porque tú conservarás a la hermana de Derwent y yo conseguiré a mi diosa de cabellos de oro, *a mi ambicionada* María Kirkstone.

—Todo eso es lo que yo había adivinado —repuso Keith.

Durante unos segundos, Shan Tung pareció vacilar, como si estuviese estudiando la fría impassibilidad de la cara que tenía delante.

—Tú amas a la hermana de Derwent Conniston —prosiguió diciendo con voz cada vez más suave—. Y yo amo a mi diosa de cabellos de oro. Mira allí arriba, sobre el dosel, tengo su retrato y una trenza de sus dorados cabellos, dos objetos de mi adoración.

La cara de Keith se ponía tanto más fría y pálida cuanto más veía brillar la malsana pasión en los ojos del príncipe Kao. Semejante pasión le irritaba. Para Keith, aquello no podía llamarse amor. Para Keith, aquello era una locura, Pero el príncipe no era un loco; era un monstruo. Un monstruo cuya voz sonaba cada vez más suave y dulce, mientras sus ojos brillaban como dos ventanas del infierno.

—Ya sé lo que estás pensando —prosiguió Shan Tung—. Piensas en lo mismo que ves. Tus ojos ven lo amarillo, y tu cabeza considera también lo amarillo. ¡Mi piel! ¡Siempre mi piel! Mira, Juan Keith, en Pe-chi-li se encuentra la gran ciudad de Pekín, Pe-chi-li es la mayor provincia de China; pero la segunda en riqueza, importancia y extensión es la provincia de Shantung, limítrofe de Pe-chi-li, cuna de nuestros emperadores durante más siglos que años tienes tú. Y durante más generaciones de las que se pueden recordar, mis padres y antepasados han sido gobernadores de Shantung, Mi abuelo era un mandarín con las insignias de la Orden Octava. Y mi padre tenía las de la Orden Novena, la más alta de todas las Órdenes, y tenía su palacio en Tsi-Nan, a orillas del mar Amarillo. Y yo, príncipe Kao, su primogénito, vine a América para aprender las leyes y las costumbres americanas. Y las aprendí, y después de aprenderlas volví a mi país, y con todos mis conocimientos y mi instrucción derroqué un gobierno. Durante algún tiempo me mantuve en el poder, pero la suerte se volvió después en contra de mí y tuve que huir para salvar la

vida. Pero por mis venas corre todavía la sangre de muchas generaciones de mandarines. Te confío todo esto porque tú no te atreverás a traicionarme, porque tú no te atreverás a decir a nadie quién soy yo, aunque, por otra parte, esta verdad tampoco habría de perjudicarme en nada, Pero prefiero ser conocido por Shan Tung. Tan sólo tú y María Kirkstone conocéis la altura de mi verdadera condición.

La sangre de Keith ardía; pero su voz salía fría como el hielo.

—Prosigue —dijo.

Esta vez no había modo de equivocarse. La palidez de su cara y la mirada hosca de sus ojos fueron indicios en los que Shan Tung apoyó una seguridad. Por primera vez, quizá, en toda su vida, enrojeció el príncipe de ira y vergüenza.

—Te he dicho todo eso porque esperaba que acabaríamos por entendernos y colaborar —exclamó—. Pero bien veo que no. Tú me odias, lo mismo que mi diosa de cabellos de oro. Los dos me odiáis porque tengo la piel amarilla. ¿Y mi corazón? ¡Ah, ése también es amarillo! *Al menos así lo dice ella, y así, tal vez, también lo creen tú.* Ella me odia, sí, ya lo sé; pero es mía, mía.

Shan Tung, al llegar a este punto, se puso en pie.

—Mira lo que tengo preparado para ella —continuó diciendo—. Allí, bajo aquel dosel, ella me dará su lindo cuerpo y su alma. Y no lo podrás evitar. Nadie lo podrá ya evitar. Ella vendrá aquí, a entregármeme a mí esta misma noche.

—¡Esta noche! —murmuró Juan Keith.

También él se puso en pie. Shan Tung continuó:

—Mira. Todas esas bujías están encendidas para ella. Están esperándola. Esta noche, cuando todos duerman, ella vendrá. Y eres tú, Juan Keith, quien la hará venir. Ven, sígueme; quiero enseñarte cómo y por qué eres tú quien me la traerá.

Marchó en dirección al dosel, y allí su mano tocó un resorte. La pared se abrió y Shan Tung volvió a llamar.

—Ven —dijo.

Keith, con el espíritu y el cuerpo preparados para todo evento, le siguió.

Capítulo XXII

Juan Keith siguió al chino por un corredor estrecho; pasaron otra puerta, practicada en un tabique falso, forrado de lana, y llegaron a una pieza débilmente iluminada. La pieza no tenía salida alguna, era casi cuadrada, baja de techo, de paredes oscuras. Keith conoció que allí había alguien, por el olor de tabaco que flotaba en la estancia. De momento, sin embargo, sus ojos no percibieron a nadie. Mas de pronto vio una cara, cuyos ojos le miraban brillando como ascuas en la amarillenta penumbra. Era una cara que parecía de duende, una cara de encantado, de vestiglo, de monstruo humano; aquella cara pertenecía a un cuerpo obeso, rechoncho, que estaba sentado en un sillón.

Shan Tung inclinóse y, recogiendo, al saludar, su vestido con su afilada mano, exclamó:

—Juan Keith, permite que te presente a Pedro Kirkstone.

Por primera vez la sorpresa de Keith se manifestó en forma de exclamación. Avanzó un paso. Sí, era cierto, en aquella deplorable figura de hombre reconoció Keith a Pedro Kirkstone; al mocetón gordete que se había colocado debajo del cuadro de la Madona, aquella noche fatídica: el hermano de María Kirkstone.

Mientras Keith permanecía mudo, Shan Tung dijo:

—Pedro Kirkstone, tú sabes muy bien por qué te he traído esta noche a este hombre. Sabes que no es Derwent Conniston. Sabes que es Juan Keith, el asesino de tu padre. ¿No es cierto?

Los recios belfos se movieron para articular con hosca voz un «sí».

—No me cree —continuó Shan Tung— y por eso te lo he traído, para que pueda oírte a ti. Di, Pedro Kirkstone, ¿deseas que tu hermana María se entregue esta noche a mí, el príncipe Kao?

Otra vez se movieron los gruesos labios. Esta vez pudo Keith notar el esfuerzo, y se estremeció. Era evidente que aquellas preguntas y respuestas habían sido preparadas. La voz de Pedro Kirkstone se dejó oír de nuevo para pronunciar otra vez un «sí».

—¿Por qué quieres que venga? —preguntó Shan Tung.

La cara de Pedro Kirkstone pareció desencajarse. Sus ojos miraron a Shan Tung. Los de éste brillaron en aquel cuarto semioscuro como los ojos de una serpiente.

—Porque viniendo salvará mi vida.

—¿Y por qué viniendo salvará tu vida?

Otra vez a la pregunta siguió una pausa. Otra vez las palabras se negaban a salir de la boca de Pedro Kirkstone. Otra vez tuvo éste que hacer un gran esfuerzo para

contestar:

—Porque he matado a un hombre.

Saludando, sonriendo, musitando palabras ininteligibles, Shan Tung se dirigió hacia la puerta y dijo:

—Nada más, Pedro Kirkstone; buenas noches. Juan Keith, ¿quieres seguirme?

Sin contestar palabra, Keith le siguió a lo largo del oscuro corredor, hasta la gran estancia iluminada con innumerables bujías. Allí se sentaron de nuevo junto a la misma mesa de antes, en la que todavía estaba el servicio de té. A Keith le corría un sudor frío por la espalda. Shan Tung fue el primero en hablar.

—Ya lo sabes, Juan Keith. Pedro Kirkstone, el hermano de mi bella de cabellos de oro, es un asesino a sangre fría, y solamente María y yo conocemos este secreto. Y para comprar mi secreto y salvar la vida de su hermano, mi diosa de cabellos de oro está casi decidida a entregármelo. Casi decidida; pero acabará de decidirse cuando tú vayas esta noche a acabarla de convencer. Sí, vendrá; vendrá esta misma noche. Nada temo a este respecto. He procurado para ella toda esta iluminación, el dosel nupcial, la cena, todo. Sí, vendrá; porque, si no viniese, si yo me llevase chasco, mañana, con la luz del nuevo día, irían dos cabezas a poder del verdugo, la tuya y la de Pedro Kirkstone.

Keith, a pesar del horror que todo aquello le inspiraba, no había perdido su sangre fría. La situación era clara y no quedaba ya ninguna incógnita por despejar. Era inútil la discusión, y no había posibilidad de escapar. Shan Tung tenía todos los triunfos en la mano. En un abrir y cerrar de ojos se presentó en la imaginación de Keith la única alternativa. O huía, solo y sin Josefina, o traicionaba a María Kirkstone. Cuáles eran los planes de Shan Tung respecto al modo en que él tendría que llevar la traición, es lo que no podía conjeturar.

Su voz, como su cara, era fría y extraña cuando respondió al chino. Habló reprimiendo la cólera y la pasión. No puso en unas palabras más énfasis que en otras; su hablar fue llano y natural. Y Keith, al oír sus propias palabras, se dio cuenta de lo que significaban. Sentía frío por dentro, y sus ojos no podían apartarse del dosel, del altar muy iluminado que Shan Tung había preparado para el sacrificio. En el suelo, y bajo el dosel, había un gran tapiz dorado cubriendo un catafalco en forma de altar, y esto llevó a Keith a pensar en María Kirkstone, colocada con la cabellera suelta, dispuesta al sacrificio.

—De manera que tú, príncipe Kao, me darás a mí ja vida a cambio de María Kirkstone.

—Más todavía, Juan Keith. Aquí el que menos va a recibir voy a ser yo, aunque para mí es inmenso el galardón, puesto que poseeré a mí diosa dorada. Pero ella es para mí más de lo que la hermana de Derwent Consisten es para ti. Sí, voy a darte a ti la vida, y voy a devolverle la suya a Pedro Kirkstone, todo a cambio de una sola cosa.

—De una cosa —repitió Keith.

—Sí, dé una cosa.

—Y yo, Juan Keith, en virtud de algún trámite misterioso que ni siquiera vislumbro todavía en qué pueda consistir, habré de entregarte a María Kirkstone.

—Sí.

—¿Y si yo te matase ahora mismo, aquí, en dónde estás sentado?

El príncipe encogió los sutiles hombros, y Keith oyó aquella risa suave que Mac Dowell había comparado a un gotear de aceite.

—Todo está previsto y todo arreglado. Tengo escrita ja delación, y si me matases no faltaría quien diera a conocer tu nombre a Mac Dowell. Al matarme firmarías tu propia sentencia de muerte. Eso, si salías vivo de aquí, lo que no es probable. ¿Qué miedo puedo tener?

—Bien; ¿cómo he de entregarte a María Kirkstone?

Shan Tung se inclinó cruzando sus manos con nerviosidad.

—Por fin has formulado una pregunta sensata. Seremos amigos; buenos amigos, porque sabes ponerte en razón. Será fácil, tan fácil que tú mismo quedarás asombrado. Hace diez días que María Kirkstone estaba casi decidida a pagar, el precio de mi silencio cuando inopinadamente llegaste tú. Desde el momento en que te vio en el despacho de Mac Dowell, se produjo en ella un cambio. ¿Por qué ese cambio? No lo sé. Quizá únicamente porque para ella tú eras el hombre que había capturado al asesino de su padre, Yo la vi por la tarde del mismo día en que tú la fuiste a ver por la noche. Y pude advertir, pude comprender sin engañarme, que una chispa de esperanza había comenzado a brotar en ella. Fue entonces cuando fui a dejar en tu dormitorio mi mensaje. Y me ausenté unos días. Sabía perfectamente que, durante mi ausencia, toda la esperanza de ella se cifraría y condensaría en ti. De este modo una sola palabra tuya podrá bastar para que ella se decida y venga. Y esa palabra vas a pronunciarla esta noche. Te presentarás a ella abatido. Le dirás que has perdido toda esperanza de poderla ayudar, que no crees que haya poder en la tierra capaz de evitar lo inevitable, y que lo inevitable es que ella se me entregue a mí para que yo haga de ella una princesa. Añadirás que eso ha de ser esta misma noche, puesto que mañana sería ya demasiado tarde. Le dirás todo eso y ella vendrá. Vendrá para evitar que yo entregue a su hermano al verdugo. Y tú habrás salvado así tu propia vida y habrás ganado definitivamente la hermana de Conniston. ¿No es grande la recompensa en comparación a lo poco que te pido?

Keith sonrió con calma delante del chino; mas su sonrisa no destruyó para nada la pétrea rigidez de todos los músculos de su cara.

—Príncipe Kao, eres la perversidad personificada. Ya sé que todo esto es un cumplido para ti. En ti está podrido, hasta lo más hondo, lo que late en tu pecho como si fuera un corazón. Por dentro eres una serpiente amarilla. Vine porque creía que siempre habría algún medio de entenderse contigo. Cuando llegué casi estaba decidido a matarte. Pero ya no pienso en ello. Hay algo mejor para ti y es vencerte tomándote la delantera, Dentro de media hora, Mac Dowell sabrá por mí mismo que yo soy Juan Keith. Le contaré, además, toda esa historia de María Kirkstone desde el

principio hasta el fin. Le hablaré de ese dosel de sacrificio y ese altar que has preparado para ella y mañana todos los habitantes de Prince Albert se levantarán como un solo hombre para arrancarte de tu escondrijo, te arrastrarán por las calles y te matarán como a una sabandija. Ésa es mi respuesta, diablo amarillo de ojos menudos, con el aspecto que da la educación en la universidad de Yale. Yo moriré y Pedro Kirkstone morirá; pero tú no conseguirás a María Kirkstone.

Keith se puso de pie al terminar su invectiva, sorprendido de la calma con que había hablado, de la quietud de sus manos y de la tranquilidad de su cerebro en aquella hora de sacrificio.

Shan Tung estaba perplejo. Delante de él se erguía un hombre blanco que hacía voluntariamente el sacrificio de su vida. Las cosas concluían con un golpe maestro que él no había previsto. Un momento antes parecía ser el vencedor, y de repente se había convertido en el vencido. Todo su mundo se le derrumbaba, su poder de nada le servía; su propia vida estaba seriamente amenazada. En la cara de Keith leía que lo que éste decía estaba inspirado por una resolución muy firme. El hombre blanco había hablado en serio. Era seguro que estaba decidido a ir en busca de Mac Dowell para contarle toda la verdad. El hombre que tanto había sufrido y luchado para salvar su vida y su libertad sacrificaba de repente su vida para salvar a una muchacha. Era inconcebible. Shan Tung apenas podía creerlo; y, sin embargo, tenía que admitirlo, pues la evidencia se imponía.

Al pronunciar las palabras que habían echado por tierra todos los planes de Shan Tung, Keith presintió más bien que percibió los cambios rápidos que sufrió el rostro amarillo del príncipe. De momento los ojos perversos del chino se abrieron desmesuradamente, descubriendo la sorpresa y la emoción; después los ojos se cerraron y luego fueron abriéndose lentamente, lanzando llamaradas de ira y de amenaza. Parecían los ojos de una serpiente. Rápido como el tigre; Shan Tung dio un salto, sacó de debajo de su bata un revólver y dio un grito agudo.

Keith dio un salto atrás. La amenaza que leyó en la mirada del chino le había preparado y con la rapidez del rayo sacó su pistola de la funda. Este movimiento, sin embargo, no se anticipó a la rapidísima respuesta de los hombres de Shan Tung a la llamada de éste. Un lienzo de pared se abrió de golpe. Los biombos se doblaron, los tabiques se movieron como agitados súbitamente por el viento, y numerosos chinos surgieron de todas partes y se lanzaron sobre Keith como una jauría sobre un venado.

Keith no tuvo tiempo para estimar el número de los que se le venían encima, porque su atención estaba concentrada en el revólver de Shan Tung. Vio las aplicaciones de plata brillando a la luz de las bujías y vio luego un chorro de humo y de fuego. El ruido del tiro fue sofocado por el disparo de su pistola automática, contestando con un torrente de plomo y de llamas. Momentos después, caía Shan Tung desplomado.

Keith continuó haciendo uso de su arma contra los demás enemigos y luchó retrocediendo para ganar la puerta. De repente alguien saltó sobre él por detrás

agarrándole la cabeza, retorciéndosela como con intento de arrancarla de sus hombros. Se desplomó.

En la refriega perdió su pistola. Tuvo que soportar el peso de muchos cuerpos, Manos amarillas le apretaban la garganta. Sintió el calor de los alientos y oyó los gritos roncós de sus enemigos. Una locura de horror se apoderó de él. Era la locura de Laocoonte luchando con sus hijos contra la monstruosa serpiente. No le parecía estar luchando con hombres. Aquellos monstruos no eran hombres; eran fieras amarillas, malolientes, y luchó con el denuedo y desesperada furia de Laocoonte. Como si hubiese sido una caña, rompió el brazo de un chino que le apretaba el cuello con sus garras. Retorció una cabeza hasta que la desnucó por completo. Hendía y golpeaba con rabia y gigantesca fuerza hasta que, por fin, con el cuerpo cubierto de sangre, se irguió vencedor y pudo alcanzar la puerta. En el momento de abrirla y salir por ella, pudo notar que dos solamente podían medio levantarse del suelo entre todos los vencidos.

Durante un segundo vaciló en el vestíbulo. Abajo había luz y gente. Sabía que estaba sangrando y que sus ropas no eran más que harapos. La huida en aquella dirección era imposible. En el extremo de la antesala había una cortina. Keith supuso que aquella cortina cubriría alguna ventana, y de un manotazo echó la cortina abajo. Tenía razón; detrás de la cortina apareció la ventana. Con la misma facilidad con que arrancó la cortina, abrió la ventana de un empujón con el hombro, y sintió en su cara la caricia del aire fresco de la noche. Por la ventana saltó sobre unos peldaños que conducían a una calleja. Allí esperó hasta convencerse de que sus enemigos no le seguían, y descendió luego los peldaños. Se veía que los chinos estaban bien castigados.

En la sombra de la calleja se paró de nuevo. La fresca brisa le libró del horror que poseyó su cuerpo durante la lucha con los amarillos. La calma y la serenidad con que había hablado a Shan Tung volvieron a su espíritu. El chino estaba muerto. Estaba seguro de que lo había matado, y los minutos apremiaban.

Al fin y al cabo, la cosa había sido fatal. La partida había terminado, y Shan Tung la había perdido. Una cosa quedaba todavía por hacer. Ya no necesitaba sacrificarse yendo a descubrirse a Mac Dowell, porque Shan Tung estaba muerto y María Kirkstone estaba salvada. Era justo y natural, pues, que continuara luchando para salvar su propia vida. Pero Josefina tenía que saber la verdad completa, y era él quien tenía que decírsela.

Nadie le vio atravesar las calles apartadas hacia las afueras de la ciudad. Un cuarto de hora después ya había llegado a la casa de Brady, a pesar del rodeo que había tenido que dar. Había luz en el interior, y los visillos estaban levantados para alumbrar su camino, Josefina estaba esperándole.

Sintió de nuevo la serenidad y calma que había sentido en presencia de Shan Tung. Había intentado quitarse la sangre de la cara. Cuando llegó delante de Josefina, las heridas hechas por las uñas afiladas y por los dientes de los chinos todavía

manaban sangre. No tenía sombrero; su cabeza estaba despeinada y llevaba el cuello y el pecho descubiertos, pues sus vestidos habían, sido desgarrados. Cuando Josefina quiso llegar hasta él con la cara pálida, la mirada ansiosa y los brazos extendidos para abrazarle, él la contuvo con la mano:

—Un momento, Josefina; has de escucharme.

Ella se detuvo asombrada por lo extraño del ademán y lo inesperado del caso. Él pasó por delante de ella en dirección del teléfono, Pidió comunicación con María Kirkstone, y mientras sostenía el teléfono, Josefina Conniston pudo advertir que las manos de Keith estaban cubiertas de sangre. Se estableció la comunicación y Josefina oyó que Keith decía: «Shan Tung está muerto».

Keith colgó el teléfono y se volvió. Josefina intentó nuevamente llegar hasta él para abrazarle, pero también esta vez eludió él el abrazo, señaló un asiento y le dijo:

—Siéntate, Josefina.

Ella le obedeció. Estaba, al sentarse, extremadamente pálida y asombrada. Keith se lo contó todo sin omitir detalle. Josefina no respondía ni una palabra. Parecía únicamente acurrucarse cada vez más contra el respaldo del sillón, hasta que él llegó a confesarle la gran mentira con que la había estado engañando, como había engañado a los demás desde el momento en que Conniston y él habían cambiado las personalidades.

Ni siquiera cuando Keith hubo terminado de hablar, contestó ella ni una palabra. Él entró en su cuarto, cerró la puerta y encendió la luz. Rápidamente hizo un lío con todo lo que necesitaba, y cuando hubo terminado escribió en un papel:

Antes de partir quiero repetirte una vez más que te amo. Perdóname si puedes, o, si no puedes perdonarme, di a Mac Dowell que me encontrarán en el país de nuestros ensueños, junto al nacimiento del río.

Juan Keith.

Dejó este último mensaje sobre la mesa para Josefina. Durante un momento escuchó con la oreja pegada a la puerta. No oyó ningún ruido. Con sigilo abrió la ventana a través de la cual Shan Tung había entrado en su habitación.

Un momento después, Keith se encontraba en el campo, a la luz de las estrellas. Hasta él llegaron, débilmente los ruidos de la ciudad; el murmullo de vida, de risas, de alegría y de felicidad que subía hasta él del valle.

Miró al Norte. Al pie de las montañas, y más allá de los valles, se extendían los bosques. Y Keith se encaminó una vez más a buscar refugio en la espesura, entre los árboles, los únicos amigos posibles de los perseguidos y reclamados por la Justicia.

Capítulo XXIII

Durante toda la noche anduvo Juan Keith en dirección al Noroeste. Cruzó espesuras y boscajes, siguió ásperos caminos y veredas medio borradas y pasó por delante de ranchos y casucas que parecían abandonados en medio del silencio y de la obscuridad de la noche. Dos veces oyó los ladridos de un perro que olfateaba la proximidad de un desconocido. Una vez oyó a lo lejos un grito salido de una garganta humana. Los caminos iban volviéndose más ásperos. Llegó a una dilatadísima charca. Encendió un fósforo para consultar la brújula y el reloj. Dos horas tuvo que estar chapoteando en el cieno para llegar al otro lado de la charca. Penetró en un frondoso y extenso bosque y comenzó a respirar mejor. El bosque volvía a ser su único amigo.

No descansó. Su cerebro y su cuerpo solicitaban la acción. Y continuó marchando, aunque no por el temor de lo que quedaba detrás de él. El temor había dejado de ejercer fuerza alguna en él; había muerto. Más bien continuó la marcha impulsado por una idea tenaz: defender a toda costa su vida. Al defenderla no hacía más que cumplir con un deber, y al cumplimiento de este deber tendían todos sus esfuerzos. Se daba cuenta exacta de lo que había hecho y de lo que le esperaba. Cierto que su último trabajo había sido excelente, pues con él había librado al mundo de un ser nocivo; hasta Mac Dowell lo reconocía así, y María Kirkstone, arrodillada, daría gracias a Dios por lo que había hecho. Pero la ley le reclamaba por haber asesinado a Kirkstone. Nadie, ni siquiera Josefina, pensarían nunca que se había sacrificado por la hija del hombre que había hecho infinito daño a su padre; porque Josefina no comprendería jamás lo mucho que él la había amado.

Sorprendíase Keith de notar con cuánta facilidad había vuelto a su antiguo hábito de discutir consigo mismo sus propios sentimientos y problemas, y con naturalidad había llegado a la conclusión de que su regreso a Prince Albert no había sido más que un breve y minúsculo intervalo de su eterna fuga.

«No me capturarán», se decía para darse ánimo. «Ella no me denunciará. No; no me denunciará».

Repetíase lo mismo con obstinada insistencia. Josefina Conniston no le traicionaría. No era aquello una convicción, sino más bien un medio de sostener en su ánimo alguna luz pura, un fulgor, un destello. Pero, a veces, la voz replicadora le susurraba en su corazón: «Sí que te denunciará, porque le inspiras horror, porque te aborrece».

Cada hora que pasaba, la voz se manifestaba de un modo más y más insistente, A ratos se enseñoreaba de su cerebro y dominaba todos los demás pensamientos. No era precisamente el temor de los daños que seguirían a la delación lo que le atormentaba;

eran los motivos que pudieran llevar a Josefina a tal extremo. Horrorizábale la idea de que ella, al no poder seguir viendo en él al hermano adorado, viese únicamente al impostor, al criminal, al hombre que había matado quizá incluso al mismo Conniston, para robarle su personalidad. Esta sospecha, al menos, hubiera estado justificada.

Pero «no me denunciará, no me denunciará», seguía repitiéndose para borrar de su mente todos los demás pensamientos funestos.

Ésa era ya su sola lucha. Lucha interior, pero tenaz y dura. Salir vencedor en esta lucha significaba para él mucho más que la misma libertad, y aún más que la propia vida, porque era lo mismo que salvar un pedazo de ideal. Era Josefina la que había de ocupar definitivamente el centro de sus futuros pensamientos, y quería recordarla cariñosa y buena, como él la había conocido, y no despiadada y rencorosa. Por eso combatía con tanto empeño para acallar dentro de sí la malévola voz que le repetía sin cesar que ella le denunciaría.

Con la proximidad de la aurora, las estrellas fueron apagándose. Durante toda la noche, Keith había marchado sin sentir el cansancio y continuaba sin sentirlo, por eso siguió caminando, sin detenerse, cuando los primeros albores del sol iniciaban el día. Prince Albert y el río Saskatchewan quedaban a más de cuarenta kilómetros al Sudeste.

Se detuvo al fin al borde de un lago, y por primera vez dejó su carga en el suelo. Suerte que los preparativos que ya habían comenzado a hacer le habían permitido salir bien aprovisionado. «No estará de más que lo tengamos todo preparado», le había dicho riendo a Josefina, y ésta había puesto en las alforjas buena cantidad de jamón, porque a ella le gustaba. Pudo, pues, hacer un buen desayuno y, después de un par de horas de descanso, continuó la marcha. Durante todo el día anduvo no con tanta precipitación ya, y al llegar la noche acampó.

En los diez días primeros después de su salida de Prince Albert, se ocultó cuidadosamente. Huyó de las chozas de los tramperos, de los senderos y de los indios. Se quitó la barba y se afeitó cada dos días. Josefina no había sentido nunca gran entusiasmo por la barba, porque picaba al besar. Ella le hubiera preferido afeitado, tal como iba ahora. Era seguro que ofrecía mejor aspecto. Pero lo que más parecido le daba con Conniston ya no existía.

Al cabo de diez días llegó a Turtle Lake, a cincuenta millas al este de Fort Pitt. Como no creía que hubiese peligro en mostrarse tal cual era, anduvo en tratos con los indios para comprarles algunas provisiones. Luego continuó su marcha, cruzó el Saskatchewan y se dirigió hacia Blakfoot Hills y el río Vermillion, en la región de Buffalo Coulee. En la llanura encontró algún que otro rancho, y en uno de ellos se compró una acémila. En Buffalo Lake se aprovisionó de los pertrechos y víveres que había de necesitar cuando llegara a las montañas. No faltaron, claro está, algunas trampas para la caza. Por la noche cruzó el último ramal del Norte del ferrocarril del Pacífico, y al día siguiente vio las Montañas Rocosas transparentando su hermosa púrpura a través de la neblina.

Seis semanas después de la noche de la pelea con Shan Tung volvió a cruzar el Saskatchewan por la altura del Brazeau. Ya no marchaba de prisa. Enfrente de él dormitaban las montañas. La región de sus ensueños estaba ya muy cercana. Pero ya no había en él el poderoso atractivo que había ejercido en los años de su juventud. Aquello fue una ilusión que había ido muriéndose día por día.

Durante dos semanas vagó lentamente y sin rumbo por los verdes valles que se extienden al pie de las montañas coronadas de nieve. Atormentábale la agonía de una soledad mortal, que le minaba las entrañas como una enfermedad. Era un sentimiento más profundo y más amargo que el del mero deseo de estar acompañado. Al fin y al cabo no era tan difícil o imposible encontrar compañía. Dos veces anduvo por la vecindad de algún campamento. Tres veces vio caravanas no muy lejos de él, y expresamente las evitó. No tenía ningún deseo de hablar ni de ser molestado por la charla.

Día y noche se acordaba de Josefina en un anhelo vehementísimo de tenerla a su lado, y en desesperada furia maldecía a los que él creía culpables de la separación. Aquel estado de ánimo era una crisis inevitable al principio, pero él luchó en su soledad hasta vencerlo. Día tras día luchó contra este anhelo de su alma, hasta llenar de cicatrices su corazón y su cara. Y el vencimiento fue como si un ser adorado hubiese muerto, aun cuando, en realidad, aquello era peor que la muerte. Muerta Josefina, hubiera continuado siendo como una inspiración para él; en cierto modo la habría perdido del todo. Pero viva y odiándole, como forzosamente le odiaría, era hasta sacrílego continuar pensando en ella, y el amor que él sentía aún le laceraba el corazón como una espada.

Al fin salió de la crisis como un hombre que sale de una enfermedad, con algún alifafe para toda la vida. Al principio de la tercera semana se dio cuenta de que había vencido de un modo análogo a como había triunfado de las ideas de desesperación y muerte, en el Norte.

Iría a la región de las montañas, tal como había proyectado, construiría allí su choza, y si la ley llegaba hasta allí para apoderarse de él, posiblemente volvería a luchar.

Al segundo día de aquella semana vio a un jinete que se le acercaba. El hombre debía de estar a menos de dos kilómetros cuando él lo descubrió, marchando en línea recta por el valle. Keith se extrañó de que el jinete no llevara acémila alguna y pensó que tal vez sería algún explorador cuyas provisiones se habrían agotado y que usaba su acémila como cabalgadura. Pero quienquiera que fuese el hombre, y cualesquiera que fuesen los motivos que tuviera para estar allí, Keith no deseaba encontrarse con él, y, sin intentar tampoco ocultarse, procuró alejarse, separándose del río como si quisiera subir la ladera de la montaña que se elevaba a su derecha. No bien hubo visto el viajero la nueva dirección que formaba Keith, cuando él cambió también la suya, acortando el terreno para alcanzarle. Keith, enojado, se apresuró a subir por un estrecho declive pizarroso que tenía enfrente. Deseaba hacer creer al viajero que se proponía escalar las altas mesetas de la montaña. Continuó mostrando el movimiento

ascensional, y de repente descendió a una cañada en el fondo de la cual no podía ser visto.

Respiró satisfecho cuando vio el buen resultado de su estratagema. El viajero, a menos de medio kilómetro de distancia, continuaba subiendo.

—¿A santo de qué estará ese hombre tomándose tanto trabajo? —se preguntaba Keith. Un instante más tarde, el viajero le vio otra vez. Detúvose como disgustado; mas en seguida volvió a marchar en dirección de Keith, y esta vez no había escapatoria, porque el hombre puso su caballo al trote disminuyendo así rápidamente la distancia que le separaba de Keith. Éste desabrochó la funda de su pistola y se puso de modo que pudiera estar protegido por su mismo paquete de provisiones cuando el viajero le diera alcance. La persistencia del jinete hizo pensar a Keith que Josefina no había perdido tiempo en ir a decir a Mac Dowell dónde podría hallarle.

Pero miró por encima de su paquete de provisiones y se convenció de que el hombre que se le acercaba no era un policía. Continuaba espoleando al caballo; sus piernas golpeaban los flancos del animal para hacerle correr cada vez más; sus brazos se movían ayudando la acción de sus piernas, su sombrero flotaba al aire pendiente de un cordón.

Keith veía todo esto con emoción. El jinete le alcanzó por fin, saltó de su caballo y hubo dos exclamaciones:

—¡Duggan!

—¡Keith!

Capítulo XXIV

Diez segundos transcurrieron sin que ninguno de los dos hombres se moviera. Keith parecía haberse convertido en piedra. Los ojos de Duggan parecían ir a salirse de las órbitas.

—¡Duggan! —exclamó por fin el fugitivo—. ¡Duggan, eres tú! Y me reconoces, ¡a mí, a Juan Keith!

Duggan contestó apretando a Keith contra su pecho hasta dejarle sin respiración. Le abrazó repetidamente, y Keith también le abrazó a él y después, durante un minuto, estuvieron dándose fuertes apretones de manos. Duggan, mientras tanto, exclamaba:

—¡Y decir que pasaste por delante de mí y me hablaste sin que yo te conociera! A fe mía, que no le conocí. Te aseguro que me figuré que eras Conniston. ¡Y eras tú; eras Keith!

—Duggan, Duggan; ¡viejo amigo mío!

Cambiaron algunas palabras más. De repente se puso Duggan serio.

—Siento el olor del jamón —dijo.

—Sí, hay jamón entre mis provisiones, Duggan; pero por amor de Dios, no te fijes en el jamón hasta haberme explicado cómo es que estás aquí.

—He venido a buscarte —contestó Duggan con afecto—; sabía que habías de pasar por este valle antes de llegar a Little Fork, y he estado esperándote por aquí seis semanas.

Keith apretó el brazo de Duggan.

—¿Cómo supiste que yo había tomado esta dirección? —preguntó—. ¿Quién te lo dijo?

—Todo se supo, Keith. ¡Buen enredo! El chino muerto; Keith, alias Conniston, viviendo con la bonita hermana de Conniston. Keith, descubierto, en rápida fuga en dirección ignorada. Yo hice mis conjeturas. Comprendí que la única persona que por acaso pudiese saber adonde pensabas ir a ocultarte era la muchacha. Me fui en su busca y le dije que tú y yo habíamos sido buenos camaradas y logré que me indicara que habías pensado ocultarte en las regiones donde nace el río. Dejé el empleo, y aquella misma noche me puse en camino. Pero antes quise convencer a la muchacha de que aquel papel escrito que le dejaste no era más que un ardid para despistar.

—¡Dios mío! —exclamó Keith—. Lo que escribí era ja pura verdad.

—Ya lo sé, Keith; ya lo sé. Pero no me atreví a decírselo a la muchacha. ¡Si tú hubieses visto aquella linda boca profiriendo palabras de furia contra ti, acompañadas de odio retratado en la mirada, y hasta del gesto, como si quisiera estrangular hasta tu

imagen, evocada por ella entre mil maldiciones! ¡Ah, si tú hubieses presenciado todo esto hubieras comprendido que era necesario despistarla! La engañé por necesidad. Le dije que si dejaba el asunto para mí, sin dar parte a la policía, yo me comprometía a encontrarte y a llevarle a ella tu cabeza, como se hacía en los antiguos tiempos. Y ella cayó en el garlito y me dijo: «Si me promete usted solemnemente eso, no diré una palabra a la policía». Y aquí estoy, Keith. Sí quisiese cumplir mi promesa tendría que matarte ahora mismo. ¡Ja, ja, ja!

Keith volvió la cabeza.

Al verlo, Duggan, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó:

—¡Ésas tenemos, Keith!

—No lo puedo comprender, Duggan; no pueden hacerse cargo explicó Keith.

Duggan se calló un momento; mas luego exclamó sofocado:

—Parece imposible. ¡Por una mujer! ¡Y nada menos que le dejaste casi todo el dinero de Conniston! Y mira cómo te paga la ingrata. Te querría ver muerto. Olvídala, hombre, olvídala. Es bonita, simpática y atractiva; pero es locura ponerse triste por una mujer. ¿Y qué motivos tiene para odiarte? Tú la engañaste, pero ¿hay para odiarte? Hay muchas mentiras mayores que la que tú le dijiste a ella. No te preocupes, Keith. Olvida a esa mujer. Durante las seis semanas que he pasado aquí esperándote he estado pensando mucho y he trazado_ planes maravillosos. He construido ya la cabaña mas linda que puedes imaginarte, allá en lo alto de Little Fork. Nos iremos a vivir allí los dos. Vamos, hijo, alegra esa cara.

Y Duggan se echó a reír como un muchacho.

Keith se esforzó por sonreír. Duggan no podía comprender lo que aquella pantera, que deseaba verle muerto, había sido para él. Aquel compañero leal, que se había ido a reunir con él en la hora suprema de su infortunio, no podía sospechar lo que él había llegado a amar a la fiera. Y Keith pensó que lo mejor sería no decirle nunca nada. Guardaría el secreto para él solo. Lo enterraría en su lacerado corazón y haría todo lo posible por mostrarse alegre. Al fin y al cabo no estaba solo. Duggan, el antiguo amigo y camarada, el Duggan con quien tantos planes y proyectos había^ formado muchos años antes, estaba con él y su compañía le confortaba, como una madre tranquiliza y conforta a una criatura Solo unas cuantas millas más allá estaba Little Fork, donde podrían pasar los dos la vida admirablemente.

—Dios te bendiga, Duggan —exclamó Keith—. Eres el mejor amigo que haya existido jamás.

Un momento después, Duggan señaló un montón de leña no muy distante.

—Ya es hora de comer —dijo—. Ahí hay leña. Si es verdad que hay jamón en tus provisiones, propongo que comamos.

Una hora después, Duggan demostraba que Lema un apetito tan voraz como de costumbre. Así que hubo dados unos cuantos bocados, rogó a Keith que contara sus aventuras desde la nefasta noche en que malo al bellaco de Kirkstone.

Eran las dos cuando reanudaron su viaje. A las tres llegaban a orillas del Little

Fork y hasta las siete marcharon riachuelo arriba. Estaban muy internados en la región de las montañas cuando acamparon, para pasar la noche. Después de cenar, Duggan, fumando su pipa, se arrellanó cómodamente sobre el suelo, con la espalda contra un árbol.

—Bien a punto llegaste —dijo mirando a su amigo—, porque llevaba esperándote en el valle diez días y los víveres se me habían acabado cuando al fin te divisé. Hubiera tenido que regresar a la cabaña, mañana o pasado. Pero ya estamos juntos, Keith, y nos vamos a poner a buscar oro, hasta encontrarlo en cantidades fabulosas.

—Tenemos toda la vida para dar con él —contestó Keith.

Duggan lanzó una buena bocanada de humo, y con un gran suspiro de placer dijo:

—¡Vaya una ñera esa linda hermana de Conniston! Apuesto a que si te tuviera a su alcance sería capaz de matarte con sus propias manos. No comprendo por qué te odia de esta manera, únicamente porque intentaste salvar tu vida. Claro está que tuviste que mentir y engañarla; pero era inevitable. Mas ¿qué es, al fin y al cabo, una mentira? Algunas he dicho yo, y bien gordas, sin que nadie haya querido nunca matarme por eso. Mac Dowell no me inspira ningún temor. Con el favor que tú le hiciste librándole del chino, ya no pensará en atraparte. Lo que me inquieta es esa Conniston del demonio, porque ésa no hará ya otra cosa en su vida más que pensar en el modo de vengarse de ti. Pero no temas, Keith; nosotros viviremos alerta y sabremos defendernos.

—Hablemos de cosas más agradables —dijo Keith—. Aquí tengo cincuenta trampas. Te acordarás de qué modo, en los planes que solíamos hacer junto al Saskatchewan, entraba el buscar oro durante el verano y el cazar en el invierno.

Duggan se frotó las manos de gusto y se puso a hablar de las huellas de lince, marta y zorra que había visto. ¡Buen país aquél para pieles! También había observado ciertas coloraciones del terreno que no podían menos de ser denunciadoras del oro de sus entrañas.

—Si no tenemos ya oro este mismo año, que me maten —dijo.

Después de esta sentencia, ya no habló de otra cosa sino del amarillo metal con que tanto había soñado. Al fin, cuando ya se habían envuelto bien en sus mantas para pasar la noche en un sueño, Duggan se incorporó un poco y, apoyándose sobre un codo, dijo:

—Mira, Keith, no vayas a estar preocupado con esta enemiga que te ha salido, porque está completamente despistada. Precisamente me había olvidado de decirte que hace dos semanas le escribí diciéndole que había sabido que tú habías marchado al Great Slave. Así, pues, duerme tranquilo, que esa fiera no ha de venir por aquí.

—Nunca le he tenido miedo —dijo Keith.

Quince minutos después, Duggan roncaba. Keith se quitó entonces la manta y se incorporó. Todavía quedaba rescoldo entre la ceniza. La noche, como la primera de su huida, era una hermosa noche estrellada, y la luna iba levantándose lentamente sobre el horizonte. Habían acampado sobre un repliegue del terreno cubierto de

hierba, y no lejos de ellos brillaban las aguas de un lago tan pequeño que hubiera sido fácil tirar una piedra de una orilla a otra. Al otro lado del lago erguía, soberbia y magnífica, la ingente mole de una montaña. Sin despertar a su camarada, Keith marchó en dirección del lago y se puso a contemplar la bella iluminación de la superficie inquieta. De repente vio su propia sombra proyectada sobre el lago. Era la luna que aparecía detrás de él, entre dos picachos de la montaña. Estaba en un mundo de una belleza agreste extraordinaria. Todos los árboles, los arbustos y los peñascos estaban rodeados de un nimbo de plateada luz. El lago pareció transformarse en un estanque de plata líquida, y hasta los puntos más distantes se veían claramente gracias a la luz clara de la luna. En el aire flotaba el suave murmullo de la naturaleza. ¿Hojas, insectos, pájaros? De todo, en admirable concierto. A lo lejos se oyó el chasquido de una peña que se desprendía. Pensó en el encanto de tener a Josefina a su lado entre aquella Naturaleza, que hubiera dado realidad a sus sueños, planes y fantasías de unas semanas atrás, Y al pensar en Josefina se le escapó un grito humano, angustioso, que, en su dolor, le fue imposible contener.

Con toda su belleza, con todo su esplendor y serena paz, aquella noche era para Keith una de las más amargas, porque hasta entonces no había creído lo peor de Josefina. Sabía que la había perdido y que acaso ella le despreciaba; pero nunca había llegado a creer que ella pudiera odiarle de un modo tan feroz y con un deseo tan vehemente de venganza. ¿Tenía razón Duggan? ¿Era Josefina una hiena? ¿Tendría él que luchar para arrancarse su imagen del corazón? Una carcajada nerviosa salió de sus labios. Keith comprendía que eso era imposible y que, ocurriese lo que ocurriese, él continuaría amándola.

En toda aquella noche no durmió un momento. Varias veces se envolvió en su manta, pero no pudo pegar los ojos. A las cuatro encendió el fuego y a las cinco despertó a Duggan. El antiguo camarada púsose en pie con la presteza y el júbilo de un muchacho. Fuese al lago y volvió con la barba y el cabello goteando. Estaba contento, radiante. No habían tenido nunca las montañas un huésped más alegre que Duggan.

A las seis de la mañana ya habían reanudado la marcha, y hora tras hora continuaron remontando siempre la escasa y clara corriente del Little Fork. La senda hacía cada vez más áspera y estrecha. De vez en cuando, Duggan se paraba para asegurarse de que estaban siguiendo el verdadero camino. Una de estas veces dijo a Keith:

—La noche última ha servido para demostrar que no hemos de tener ningún temor de la fiera, porque he tenido un sueño y los sueños siempre se realizan contrariamente a lo soñado. Figúrate que lo que he soñado ha sido que tu enemiga se acercaba a ti cuando estabas profundamente dormido, y con un cuchillo de cortar pan, ¡zas!, te rebanaba la cabeza, como quien corta una raja de salchichón. Sí, sí; podemos estar tranquilos porque los sueños nunca se realizan; siempre sucede todo lo contrario.

—¡Calla! —suplicó Keith con cara desencajada. Su rostro tenía una palidez mortal.

Una hora después la senda se perdía en una estrecha cañada que, con gran sorpresa de Keith, iba a parar a un valle, pintoresco oasis encerrado entre dos montañas. Apenas habían entrado en él, cuando Duggan empezó a lanzar gritos y exclamaciones de placer y a descargar al aire su fusil.

—¡Ya estamos en casa, hombre, ya estamos en casa! —dijo a Keith—. La cabaña está allí, detrás de aquella revuelta. Dentro de diez minutos habremos llegado.

No tardó Keith ni cinco minutos en verla, a la sombra del bosquecillo de cedros y abetos que había suministrado la madera para su construcción. La cabaña era dos o tres veces mayor de lo que él se había figurado.

—¿Cómo has podido construir eso tú solo? —exclamó admirado—. Es una maravilla capaz para toda una familia.

—Encontré media docena de indios —explicó Duggan— y los contraté. Pensé que, puesto que tenía ayuda, lo mejor era construir la cabaña lo suficientemente capaz para que, si yo roncaba, tú te pudieras retirar a donde no me oyeras.

—Sale humo por la chimenea —exclamó Keith.

—Me quedé con una india que se avino a ser nuestra cocinera. Su marido murió el invierno pasado, y a la india le ha parecido una buena oportunidad la de quedarse con un salario de cinco dólares.

A pocos pasos de la cabaña había un arroyuelo. Duggan se detuvo para dar de beber al caballo y dijo a Keith que siguiera.

—Anda, Keith; no me esperes. Entra, que ya iré yo en cuanto haya dado de beber al caballo.

Keith obedeció.

La puerta de la cabaña estaba abierta y Keith entró; La primera pieza le recordó, por su disposición, la de la casa de Brady. Además de esta pieza había otra en la que Keith oyó el ruido de alguien que se movía y el chisporroteo del fuego. Fuera, Duggan silbaba. Dejó luego de silbar para ponerse a cantar, y mientras Keith escuchaba la canción que le había oído cantar en Mac Coffin's Bend, otra voz se dejó oír en la cocina. Hasta la india se sentía feliz, y...

¡Cielo santo! En la puerta apareció ella, con los brazos abiertos; el amor, la gloria, el triunfo en su cara: ¡Josefina!

Keith temió caer desmayado. Algo cegaba sus ojos; lágrimas, calor. Lágrimas acompañadas de un sollozo; dificultad en la respiración. Todo rápido; todo en una fracción de segundo, y en seguida Keith y Josefina se abrazaron, y ella reía y lloraba a la vez, y al mismo tiempo hablaba y decía:

—¿Por qué, por qué no volviste a mí aquella noche? ¿Por qué, por qué te escapaste por la ventana? Yo estaba esperándote..., decidida a acompañarte en tu fuga.

Desde la puerta, detrás de ellos, sonó la voz de Duggan, triunfante y jubilosa:

—¿No decía yo que aún había mentiras mayores que la tuya? ¿No tenía razón?
Dime: ¿quién es más embustero, tú o yo?

Capítulo XXV

Un buen rato retuvo Keith en sus brazos a Josefina. La soltó luego para mirarla a su sabor. La tenía frente a sí, ¿no era aquello un sueño? La contemplaba con fruición. Allí estaba ella con sus ojos resplandecientes de gloria y con sus mejillas coloreadas por la emoción y la alegría. Rápida, mientras él la devoraba con mirada de pasión, dio un débil grito, volvió a echarse en sus brazos y ocultó la cara en su pecho.

Él repetía una y otra vez, como si no supiese articular otra palabra:

—¡Josefina! ¡Josefina!

Duggan se retiró. Ni Josefina Conniston ni Juan Keith habían reparado en él, y el buen hombre se fue a descargar los caballos. No menos de media hora dejó pasar antes de que intentara presentarse de nuevo ante la pareja de enamorados. Cuando volvió, Josefina estaba radiante en la puerta. Sus cabellos brillaban al sol. Keith estaba junto a ella, tan cerca de su hombro que tocaba la cabeza de la muchacha. Como una ardilla, Josefina corrió hacia Duggan. Le abrazó y, no pudiendo en otro sitio, porque las mejillas estaban cubiertas de espesa y enmarañada barba, le besó en los salientes pómulos.

—¡Uf! —fue el comentario de Duggan.

Entonces Keith le agarró por el brazo.

—Ven acá, viejo embustero, ¿conque ella me odiaba, quería vengarse, quería verme muerto? Si no fuese porque respeto la vejez y porque tú tienes edad para poder ser mi padre, ahora mismo te mataba —dijo riendo Keith—. ¡Ah, bribón! El mal rato que me hiciste pasar ayer, con tus embustes, todo para que el de hoy se convirtiera en el día...

—Más memorable de mí vida —añadió Josefina—. ¿No es cierto, Juan?

Suavemente pronunció este nombre, con su cabeza apoyada siempre en el hombro de él. Era la primera vez que llamaba a Keith así, y éste la besó delante de Duggan.

Unas cuantas horas después, en un mundo cubierto de estrellas e iluminado por la luz de la luna, Keith y Josefina se paseaban juntos por el valle. Aquella noche era igual que la anterior, pero a Keith le pareció más maravillosa. Flotaban en el aire los mismos susurros, oíase el murmullo del agua, el ruido de las hojas suavemente mecidas por apenas perceptible aircillo. Alrededor de ellos alzábanse como centinelas los majestuosos picos de las montañas, las cumbres eternamente cubiertas de nieve y las ingentes murallas de la cordillera. Bajo sus pies se extendía una verde alfombra de fresca hierba y de olorosas flores campestres.

—Nuestros sueños realizados; éste es el valle de los Ensueños —dijo Josefina dando así nombre a la tierra que pisaban.

—¿Y habrías venido conmigo aquella noche? —preguntó Keith, asombrado—. ¿Me habrías acompañado en mi huida?

—Sí; no te oí marchar y, después de larga espera, viendo que no venías, me acerqué a la puerta de tu cuarto y escuché; no oyendo nada, golpeé la puerta y te llamé, y al no obtener respuesta entré alarmada.

—¡Dios mío! —suspiró Keith—. Después de todo lo ocurrido, no habrías vacilado tú en acompañarme, a mí, a un hombre cuyas manos están cubiertas de sangre, a un perseguido por la ley, a un homicida.

—Querido Juan —dijo ella cogiéndole una mano y manteniéndola entre las suyas—, he de decirte algo que te sorprenderá.

Él no respondió palabra. Ella continuó:

—Hice prometer a Duggan que no te diría que yo estaba aquí cuando te encontrara, y algo más: le hice prometer que no te revelaría el secreto que quería revelarte yo misma. El hombre ha cumplido.

Se arrimó ella todavía más a Juan Keith, y apretándole bien la mano continuó:

—Mira, Juan, sucedieron muchas cosas después de muerto Shan Tung, Poco después de haberte marchado vi colorearse el cielo de rojo. Era que la casa de Shan Tung ardía. Me quedé inmóvil de terror. Debí de permanecer mucho tiempo en la ventana, mirando las llamas; pero para mí no existía entonces la noción del tiempo. Cuando más suspensa estaba contemplando el incendio, la puerta se abrió de sopetón y penetraron precipitadamente en la estancia María Kirkstone y Mac Dowell. Nunca había visto a un hombre tan desesperado como Mac Dowell cuando supo que te habías marchado. María Kirkstone se arrodilló ante mí y ocultó su cabeza en mi regazo.

»Mac Dowell se paseaba como un loco de una parte a otra de la habitación, hasta que al fin se volvió de pronto hacia mí y, como si fuera a comérsame, me dijo: ¿Sabe usted, señorita? Keith no mató al juez Kirkstone».

Hubo una pausa. Mientras, el cerebro de Keith parecía dar vueltas. Ella prosiguió:

—Claro está que, por lo que tú me habías dicho, yo estaba convencida de que Juan Keith no era lo que se llama un asesino. Ya ves, Juan; cuando tú me hablabas de ti, haciendo ver que eras mi hermano, ibas haciéndome sentir interés y cariño por el injustamente perseguido. De todos modos, ¡qué alegría tan grande al saber que, en la noche famosa, el juez Kirkstone no fue herido por ti! Únicamente recibió, en la lucha, un golpe que le dejó aturdido. Pero pronto se repuso. Entonces sostuvo una pelea con su hijo Pedro. Éste necesitaba dinero, y su padre se lo negó. Lo que ocurrió entonces es increíble, inverosímil; pero es cierto. Después de la riña que sostuvieron contigo, el hijo mató al padre para poder heredarle y te acusó a ti de homicidio.

—¿Cómo lo sabes? —suspiró Keith.

—Pedro Kirkstone fue retirado de entre las llamas con gravísimas quemaduras y murió aquella misma noche; pero antes de morir confesó su crimen. Ése era el poder que Shan Tung tenía sobre María Kirkstone. El chino estaba en posesión del secreto,

y María se veía obligada a entregarse a él, comprándole así el silencio que había de salvar a su hermano de la horca.

—He aquí —dijo Keith— por qué mostraba ella tanto interés por Juan Keith.

Sumidos en la inmensa y misteriosa belleza de la noche, ambos enamorados callaron. Una mujer había encontrado su felicidad. Un hombre había pasado de las tinieblas a la luz.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Saco de tela muy recia, en que se meten los exploradores para dormir abrigados.
(*N. del T.*) <<

[2] *deceptio visus*: engaño de la visión; ilusión óptica. (N. del Ed.) <<